



Filo
de
sable

**JORDI
SIERRA
I FABRA**

Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



El nuevo caso del comisario Hilario Soler, tras La muerte del censor, ilumina algunas de las sombras más oscuras de nuestra historia reciente.

Ejecutado. En medio de la calle. Un charco de sangre en el suelo y un agujero de bala en la nuca. Pero la policía no encuentra ningún casquillo, es obra de un profesional.

Hilario Soler, el investigador insobornable, el hombre honesto que incomoda superiores y compañeros, se encarga del caso: la víctima era el chófer de uno de los generales retirados más destacados del régimen.

Prueba a prueba, indicio a indicio, una terrible sospecha se abrirá paso ante los ojos incrédulos de los investigadores. Una sospecha tan insoslayable como peligrosa y repulsiva.

Jordi Sierra i Fabra

Filo de sable

Hilario Soler - 2

Título original: *Filo de sable*
Jordi Sierra i Fabra, 2017

Editor digital: Titivillus



Índice

Día 1. Viernes, 22 de noviembre de 1963

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

Día 2. Sábado, 23 de noviembre de 1963

16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

Día 3. Domingo, 24 de noviembre de 1963

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Último día. Lunes, 26 de noviembre de 1963

37

A Jaume Comas

Día 1

VIERNES, 22 DE NOVIEMBRE DE 1963

1

—Hilario.

¿Había vuelto a adormilarse?

—¿Hilario?

Roser se sentó a su lado, en la cama, y le zarandeó levemente.

Entreabrió un ojo.

—¿Qué haces todavía medio dormido? Vas a llegar tarde.

No dijo nada. Volvió a cerrar el ojo.

—¡Hilario!

La voz le salió de lo más profundo de su garganta, gutural:

—Te he oído.

—Pues contesta, ¿no? Y ya te estás levantando, venga.

—Llama y di que tengo la gripe.

—¿Tú?

—¿No puedo estar enfermo?

—No.

—Pues vaya.

Roser le pasó la mano por la cabeza, le apartó el cabello de la frente y le acarició la mejilla. Luego se inclinó sobre él y le dio un beso.

Apenas un roce.

—Ven —pidió Hilario.

—¡Sí, hombre!

—Cinco minutos.

—¡Anda ya!

—Tú te lo pierdes.

—¡Oh, sí, mi Tarzán!

Estaba acorralado. Ella no se iría sin más. Movié el cuerpo lentamente y cambió de posición. Quedó boca arriba. Contó hasta tres y se desperezó estirando los brazos cuanto pudo mientras bostezaba. Sus ojos se habituaron a

la penumbra de la habitación. La luz, escasa, se filtraba por las rendijas de la persiana que Roser había subido un poco.

Siempre dormían a oscuras.

—Vamos, cariño —le apremió ella con dulzura.

—A la mierda.

—No, a la mierda no, y lo sabes, va.

—Eres peor que García.

—Pues esta noche te acuestas con él.

Hilario se estremeció.

Acabó sintiendo el peso de la amargura a medida que las últimas brumas del sueño desaparecían, evaporándose por los recovecos de su cabeza. Por primera vez en la vida, habría querido estar muy lejos, en cualquier parte del mundo, no allí, a punto de ir al trabajo.

—Ya voy. —Se rindió.

Roser le presionó la mano que tenía más cerca.

—Es duro enfrentarse a todo esto —dijo—. ¿O quieres salirte del cuerpo?

Dejar de ser policía.

¿Para ser qué?

Nunca había pensado en ello.

Tenía poco más de cuarenta años y llevaba siete de inspector, con una buena, brillante hoja de servicios. Demasiado.

¿Podía cargárselo todo por un principio ético?

¿O quedarse a luchar desde dentro?

Miró a Roser. Acababa de levantarse y ya estaba guapa, como si nada más abrir los ojos y rozarla el aire se regenerara. Daba igual que llevara el cabello despeinado, vistiera su eterna bata merecedora de una jubilación póstuma y no se hubiera arreglado. Estaba guapa. O se lo parecía a él, que para el caso era lo mismo.

En la comisaría no todos tenían una Roser, y se les notaba.

—Escucha —volvió a hablar ella—. Yo creo en el destino. Y creo que el que la hace, la paga, tarde o temprano.

—Eres una ilusa y una ingenua.

—¿Y tú me dices eso, señor idealista?

—¿Y si es más tarde que temprano?

—Da lo mismo.

—No —fue terminante—, no da lo mismo. Si pasan diez, veinte o treinta años, no da lo mismo. —Apretó su puño derecho—. Martín Peláez se está riendo. Le han exonerado y se está riendo. Ese cabrón echó a un chico por la ventana, un chico no muy mayor que nuestros hijos, solo porque decían que era comunista y encontramos unos panfletos en su casa. Yo lo oí. Estaba allí.

—Pero no lo viste.

—¡Roser, por Dios!

¿Cuántas veces habían tenido la misma conversación en las últimas semanas?

—Peláez dijo que se tiró, por miedo, porque era un crío asustado, y le han creído a él, ¿qué esperabas? No iban a meter en la cárcel a un inspector de policía, y menos acusado de un asesinato a sangre fría. Ni locos.

—Desde luego... —Expulsó todos sus demonios en un suspiro de derrota.

—No digo que no hicieras bien, pero te lo dije. Tú mismo sabías que era una causa perdida. Ahora has de ir y seguir con lo tuyo.

—Marcado.

—Ya estabas marcado antes, no te hagas el mártir.

—Mira que eres mala cuando quieres.

—¿Mala? Soy la voz de tu conciencia, solo eso. No digo nada que tú no sepas. Si quieres vencerlos, vuelve y pelea.

—Deberías llevar tú la placa.

—Si no fuerais tan machistas...

—Como Peláez se me ponga delante en plan imbécil, vuelvo a machacarle la cara.

—¿Y qué, otro expediente?

Ya estaba despejado del todo. Era el día después. Nada más. Roser llevaba razón en algo: que si quería pelear, tenía que hacerlo allí, en comisaría, persiguiendo la legalidad.

La palabra se le clavó como una cuña ardiendo.

—¿Soy el único policía que cree que hemos de prepararnos para la democracia?

—Tú y tu democracia —rezongó Roser.

—Esto no puede durar muchos años más. El mundo va en otra dirección, ¿no lo ves?

—¿Otra dirección? Yo lo veo como siempre. A un lado unos que se creen los buenos y al otro los demás, los malos. Capitalismo y comunismo. Estados Unidos y Rusia. Y nosotros, la reserva espiritual de occidente. ¿Qué quieres? —Roser hizo de abogado del diablo a la perfección—. Mira lo de ese Plan de Desarrollo que el Consejo de ministros envió a las Cortes la semana pasada. ¿Qué me dices? ¿Hacen un Plan de Desarrollo porque piensan que en unos años seremos demócratas y votaremos en las urnas? —Movi6 la cabeza de lado a lado—. Esos se quedan ah6, Hilario. Se quedan para los restos, que no ganaron la maldita guerra por nada, al contrario. Y t6, como vayas diciendo esas cosas, te la acabar6s ganando en serio. Dios, es incre6ble...

—¿Qué es incre6ble? —La alent6 a seguir al ver que se deten6a.

—Me cas6 con un optimista que no ha aprendido.

—¿Y yo con una so6adora que ha despertado?

—Mi sue6o eres t6, cari6o. —Le acarici6 la mejilla por segunda vez—. Por eso te quiero. Y no, no he despertado. Me he hecho realista, nada m6s.

—Eso suena a conformismo.

—Sabes que no es as6. Pero creo que hay que saber cu6ndo y c6mo hacer las cosas. Esperar no es rendirse. ¿Sabes qu6 es lo m6s importante?

—¿Qu6?

—Re6rnos.

—¿As6 de f6cil?

—Una buena risa ahuyenta los demonios y te da fuerzas. Sabes que te quiero porque me haces re6r.

—¿Solo por eso?

—Si los hombres supieran que a una mujer, m6s que lo de mimarnos, lo que nos gusta es que nos hagan re6r... —Apart6 las manos de Hilario de golpe, al ver que iba a abrazarla, y se incorpor6 de un salto—. ¡Venga ya, lev6ntate!

Su marido fingi6 caerse de la cama.

—No puedo verle la cara de triunfo a Pel6ez —gimi6.

—¡Oh, s6 puedes! ¡Y con lo que hay que tener! —Fue lo 6ltimo que dijo Roser mientras sal6 de la habitaci6n.

Fin.

Hilario se rindió.

Se puso en pie, volvió a desperezarse y se miró en el espejo del armario, con el pijama, el pelo revuelto y su cara de somnolencia, antes de tener una tiritona a causa del frío. Con traje parecía lo que era, un inspector de policía, un madero. Los delincuentes le olían de lejos. En pijama y tras la fallida erección matinal, solo era un hombre cansado.

—Hijo de puta... —Pensó en Martín Peláez.

La noticia de la exoneración había llegado la tarde anterior, a última hora. Caso sobreseído y cerrado. Denuncia archivada. Jaume Crusat saltó por la ventana, culpable y pillado, asustado y enloquecido. El denunciante, Hilario Soler, no estaba presente en la habitación. Pudo haber oído mal, o confundirse con los gritos, tanto del joven como de sus padres, con los que estaba en otra parte del piso. El denunciado, Martín Peláez, cumplía con su deber, se portó profesionalmente, iba a proceder a su detención, no conocía de nada al muchacho, y, lamentablemente, en un descuido, no pudo evitar que se tirara por la ventana, abierta gracias al buen tiempo.

Hilario había llegado a casa hecho polvo.

Rabioso, hastiado, incapaz de nada que no fuera meterse en cama y dormir.

Una falsa evasión.

—Primer día de tu nueva vida —le dijo a su otro yo del espejo.

Fue al cuarto de baño, se duchó, dejó que el agua se llevara sus fantasmas y mientras se vestía se dio cuenta de que seguían allí, con él, dentro de su cabeza. Fantasmas felices, cargados de ironía y mala leche. Cuando salió de la habitación se encontró con Montserrat.

—Hola, cielo. —Le dio un beso cálido.

—Papá, ¿me adelantas quince pesetas de la paga de mañana?

Miró su mano extendida.

¿Cuándo se había soltado de la suya para crecer tanto?

Hilario sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón. No quería discutir. No en un día como aquel. Montserrat sabía las normas, y aun así, le pedía un anticipo. Sería por algo.

Estudió su sonrisa de chica que jamás había roto un plato.

Sacó los billetes, los contó y le entregó lo pedido.

—¡Gracias, papá!

—¿Para qué...?

Ella ya no estaba allí.

Lo que miró ahora fue su ausencia. Una premonición. Si dieciséis años habían pasado tan rápido, los pocos que le quedaban antes de que, a lo peor, se liara la manta a la cabeza y se casara, aún serían más breves.

Dio tres pasos y con el que se encontró ahora antes de entrar en la cocina fue con Ignacio.

—Hola, *father*.

—Hola, hijo.

—¿Qué haces todavía aquí? ¿Hoy no vas a pillar malos?

—Los malos están en comisaría —dijo.

La cabeza de Roser apareció por la puerta de la cocina.

—Hilario...

Ignacio le puso una mano en el hombro. Podía tener diecisiete años, pero ya abultaba tanto como él. Y era más alto. Aunque nacido en la larga posguerra y, debido a ello, no tan bien alimentado como hubiera querido debido a los racionamientos de los primeros años, era evidente que aquella generación crecía ya imparable, sana.

Faltaba saber si descontaminada.

—Papá, te veo un poco quemado.

—A ti te voy a quemar yo. —Hizo ademán de ahogarle.

Ignacio le evadió con agilidad.

—¡Uh, uh! —Se rio—. Chao, fiero guardián de la ley.

Hilario entró en la cocina.

—Pero ¿tú le has oído? —se dirigió a su mujer.

—Es tu hijo.

—Y tuyo.

—Eso sí, ¿ves? Recuerdo perfectamente haber cargado con él nueve meses y lo mucho que me dolió que saliera, porque con Montserrat fue más fácil, o ya estaba entrenada, pero con él...

Tocaba hablar de hijos.

¿Cuándo no?

—Montserrat me ha pedido que le adelantara quince pesetas de la paga.

—Será para un disco.

—Será.

—Venga, desayuna y apaga la cabeza cinco minutos.

—¿Quieres que la apague?

—Sí.

Hilario se sentó en una silla y se dejó caer sobre la mesa de la cocina, con los brazos extendidos.

—Payaso —oyó decir a Roser.

La miró de soslayo.

Estaba riendo.

2

Salió de casa pensativo. Hizo el trayecto hasta la comisaría pensativo. Y entró en ella pensativo.

Hasta que reaccionó, al darse cuenta de dónde estaba.

Ni siquiera recordaba nada desde que había bajado las escaleras de casa.

No se encontró con nadie especial, que mereciera el detalle de obligarle a detenerse. Un par de agentes se cruzaron con él y le saludaron. Eso fue todo. Llegó al departamento, se quitó el abrigo y se dirigió a su mesa observando el lugar con una mirada panorámica.

Martín Peláez no estaba.

Mejor.

O no. Ahora que lo acababan de exonerar, todo dependía de él, de si le provocaba por sentirse fuerte y respaldado o se mantenía en su lugar, evitando más problemas. Ya le había sacudido una vez, el 30 de septiembre pasado. El mejor de sus puñetazos.

Si lo repetía, se le caía el pelo. Un expediente siempre era malo. Dos...

De todas formas, el comisario iba a por él.

Su ética le había convertido en delator de un compañero.

Hilario cerró los ojos.

Cuando los abrió, se encontró con Ernesto Quesada delante, silencioso como un lagarto.

—Buenos días, señor.

—¿Algo de nuevo? —Su voz tuvo un deje de protesta por el susto.

—El informe del caso Molas. —Quesada le entregó la carpeta que llevaba en las manos.

—No me lo haga leer. —La dejó encima de la mesa.

—Es lo que le iba a decir, que no hace falta que lo lea. No hay nada salvo lo que ya sabemos.

—¿Entonces por qué lo llaman informe?

Ernesto Quesada parpadeó.

—¿Está bien, señor?

—¿Tú qué crees?

Sostuvo su mirada.

Era un buen tipo, y desde que estaban juntos, se habían compenetrado bien. A raíz de la denuncia contra Martín Peláez y la muerte de aquel censor, a fines de septiembre, cuando trabajaron juntos por primera vez, habían resuelto ya algunos casos más.

—Mejor vuelvo luego —dijo el subinspector.

Le vio alejarse.

Luego cogió la carpeta y, a pesar de todo, la abrió para leer el dichoso informe del caso Molas.

Todo estaba en calma.

Demasiada calma.

Alguna mirada huidiza y poco más.

El caso Molas había sido relativamente sencillo. Y curioso. Una mujer envenenando lentamente a su marido. El marido lo descubría y pasaba a la acción... envenenando a su vez a su esposa. Cuando ella fallecía y él era detenido, argumentaba que lo único que había hecho fue cambiarle el plato a su mujer cada día. Pura defensa propia.

Llevaban cuarenta años casados.

¿Cuándo se pasaba del amor al odio en cuarenta años?

Dejó el informe dentro de la carpeta y la carpeta en la mesa. Se acercó al teléfono y lo descolgó. Acabó pensándose mejor, colgó de nuevo el auricular y se levantó de la silla.

Cuando metió la cabeza por la puerta del despacho de Vicente Romeu, no le extrañó verle sumergido tras una montaña de papeles, cotejando datos. A su lado, en una pantalla como la que hacían servir los médicos para examinar radiografías a contraluz, solo que de sobremesa, un montón de contactos de película aguardaban su buen ojo crítico. Nada más levantar la cabeza y verle, el experto en balística dejó la lupa que sostenía en la mano derecha.

—Hombre, el inspector del mes —exclamó.

Vicente era de los suyos. Un buen tipo. La socarronería formaba parte de su encanto ácido.

Eso y el derroche de facultades con las que solía impresionarles a todos.

—¿Algo de esas balas? —Fue al grano Hilario.

—Pues sí, algo de esas balas.

El visitante acabó de entrar en el despacho y se sentó en una de las dos sillas frontales. Incluso se puso cómodo, porque cabalgó una pierna sobre la otra. Vicente Romeu arqueó una ceja. La izquierda.

—Vaya, qué honor —manifestó—. Por lo general venís aquí, os asomáis, ni entráis, preguntáis y adiós.

—Yo no.

—¿Nueva vida?

—La de siempre, pero más controlada.

—Ya. —En su tono dejó muy claro que no se lo creía—. Ponte cómodo. Hilario sonrió.

En la comisaría, era de los pocos a los que tuteaba.

Eso indicaba algo.

—Ilumíname. —Le provocó.

—La bala que sacasteis del techo del banco estaba muy mal, porque rebotó en la lámpara y luego se incrustó en ese cajetín de la luz —comenzó a decir el dueño del despacho—. Sin embargo... —unió las dos manos por las yemas de los dedos—, con paciencia y meticulosidad, tras analizarla cuidadosamente, puedo decirte que sí, que no hay duda: se trata de la misma arma del atraco de la semana pasada.

—Mira que bien —asintió Hilario.

—Después de todo, era el mismo patrón, aunque mejor asegurarse, no se tratase de un imitador.

—No entiendo por qué ha de disparar su pistola al aire. Es un modo absurdo de llamar la atención y alertar de su presencia.

—El tipo querrá darse el gusto de armar ruido. Un notas. Así llama la atención. Y para la mayoría de la gente, un tiro es un tiro. Hay quien se caga encima nada más oír uno, aunque no haya hecho la guerra. ¿Tienes alguna pista?

—No —reconoció—. Solo lo que han dicho los testigos en los tres atracos.

—¿Un viejo maquis volviendo a las andadas? ¿Un anarquista enfermo que quiere liarla antes de estirar la pata?

—No, no creo. Ni siquiera se ha llevado mucho dinero. Más bien un loco solitario.

Vicente Romeu mantuvo su habitual rostro inexpresivo. Tenía el cenicero vacío, señal inequívoca de que estaba dispuesto a dejar de fumar. Esta vez sí. El médico debía de haberle metido el miedo en el cuerpo.

Tosió, y su voz se hizo más ronca.

—Uno al día, después de comer —dijo captando los pensamientos de Hilario.

No hubo réplica. La puerta del despacho seguía entornada. Por el hueco asomó la cabeza de Marcelino Crespo. Tenía el rostro congestionado por la pequeña carrera que acaba de darse.

—Soler, le llama el comisario —anunció sin el menor preámbulo.

Hilario no se movió.

—Dígale que ya voy.

—Está gritando.

Mala señal. Muy mala. Una cosa era que Pablo García le llamase. Otra que, ya de entrada, estuviese gritando. Eso solo podía significar una cosa: problemas.

Se levantó de la silla.

—Lo de Peláez ya está, ¿no? —preguntó Vicente Romeu.

—Eso creo.

Marcelino Crespo ya se había retirado. Hilario se apoyó un instante en el dintel de la puerta.

—¿Tú crees en el destino, Vicente?

—¿Yo? No. ¿Por qué?

—Una discusión que he tenido con mi mujer.

—De momento tu único destino está abajo. A ver qué marrón te cae ahora, que ese te la tiene jurada.

Hilario puso cara de resignación.

—Cuídate —se despidió.

—Tú más. —Fue lo único que pudo decir antes de empezar a toser hasta atragantarse y ponerse rojo como una sandía.

Hilario desanduvo el pasillo, bajó la escalera y regresó a su departamento. Si Pablo García había gritado, ahora no lo hacía. Llamó a la puerta de su despacho con los nudillos y sin esperar la orden la franqueó.

Cuando el comisario jefe estaba nervioso, se le notaba, porque en lugar de estar sentado permanecía de pie. Y estando de pie, había dos posibilidades, que mirase por la ventana, en una estudiada pose de reflexión y autoridad, o que se moviese por el lugar, incapaz de controlar su mala leche.

Esta vez, era lo segundo.

—¿Señor?

Su superior no se anduvo con rodeos.

—Plaza del Diamante, en Gracia. Han matado a un hombre de un tiro en la nuca no hace ni media hora.

—¿A plena luz?

—Eso parece.

—Suenan a ajusticiamiento. ¿Y el agresor?

Pablo García apoyó los dos puños cerrados sobre su mesa.

—¿Qué se cree, que si lo hubieran cogido le estaría enviando allí?

Hora de irse.

—De acuerdo, señor.

—Tenga cuidado.

—¿Por qué? —Le extrañó el comentario.

—El muerto se llama Eliseo Torradas. Era el chófer del general Aramburu.

Hilario recibió el primer ramalazo de tensión.

Una descarga eléctrica.

—¿Fulgencio Aramburu? —Quiso estar seguro.

No hizo falta que el comisario le respondiera. Le bastó con la mirada.

Había calma. Otros inspectores. Pero le enviaba a él.

Mientras salía del despacho, escuchó por última vez la voz de Pablo García.

—¡Informe, Soler!

—Sí, señor —rezongó entre dientes.

Martín Peláez ya estaba en su mesa, de espaldas. No se volvió. Ninguno de los presentes abrió la boca. Hilario recogió su abrigo, todavía doblado

sobre la silla en la que lo había dejado caer al entrar, y le hizo una seña a Ernesto Quesada. El subinspector no tuvo que hacer ninguna pregunta. Las señales eran evidentes. También él se llevó su abrigo, colgado del perchero común.

Se reunieron en la puerta.

—¿De qué se trata? —le preguntó nada más ponerse Hilario en marcha.

—Un asesinato —se lo anunció como si tal cosa—. Y a nuestra medida.

—¿Por qué dice eso?

—Porque en este país hay dos cosas intocables, Quesada: la Santa Madre Iglesia y el glorioso Ejército Nacional. Y nos ha tocado una.

—¡Vaya por Dios! —exclamó el subinspector impresionado.

Hilario esbozó una sonrisa.

—Si solo fuera por Dios... —Masticó cada una de sus palabras.

3

Ernesto Quesada y él no habían hablado aún del tema. La noticia de la exoneración de Martín Peláez, aceptando su versión de los hechos, había llegado a última hora de la tarde anterior. En lo tocante a la sentencia, o lo que fuera aquello, quedaba claro que «el inspector Hilario Soler había confundido las voces de los implicados, ocupado como estaba en calmar a los padres de la víctima, alterando así el orden natural de los acontecimientos».

Orden natural de los acontecimientos.

Salvaguardado o no, en la última línea no faltaba el tirón de orejas, el aviso, advirtiéndose «al mismo inspector que, en el futuro, debería evitar tales confusiones y malentendidos, poco habituales en su calidad de representante de la ley, para no implicar a compañeros de trabajo en el fiel cumplimiento de sus obligaciones».

Nada más cerrar las puertas del coche, Quesada hizo la pregunta que antes no había podido acabar de hacer ni él habría respondido con tantos oídos al acecho.

—¿Cómo lo lleva?

—Lo llevo.

—Venga, hombre.

Hilario se encogió de hombros. Ernesto Quesada se concentró unos segundos en la maniobra, mientras desaparecaba el coche.

—¿No quiere hablar de ello? —Volvió a la carga en cuanto el vehículo empezó a rodar por la calle.

—No.

—Ya sabe que yo le apoyo.

—Lo sé, Quesada, y se lo agradezco, pero ya le dije en su momento que se mantuviera al margen y no se arriesgara a tener que ver demasiado conmigo.

—Ahora soy su compañero.

—Da lo mismo. Cuídese o no hará carrera en el cuerpo.

—En la vida hay que arriesgarse —dijo con determinación—. Y tomar partido.

—Pues vaya al fútbol.

—¡Cómo es! Desde luego...

—Todo a su tiempo.

—Ya, pero habla tan poco que no sé yo a veces por dónde entrarle.

—¿Quiere hablar?

—Sí, no estaría mal.

—¿Qué opina de lo que dijo el abad Escarré el otro día?

Ernesto Quesada le lanzó una mirada de soslayo, tan desconcertado como incrédulo.

—¡Con qué me sale usted, por Dios!

—No me diga que no le impactó.

—Para ser un cura, sí.

—Un cura catalán —le recordó Hilario.

—Sí, catalán, pero cura.

—Más a mi favor. —Chasqueó la lengua—. ¿Franco entra bajo palio en las iglesias y un cura no puede decir lo que piensa?

—Mire, yo quiero saber cómo se ha tomado lo de Peláez —dijo Quesada—. En política no me meto.

—¿Crees que lo de Peláez no es política?

—¿Lo es?

—Si no lo fuera, habría sucedido algo más, y mi denuncia habría llegado más alto. Pero que un inspector de policía tire a un chico por la ventana por ser comunista, o presunto comunista, no le interesa a nadie, y menos al Régimen.

—Así que está cabreado.

—Sí.

—Y desilusionado.

—Mucho.

—Tiene suerte de que siga en su puesto.

—Sabe perfectamente que, a la más mínima, se me echarán todos encima. Por eso ha de intentar no estar cerca de mí cuando eso suceda.

Ernesto Quesada optó por poner la sirena.

—Es que con la de tráfico que hay... —Lo justificó porque sabía que a él no le gustaba demasiado hacer ruido—. Todavía no me ha dicho quién es el muerto.

—No lo ha preguntado.

—Pues lo hago ahora.

—Se llama Eliseo Torradas.

—¿Torradas? Vaya apellido.

—Torradas, Quesada...

—Pues también es verdad —reconoció abriendo los ojos—. ¿Y lo de la Iglesia y el Ejército...?

—Era el chófer del general Aramburu.

—¿Fulgencio Aramburu?

La misma sorpresa que él había mostrado al comisario.

—El amigo del Generalísimo, sí. Sale casi tanto en el NO-DO como él.

—¿No estaba en la reserva o algo así?

—No sé.

—Yo creo que sí. Le dieron no sé qué encomienda, orden, medalla... Y fue por eso.

Hilario hizo memoria.

—Sí —asintió—, es verdad. Fue hace unos meses. No sé qué diferencia hay entre estar retirado o en la reserva, pero él pasó a la reserva, tiene razón.

—¿Para qué querría un chófer si ya no ejercía de mandamás?

—Nos tocará averiguarlo.

Ernesto Quesada movió la cabeza de lado a lado un par de veces, con pesar y alarma.

—Esto no me gusta. —Suspiró.

—Ni a mí.

—O sea que el comisario le ha dado el caso...

—¿Porque soy bueno?

—Sí, ya. —Pasó de su irónico cinismo—. Nos salimos por los pelos hace dos meses cuando la muerte de aquel censor. Ahora esto.

—Descubrimos a quien le mató. —Abrió ambas manos en un gesto explícito—. Para García lo único que cuenta son los resultados: hallar al

culpable y cerrar el caso. Mientras lo hagamos, usted tranquilo.

—Mire, yo solo le digo que ojalá el lío venga del propio chófer, un tema privado, sin nada que ver con el general, porque como no sea así...

—Igualmente habrá que interrogarle.

—¿Quiere interrogar a un general?

—A ver.

—¡Jesús, María y José! —Elevó los ojos al cielo—. Como se enfade ese hombre estamos listos.

—¿Y por qué no iba a colaborar con la ley?

—No lo sé, pero a mí estos uniformados... con todas esas medallas y la boca llena de palabras castrenses, Dios, Patria, Honor...

—Quesada, me va a salir revolucionario, como los de Cuba.

—Mire, yo solo le digo que a esa gente mejor dejarla en paz, que son muy suyos. ¿Se imagina que se queja al Caudillo y el Caudillo en persona llama al comisario?

—No sea bruto, hombre.

—¡Oh, sí, ya! ¿Le recuerdo lo que hizo Aramburu en la guerra?

No era necesario. Todo el mundo lo sabía.

Y además de los hechos, conocían algunas de sus perlas verbales, encendidas, apasionadas, casi a la altura del mejor Queipo de Llano: «Claro que hice fusilar a cuatrocientos rojos. ¿Qué querían, que los dejara presos en la retaguardia, obligando además a mantener a unos soldados necesarios en el frente para vigilarlos?», «No hay términos medios en una guerra. O se es leal o se es desafecto. Y en este caso, lo mismo que se hace con un brazo gangrenado, hay que cortarlo para salvar al cuerpo y evitar que él también se pudra», «Las madres españolas fueron santas y dieron héroes a la patria. Las rojas no eran más que putas que se abrían de piernas como cerdas», «Todavía dejamos a demasiados catalanes vivos. Si los hubiéramos matado a todos, nos habríamos ahorrado algún que otro problema futuro, quién sabe, dentro de cien o doscientos años. Pero la generosidad del Caudillo es infinita», «Dios tendría que habilitar un cielo especial para los mártires de nuestra Cruzada», «Los cobardes que huían a la frontera, buscando una salvación imposible después de traicionar a la patria, no merecían vivir. Por eso ordené ametrallar esas columnas asesinas desde el aire», «Para un soldado, una orden superior

es sagrada. No debe dudar ni vacilar. Su general es mucho más que su padre. Es su dios en la tierra. Los generales somos seres privilegiados, elegidos para cumplir un destino situado más allá de toda simple comprensión humana. Por esa misma razón solo hay un Generalísimo».

Hilario miró por la ventanilla. Ya estaban en Gracia. Siempre le había gustado el barrio, popular, con sus calles estrechas, su vida, su fiesta mayor y su orgullo, como si fueran todavía un pueblo aparte, igual que cien años atrás.

«Para un soldado, una orden superior es sagrada. No debe dudar ni vacilar. Su general es mucho más que su padre. Es su dios en la tierra. Los generales somos seres privilegiados, elegidos para cumplir un destino situado más allá de toda simple comprensión humana. Por esa misma razón solo hay un Generalísimo».

Sí, como se pasase un pelo, Fulgencio Aramburu era muy capaz de llamar al mismísimo Caudillo.

—¿Usted conoce a Franco en persona? —Le arrancó de su abstracción Quesada.

—No.

—Debe acojonar, seguro.

—Es bajito, y tiene la voz aflautada.

—Eso, usted siga haciendo méritos. —Se inquietó su compañero.

A Hilario le dio por reír.

Sin ganas, pero lo hizo.

—¿De dónde eran sus padres? —le preguntó a Ernesto Quesada.

—Mi padre de Vigo, mi madre de aquí.

—¿Gallego?

—Sí, pero de Vigo —le insistió.

—Cuando habla castellano no tiene acento gallego.

—Es que hablaba poco, y de todas formas murió siendo yo niño. Mi madre en cambio es de las que no para, como si tuviera cuerda.

Hilario pensó en la suya.

Llevaba dos días sin hablar con ella, así que le llamaría de un momento a otro, con cualquier excusa.

Estaban llegando a la plaza del Diamante. Ernesto Quesada fue reduciendo la velocidad y apagó la sirena.

El tumulto apareció de pronto, a unos metros. La habitual mezcla de curiosos con la expectación de la novedad rompiendo su rutina. Un agente los reconoció. Como la calle estaba cortada igualmente, dejaron el coche allí en medio.

Luego entraron en la plaza.

Y, de pronto, se hizo el silencio.

4

El cadáver de Eliseo Torradas estaba boca abajo, probablemente tal cual había caído al suelo, sobre un charco de aparatosa sangre. Lo habían cubierto con una sábana, pero le asomaban los pies por la parte de abajo y gracias a eso se adivinaba su posición. La calle más cercana por aquel lado de la plaza era la del Topacio. Hilario recordó que más arriba, cruzándose con ella, estaba la del Rubí. Un pedazo de Barcelona rico: Diamante, Topacio y Rubí.

Los dos recién llegados se detuvieron junto al cuerpo.

—Me llamo Ramiro Portolés, inspector —lo saludó el agente que custodiaba al muerto.

—¿Han llegado los de la científica?

—Todavía no.

Nunca se daban prisa. Total, las víctimas ya estaban muertas. No les daba por pensar en la gente de la calle, el espectáculo de ver un cadáver en el mismo lugar por donde ellos paseaban con sus familias, hijos, abuelos o parejas.

Hilario se agachó y descubrió la cabeza de Eliseo Torradas. El agujero de la bala le había abierto una profunda sima oscura en el cráneo, bajo la nuca. Tras atravesar el espacio interior, por delante había salido justo por la parte más blanda de la cara: el extremo de la nariz, dejando a su paso un boquete que le devoraba un pedazo de rostro. Lo más extraño era que el muerto había sangrado también por los ojos y la boca.

—¿Han encontrado la bala? —se dirigió a Ramiro Portolés mientras se incorporaba.

—No, señor.

—¿La han buscado?

—Puede estar en cualquier parte. Peinaremos la plaza de inmediato.

—Hágalo. Como un niño la encuentre y se la quede como recuerdo, vamos listos.

—Ha de estar incrustada en alguna pared de ahí enfrente.

—O en un coche, un árbol, un camión circulando que tal vez se la haya llevado sin saberlo.

—Sí, señor. —Se inquietó el agente.

—¿Y el casquillo? —preguntó Quesada.

—Ni rastro.

—Lo recogió el asesino —dijo Hilario—. Si un tipo se acerca lo bastante como para dispararle a otro en la nuca, es que estamos hablando de un ajusticiamiento, y eso suele hacerlo un profesional. —Volvió a dirigirse a Ramiro Portolés—. ¿Cómo han sabido que ese hombre era el chófer del general Aramburu?

—Cuando le registramos encontramos su documentación, nombre, domicilio... y también una credencial y un papel con un itinerario. Ahí ponía lo de *recoger general Aramburu* y todo eso.

—¿Tiene ese papel?

Ramiro Portolés le hizo una seña a un segundo agente. No hubo que decirle de qué se trataba. El uniformado les entregó la cartera del muerto y unas hojas de papel. En ellas, el nombre del general salía tres veces. La documentación estaba a nombre de Eliseo Torradas Gálvez, cuarenta y siete años, viudo, de profesión: conductor.

—¿Alguien ha avisado al general?

—El señor comisario ha dicho que lo haría él en persona, inspector.

—¿Nada más?

—No, nada más.

Hilario contempló la escena. Había gente en los balcones y las ventanas de la plaza así como en el perímetro exterior de la misma, por detrás del pequeño muro de apenas dos palmos que la rodeaba. Hacía frío y el día era de un alarmante gris plomizo.

Se subió el cuello del abrigo.

—De acuerdo. —Inició el proceso habitual—. ¿Testigos?

—No demasiados, por la hora y el frío. La mayoría estaban lejos. Todos dicen lo mismo, señor. Que oyeron un ruido, seco, y que cuando miraron vieron al muerto ya en el suelo y al asesino alejándose.

—¿Por dónde?

—Calle Topacio arriba.

—¿Corría?

—No.

—Profesional, sí —asintió Ernesto Quesada dándole la razón.

—¿Nadie le vio acercarse y hacer el disparo?

—De momento ninguna persona nos ha hablado de eso.

—¿Ni recoger el casquillo?

—No.

—¿Cuántos testigos tenemos?

—Presenciales, los más cercanos, tres. Bueno, una señora ha tenido que ser llevada a su casa con un ataque de pánico. Tenemos a un señor que ha salido a la ventana y a un camarero de ese bar de ahí. Era el que estaba más cerca.

—Ocúpese del de la ventana, Quesada. —Se puso en marcha.

Atravesó la pequeña frontera humana bajo la atenta y seria mirada de su público y llegó al bar seguido por Ramiro Portolés. El camarero, por una vez, era el que estaba sentado, en una de las mesas próximas al ventanal. Se tomaba algo fuerte y caliente. Era un hombre joven, de veintitantos, rostro chupado, ojos salidos, nariz salida, orejas salidas.

—Inspector Soler. —Se sentó a su lado.

—Bartolomé Miranda. —Le correspondió haciendo subir y bajar aquella nariz que más parecía un huevo atrancado en su garganta.

—Cuénteme lo que ha visto.

—Pues...

—Tranquilo.

—No, sí ya... —Volvió a tragar saliva.

—Toda ayuda policial es buena, ¿entiende?

Eso le hizo sentirse protagonista.

—Vamos, Bartolo —le animó un hombre mayor y panzudo.

Hilario se imaginó que era el dueño del bar.

—¿Quiere hablar a solas?

—No, no es necesario. —Se relajó un poco más.

—Entonces adelante.

—Yo estaba limpiando los cristales, por fuera. Canturreaba una canción y... bueno, a veces lo hago incluso demasiado fuerte. En eso estaba cuando he oído ese ruido.

—¿Sabía que era un disparo?

—No. Uno ha hecho la mili, claro, pero ha sonado diferente.

—¿Cómo de diferente?

—Pues que en lugar de ¡pam!, ha hecho ¡pum!, no sé, algo así.

—Siga.

—Primero he pensado que se había caído algo de un balcón. Después he vuelto la cabeza a la derecha y finalmente a la izquierda. Entonces sí, he visto al muerto tirado en el suelo y al otro caminando despacio, con la cabeza baja.

—¿Sombrero?

—No, una gorra bastante calada, por encima de los ojos.

—¿Cómo iba vestido?

—Una gabardina larga, de color claro.

—¿Y su aspecto?

—Es difícil de precisar. Lo tengo aquí, metido en la sesera, ¿comprende? Pero lo he visto de perfil y no soy muy buen fisonomista. Era más alto que bajo... Qué se yo.

—¿A qué distancia le ha visto?

—A unos quince o veinte metros, más o menos.

—¿Le reconocería si volviera a verle?

—Con la gorra y la gabardina, de perfil, sí, sí señor.

—¿Qué ha hecho después?

—Primero me he quedado de piedra, calcule usted. No podía ni moverme. Agarrotado, oiga. Luego, cuando he salido de mi asombro, he metido la cabeza por la puerta y he gritado: «¡Creo que han matado a un hombre!». Entonces hemos salido varios y nos hemos acercado al cadáver. Yo he mirado calle Topacio arriba y ya no había rastro del asesino.

—Topacio no es muy larga.

—Ha debido de torcer por la primera, Rubí. Es la única explicación.

—¿Ningún detalle más, señor Miranda?

—No, no.

—¿Se ha fijado en los pantalones, los zapatos, si llevaba corbata...?

—Si llevaba corbata no podía vérsela, por la gabardina. Además, con el cuello levantado... En los pantalones y los zapatos no me he fijado, la verdad. Lo siento.

—Nos ha ayudado mucho.

—¿En serio?

—Todo indicio es importante. —Hilario se levantó y le tendió la mano—. Gracias.

—A sus órdenes, señor.

Lo dejó atrás y salió del bar. Los de la científica llegaban en ese momento al escenario del crimen. Ernesto Quesada también salía en ese mismo instante de la casa del testigo de la ventana. Se reunieron todos junto al cadáver.

—¿Algo interesante, Quesada? —preguntó Hilario.

—Gorra calada, gabardina...

—Lo mismo.

Los de la científica ya habían descubierto el cuerpo de Eliseo Torradas y revoloteaban a su alrededor como moscas. Uno le tocaba el cuello, otro la mano. Por una vez, no hacía falta determinar la hora de la muerte a tenor del *rigor mortis*, porque se sabía.

—Hay que dar con la bala. —Hilario abarcó una cuarta parte de la plaza con los brazos abiertos en forma de «V»—. Ha de estar en alguna parte de ahí enfrente.

Se apartó unos metros para dejar trabajar a los de la científica, con Ernesto Quesada pegado a él. Los dos hicieron lo mismo: mirar atentamente la plaza del Diamante. En verano las ventanas estaban abiertas, y la vida se hacía en la calle tanto como en casa, y más en una plaza como aquella. En otoño e invierno en cambio...

Y más llovizando.

Porque en ese momento empezó a caer una fina, finísima lluvia, apenas perceptible.

—Podía haber llovido antes —dijo Quesada—. Tendríamos unas huellas de pies.

—No creo —manifestó él.

—¿Por qué?

—Por lo de la profesionalidad. A lo mejor, lloviendo, no le hubiera matado hoy.

Ramiro Portolés se reunió de nuevo con ellos.

—Según el documento nacional de identidad, el señor Torradas vivía aquí cerca, en Encarnación, entre Torrijos y Verdi. Le esperábamos para ir a su casa, inspector.

—Luego. —Hilario miró calle Topacio arriba.

Sus dos compañeros arroparon su silencio.

—Venga, Quesada. —Se puso en marcha.

El agente no supo qué hacer, hasta que decidió sumarse a la comitiva. Dejaron la plaza, cruzaron la calzada de la calle Asturias y enfilaron calle Asturias arriba. Hilario no levantó los ojos del suelo hasta llegar al cruce con Rubí. Había una panadería. La calma todavía no había vuelto al barrio, porque estaba vacía. Las dos mujeres del mostrador se los quedaron mirando impresionadas. Una era mayor, la otra joven. La mayor parecía la dueña, la otra la empleada. La mayor estaba muy seria, la chica parecía pizpireta.

—Buenos días —las saludó Hilario.

Respondieron a dúo y a coro.

—¿Han oído el disparo? —Fue directo él.

—Apenas —dijo la pequeña.

—No sabíamos que era un disparo hasta que hemos visto a la gente corriendo y hemos empezado a oír gritos —dijo la mayor.

—Además, estaba comprando el pan la señora Amalia, que es de las que habla muy fuerte. —Cerró la primera explicación la joven centrando su mirada en Ernesto Quesada.

El subinspector levantó la barbilla.

—Ustedes están de cara a la calle, y dominan esta esquina —continuó Hilario—. ¿Han visto pasar a un hombre con una gabardina y gorra?

—Yo sí —volvió a hablar la muchacha.

La dueña la miró con asombro.

—¡Violeta!

—No sabía que tuviera que ver con lo sucedido, señora —lo justificó ella antes de dirigirse de nuevo a él, aunque sin dejar de mirar al subinspector—. Porque si preguntan por ese hombre, es porque tiene que ver, ¿no?

—Es el asesino.

—¡Madre del Amor Hermoso! —Se santiguó la mujer.

Violeta no dijo nada.

—¿Puedes describirlo? —le preguntó Quesada en tono grave.

—Llevaba una gabardina de color claro y una gorra, más oscura. Con la cabeza gacha apenas si le he podido ver bien la cara. Solo la nariz grande y el bigote.

—¿Bigote?

—Negro, una raya, así. —Se lo describió gráficamente trazando una línea horizontal en el aire.

—¿Por qué te has fijado en él, Violeta? —retomó la palabra Hilario.

—Porque se parecía a mi tío Amadeo y así, de buenas a primeras, he pensado que era él. Misma gabardina, siempre con gorra, caminando con la cabeza baja... Luego ya he visto que no, porque mi tío no luce bigote.

—¿Dirías que era alto?

—Sí, alto sí, seguro.

—¿Hacia qué lado de la calle se ha ido?

—Hacia allá. —Señaló a su derecha en dirección a Menéndez y Pelayo.

—Nos has sido de mucha ayuda, gracias.

—No hay de qué. —Sonrió orgullosa y con todo su encanto volcado en Quesada.

El compañero de Hilario se puso un poco más tieso, como si acabasen de introducirle un palo por la espalda. Los tres salieron de la panadería.

—¡Qué cosas pasan, por Dios! —oyeron lamentarse a la panadera mayor.

—Andando, Casanova —le endilgó Hilario a su compañero.

Hasta Ramiro Portolés sonrió por primera vez.

5

Pese a la proximidad, la noticia de la muerte de su inquilino parecía no haber llegado todavía a la casa. La puerta de la calle estaba abierta pero la garita de la portera vacía y cerrada. A través del cristal vieron un letrero anunciando: *Rejreso en cinco minuto*. Tomaron el ascensor y subieron al tercer piso. Había dos puertas en cada rellano. Según el DNI de Eliseo Torradas, la suya era la segunda. Llamaron sin que nadie les abriera.

—Si es viudo... ¿vivirá solo? —Vaciló Ernesto Quesada.

Regresaron a la planta baja. El agente Ramiro Portolés se había quedado en la plaza, así que estaban solos. Se asomaron a la calle y en ese momento la celadora de la paz vecinal apareció por su izquierda, cargando una bolsa con algo dentro.

—¿Están esperando a alguien? —les preguntó con el ceño fruncido.

—Al señor Torradas —dijo Hilario.

—Ya se ha ido. —Pasó por su lado, abrió la garita y dejó la bolsa adentro. Tras liberarse de su peso se encaró con ellos de nuevo—. Arriba no hay nadie. Su hija tampoco está.

—¿Tiene una hija el señor Torradas?

—Sí, Natalia.

—¿Qué edad tiene?

—Veintitrés. Oiga... —Se dio cuenta de que estaba siendo interrogada y eso la hizo envararse—. ¿Qué sucede? ¿Quiénes son ustedes?

Hilario le mostró la placa.

La mujer se envaró todavía más.

—Oh —pareció exhalar sin aliento.

—¿Tiene más hijos? —continuó él.

—No, no señor. —De guardiana del edificio pasó a ser una impresionada y asustada colaboradora—. Solo Natalia, que es muy buena niña.

—¿Dónde podemos localizarla?

—Trabaja en una camisería que se llama Capdevila y Cors, en la calle Portaferrisa.

—¿Cuánto hace que enviudó el señor Torradas?

—Muchos años, pobre señora Rosa. Era una gran persona.

—¿Hablaba usted mucho con el señor Torradas?

—No, no, lo normal. Buenos días, buenas tardes, qué frío hace, con este calor no se puede salir a la calle... Un hombre muy discreto, qué quiere que le diga. Yo... —Volvió la desazón—. ¿No pueden decirme a qué vienen estas preguntas y qué está pasando?

—De momento no, señora.

Un hombre entró en el portal. Llevaba un periódico bajo el brazo y empuñaba un paraguas negro, algo mojado aunque ya no lloviznaba. Vestía de forma impecable, camisa, corbata, chaleco, traje, abrigo, sombrero. Había en él una vetusta y trasnochada dignidad pese a no parecer rebasar los sesenta años. Cojeaba ligeramente del pie derecho.

Se los quedó mirando un segundo.

—Ah, señor Santiago. —La portera se llevó una mano al pecho con afectación, visiblemente aliviada por tener a alguien con quien compartir su inquietud—. Estos señores son de la policía. Preguntan por su vecino, el señor Torradas.

—¿La policía? —El aparecido puso cara de sorpresa—. Vaya. Si puedo servirles en algo...

—¿Conoce al señor Torradas?

—Pues claro. No solo somos vecinos, somos amigos. ¿Para qué quieren ver al bueno de Eliseo?

—¿Podríamos hablar con usted unos minutos?

—Por supuesto, por supuesto, aunque no entiendo...

—Se lo explicaremos en un minuto.

El señor Santiago se despidió de la portera.

—Hasta luego, señora Manuela.

La mujer no dijo nada. Tanto Hilario como Ernesto Quesada sabían que su presencia, donde fuere y aunque solo se tratase de rutina, despertaba siempre una pequeña tormenta cuando no una conmoción.

A veces a Hilario le pesaba.

Lo que menos quería era causar miedo.

Pero lo causaban.

La gente solía pensar: «Si están aquí es por algo».

Elefantes en la cacharrería del mundo.

No hablaron en el breve trayecto. El ascensor tampoco daba para mucho. Cuando el camarín se detuvo en la tercera planta, el inquilino de la primera puerta ya tenía las llaves en la mano. Les precedió, la abrió, conectó la luz y los hizo pasar.

—Por favor... Si quieren dejar los abrigos en este perchero.

Él también lo hizo. Abrigo y sombrero. Mantuvo la chaqueta del traje. Colocó el paraguas en un paragüero y se quitó las chanclas. Porque llevaba chanclas para proteger los zapatos. Una vez cumplimentado el ritual les precedió por un pasillo no muy largo, hasta una sala-comedor bendecida por la luz de una galería de cristales serigrafiados.

Un rincón agradable.

En el aparador y en la mesita del teléfono, ninguna fotografía.

—¿Vive usted solo, señor Santiago?

—Sí, no tuve la suerte de hacer infeliz a ninguna mujer. —Debía de decirlo a menudo, porque sonrió de manera mecánica—. ¿Quieren tomar asiento? Me tienen intrigado, ¿saben? Imagino que estarán haciendo cualquier tipo de investigación y en ella ha salido el nombre de Eliseo, claro. Ni siquiera sé si yo... En fin. —Abrió y cerró las manos sin saber qué más decir.

—¿Cuál es su apellido? —preguntó Hilario sentándose el primero.

Ernesto Quesada le imitó.

—No, no, mi apellido es precisamente Santiago. Mi nombre es Crispulo.
¿Un vasito de agua?

—No, gracias.

—Entonces... ustedes dirán qué quieren que les diga de mi compañero de cartas y dominó.

Hilario ya no espero más.

—Acaban de asesinarle en la plaza del Diamante.

Un puñetazo en mitad de la cara no le habría causado más impacto.

Crispulo Santiago se dejó caer hacia atrás.

—¿Cómo... dice? —balbuceó.

—Lo sentimos mucho —habló Quesada.

—Pero... —La cabeza debía de darle vueltas, con los pensamientos zumbando como moscas—. ¿Asesinado?

—Sí, señor.

—Oigan, esto no puede ser, no tiene sentido... —Forzó una última resistencia y contrajo la cara al máximo—. ¿Eliseo?

—Sí.

—¿Están seguros?

—Me temo que sí. Un hombre le ha disparado en la cabeza, por la espalda.

Su anfitrión bordeó el derrumbe total. Las lágrimas afloraron en sus ojos. Si vivía solo y Eliseo Torradas era su amigo de cartas y dominó, era más que un golpe para él.

Perdía casi su contacto con la paz.

—Dios mío. —Soltó una bocanada de aire y se empequeñeció en la silla.

Dejó de ser un hombre elegante, con su toque especial, para menguar hasta convertirse en una sombra, un residuo del ser humano que acababa de abandonar, como el animal que muda la piel y queda desnudo mientras el cuerpo le fabrica otra de nuevo.

—Lamentamos su pérdida, señor Santiago —dijo Hilario para ganar un poco de tiempo.

—Ahora... soy yo el que necesita un vaso de agua. —Se puso en pie a duras penas—. Si me perdonan...

Se marchó a la cocina cojeando más que antes.

Arrastrando su dolor.

Hilario y Ernesto Quesada intercambiaron una mirada. No hablaron. Oyeron el tintineo de un vaso, un grifo abriéndose, un silencio, y luego Crispulo Santiago regresó a la sala-comedor, al amparo de su preciosa galería, de pronto convertida en un mausoleo solitario.

—Me han dejado...

—¿Comprende que hemos de hacerle algunas preguntas urgentes?

—Sí, claro, aunque no sé en qué pueda ayudarles. Esto sin duda se trata de un error. Eliseo no era nadie. Bueno —quiso enmendar su comentario—,

quiero decir que no tenía enemigos, ni otra cosa que no fuera su hija y su trabajo. —Se estremeció al decir la palabra—: ¿Asesinado? ¿Y de un disparo en la cabeza y por la espalda, como si lo ajusticiaran? Absurdo. —Movi6 la cabeza de lado a lado—. Absurdo, absurdo, absurdo.

—¿Podr3a decirse que usted era su mejor amigo?

—Sin duda —lo pronunci6 con orgullo.

—Ha dicho que no ten3a enemigos.

—Y no los ten3a. ¿Él? Un pedazo de pan, se lo aseguro. Era de lo m3s normal, íntegro, leal, volcado en su trabajo.

—Ch6fer de un general —lo dej6 ir Hilario.

—No vea lo orgulloso que estaba de su cometido. Adoraba a ese hombre, Aramburu. Todo un car3cter, por cierto. Pero para Eliseo, servir a un h6roe de guerra como 3l era un honor, ¿entiende?

—El general hab3a pasado a la reserva no hace mucho.

—Retirado o no, tiene una vida muy activa. Eliseo no paraba, lo mismo que antes.

—¿Cu3nto llevaba con Aramburu?

—Desde el 40.

—Veintitr3s a3os.

—Exactamente dos meses despu3s de nacer Natalia, su hija.

—¿Y su esposa?

—Por desgracia muri6 hace once a3os, en el 52. A la pobre Rosa se la llev6 una enfermedad fulminante. Y ahora la pobrecilla Natalia se queda sola, ¡ay Dios! Y con ese desgraciado...

—¿A qui3n se refiere?

—Su novio, Jorge.

—¿Sabe el apellido?

—Mir6, como el pintor. Jorge Mir6. Menudo tarambana.

—¿No le ca3a bien?

—¿A Eliseo? No. —Fue categ6rico—. Pero no se lo dec3a a ella, para no hacerla llorar ni enfadar. Confiaba que tarde o temprano se dar3a cuenta por s3 misma de que ese chico no le conven3a. Cuando vean a Natalia lo comprender3n.

—¿Por qu3?

—Porque es un ángel, una preciosidad. Clavada a su madre. Para Eliseo no había nada más. Su general y su hija.

—¿Sabe a qué se dedica ese tal Miró?

—Trabaja de oficinista en una empresa de construcción. Un vulgar chupatintas, aunque, eso sí, con la cabeza llena de pájaros. Y además con treinta años, siete más que la niña. Demasiado mayor y con el culo pelado de... Bueno, ya me entienden.

—El señor Torradas creía que Natalia podía aspirar a más.

—Él, yo, todos. ¡Oh, Dios Santo! —Se llevó una mano a la frente—. ¿Quién se lo dirá?

—Nosotros, me temo. Iremos a verla a su trabajo en cuanto terminemos con usted.

—¿Quieren que los acompañe?

—No.

—Yo estoy temblando, ¿ven? —Sus ojos volvían a mostrarse vidriosos. A cada minuto que pasaba, envejecía un año—. Pero ¿en qué mundo vivimos? ¿Para eso hicimos una guerra?

—Escuche, señor Santiago. —Hilario se inclinó hacia delante, para dar más énfasis a sus palabras—. Si usted era su mejor amigo, tuvo que notar si le pasaba algo en estas últimas semanas, o días. Nadie mata a un hombre de un disparo a bocajarro en la cabeza y por la espalda si no es por un motivo, por duro, cruel o amargo que sea. Y tampoco suele ser por algo inesperado.

Les sobrevino un silencio.

Espeso.

Flotó allí en medio, entre los tres, a medida que el vecino de Eliseo Torradas se encontraba con algo que parecía haber hecho acto de presencia en su cabeza.

—No es que fuera muy hablador, pero... —Se quedó en suspenso un par de segundos—. Tampoco creo que fuera por algún problema que le preocupara, salvo por lo de Natalia y su novio.

—Cuéntelo.

—Ya le digo que hablaba poco.

—Pero últimamente... —Dejó el comentario sin terminar.

Críspulo Santiago se enfrentó a sus ojos.

—Bueno, llevaba una semana, puede que dos, un poco abstraído.

—Abstraído no es igual que preocupado.

—Es que no sé cómo llamarlo. —Su mirada naufragó en algún lugar de sí mismo, más y más profundamente—. Era buen jugador, de cartas y de dominó. Los dos lo somos. Pero últimamente perdía más de lo normal, por falta de concentración, eso seguro.

—¿Le preguntó?

—Eliseo contaba las cosas cuando quería contarlas. En eso nos respetábamos. Nada de preguntas. Natalia ya hablaba de casarse, y eso representaba perderla... o meterle a él en casa. —Hizo un gesto difuso—. Se habrían matado en dos días.

—¿Hablaron de ello?

—Hombre, quejarse, se quejaba. ¿Qué iba a decirle yo?

—¿Dice que estaba abstraído desde hacía una o dos semanas?

—A lo sumo diez días. A ver... Sí, recuerdo que fue el día 13. Perdió nueve partidas de dominó seguidas, ¡lo nunca visto!, y me dijo que estaba cansado, que no había dormido en toda la noche. —Asintió con la cabeza—. Sí, el 13. Era miércoles, y los miércoles vemos la televisión juntos.

—¿El señor Torradas no tenía relación con nadie más que con usted, su hija y su jefe?

Crispulo Santiago se quedó mudo de golpe.

Parpadeó.

—Es que en lo privado... —Vaciló de forma ostensible.

—¿Le recuerdo que esto es una investigación criminal?

—No, no. —Se pasó la mano derecha por el pelo—. Lo que ocurre es que hay cosas que... No sé si me entiende.

—¿Una mujer?

—Sí. —Pareció liberado por el hecho de que fuese su visitante quien lo mencionara.

—Así que el señor Torradas tenía una amiga.

—Puede llamarse así, sí. Una... buena amiga.

—¿Nombre?

—Rosario Planas. Vive en la calle Blanquería, en el número 9, cerca de la calle Princesa. —Se pasó la lengua por los labios para humedecerlos—. No

vayan a pensar nada malo, ¿eh? Viuda como él, sería, de muy buen ver, toda una señora... La conoció en una boda, hablaron, intimaron... Ya sabe cómo son esas cosas.

—¿Estaba enamorado?

Crispulo Santiago bajó la cabeza, como avergonzado.

—Sí —susurró rendido.

—¿Y ella?

—No lo sé.

—¿No le comentó nada el señor Torradas?

—Primero me dijo que ella se lo estaba pensando, luego ya pasaba más tiempo a su lado, incluso hasta tarde en la noche. En fin, ¿qué quiere que le diga? Eran dos personas adultas, ¿entiende?

—Perfectamente.

—Cualquier día de estos iba a decírselo a Natalia.

—¿Ella no lo sabía?

—No, de momento no.

—¿Cuándo fue lo de esa boda?

—Tres o cuatro meses, en verano.

—Imagino que su vecino estaría contento.

—Sí, la verdad es que sí. Desde la muerte de Rosa no había tenido nada que ver con nadie. Pero con nadie, ¿eh? Ni para aliviarse.

—¿Le hablaba mucho de ella?

—Un poco. Ya le digo que era muy discreto, y en lo personal, muy suyo. La intimidad, aunque sea tu mejor amigo, hay que respetarla. —Sonrió con un deje de ternura—. Detalles, lo bien que cocinaba, lo peripuesta que se ponía para salir a pasear, merendar o ir al cine con él, cosas así.

Hilario pareció haber agotado el repertorio de preguntas.

—¿Sabe qué hacía el señor Torradas en la plaza del Diamante esta mañana? —intervino por primera vez Quesada.

—Cogía el metro en la parada de Fontana para ir a casa del general. Por eso atravesaba la plaza diagonalmente, para llegar a la calle Asturias.

—¿Era metódico?

—Sí.

—De acuerdo, señor Santiago. —Hilario se levantó, introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y le entregó una tarjeta al dueño de la casa—. Si recuerda algo más que pueda ayudarnos, por nimio que le parezca...

—Los aviso, claro. Y si me necesitan para algo, lo que sea, cuenten conmigo, aunque ahora mismo...

Miró las paredes de su casa.

De pronto más vacías de lo que nunca habían estado.

Sin fotos, sin pasado, sin recuerdos.

Hilario y su compañero caminaron por el pasillo. Crispulo Santiago iba tras ellos.

—Pobre Natalia —musitó—. Pobrecilla. Tendré que ayudarla con el papeleo y todo eso, porque lo que es ese hombre...

—¿No tienen más familia? —Hilario se detuvo en el recibidor para recoger su abrigo.

—No. Los padres y la hermana de Eliseo murieron en la guerra, en un bombardeo.

—¿Aquí en Barcelona?

—Sí, los de marzo del 38.

—¿Y el señor Torradas era leal al Caudillo y al general Aramburu?

—Sí, claro. Faltaría más. En la guerra mueren muchos inocentes por estar en lugar equivocado en el momento inoportuno. La culpa no fue de esas bombas. Fue de los rojos que nos obligaron a echarlas.

—¿Dónde hizo la guerra su amigo?

—Cumplía el servicio militar en África. Tuvo suerte. Pudo luchar por sus ideales al lado del general Aramburu y del Generalísimo. Yo, con mi cojera, la pasé aquí, impedido, con el corazón roto. Y no fue agradable, se lo aseguro.

Hilario abrió la puerta del piso.

—Gracias por todo, señor Santiago. Nos ha sido de mucha ayuda —se despidió.

Crispulo Santiago le estrechó la mano.

—Cójalo a ese asesino, por favor. Cójalo y arránquenle la piel a tiras. —Dejó de parecer un hombre agotado para abrir las compuertas de sus

sentimientos—. Ni matándole mil veces compensarían lo que ha hecho. Ni un millón de veces.

No llamaron al ascensor. Prefirieron bajar a pie mientras se ponían los abrigos.

6

La zona en torno a la plaza del Diamante seguía acordonada, pero los de la científica ya habían terminado y se estaba procediendo al levantamiento del cadáver. La mala noticia era que no había rastro de la bala. Grupos de policías seguían escrutando los edificios, los árboles y los vehículos aparcados, y ahora no solo en el área más presumible, frente al muerto, sino en todo el perímetro, por si resultaba que Eliseo Torradas no había caído de bruces, sino de lado, o de forma que el cuerpo no hubiera seguido un curso normal, girando sobre sí mismo.

—Si el asesino era más alto, la bala tendría que haber dado en el suelo. Si era más bajo, estar en algún piso elevado. Y si era de la misma estatura, haber salido en línea recta —argumentó Quesada.

—Todo depende del grado de inclinación o elevación de la mano, pero en este caso los testigos hablan de un hombre alto, y el muerto era más bajo. Pienso que le disparó horizontalmente, buscando que la dichosa bala entrara en línea recta: de la nuca al extremo de la nariz.

—Sí, cierto. —El subinspector se mordió el labio inferior sin dejar de pasear la mirada por los alrededores—. ¿Se imagina que se ha colado por la ventana de un piso en el que no hay nadie hasta la noche?

—Con este tiempo la gente no tiene una ventana abierta, hombre, aunque la teoría del piso vacío es buena. ¿Ve algún cristal roto?

—No, pero a veces las señoras dejan abierto para que se ventile una habitación mientras van a la compra.

—Si no dan con ella, desde luego habrá que ir casa por casa.

Se despidieron del agente Portolés, comentándole la posibilidad que acababa de esgrimir Ernesto Quesada, y caminaron en dirección al coche, que seguía donde lo habían dejado. Hilario se acomodó en el asiento del copiloto sin quitarse el abrigo.

Su compañero sí lo hizo.

—¿A usted su mujer no le riñe si llega con la ropa arrugada?

—No —dijo Hilario.

—Ah. —Quesada notó el tono seco—. ¿Vamos a ver primero a esa señora o a la hija?

—La hija. Es lo correcto.

—No me gusta dar esa clase de noticias. —Arrancó el motor—. Es lo más deprimente que hay.

—No le gusta a usted ni a nadie, pero nos toca y lo sabe.

—Ya. —Comenzó a maniobrar para salir de allí—. ¿Primera impresión del caso?

—Todavía es pronto.

—Pero usted es intuición pura. A eso no le gana nadie. Bien lo sabe el comisario.

—Las intuiciones no sirven de nada con tan pocos datos.

—No son tan pocos. —Quesada pudo pisarle un poco al gas en Menéndez y Pelayo, en dirección a la calle Córcega—. Tenemos un muerto que trabajaba de chófer con un general, un amigo con el que jugaba al dominó, una hija enamorada de un novio que les caía mal, y una viuda alegre capaz de devolverle la alegría después de once años de viudedad. Yo no diría que son pocos mimbres para empezar a construir un mueble.

—Lo único que de verdad cuenta es que llevaba unos días inquieto. Abstraído, ha dicho su vecino.

—Preocupado —dejó clara su opinión.

—O sea que sí le sucedió algo.

—En torno al 13, más o menos.

Hilario se envolvió en uno de sus silencios. Ernesto Quesada lo dejó pensar menos de cinco segundos.

—Lo de que pueda ser un profesional... —Vaciló.

—¿Quién si no mata a plena luz, de forma tan fría, se molesta en llevarse el casquillo y luego echa a andar sin correr?

—Eso y el tiro en la nuca.

—Mal asunto —suspiró Hilario.

—¿Por qué?

—Porque en este caso, profesional suena a... militar.

—Oiga, no fastidie —gruñó Quesada.

—Usted ha preguntado.

—Entonces me callo.

—Ponga la sirena, va —le pidió él.

No hablaron en el resto del trayecto. Tomaron un trocito de Córcega al final de Menéndez y Pelayo y bajaron por el paseo de Gracia hasta la Puerta del Ángel. Desde allí, ya sin la sirena, desembocaron directamente en la calle Portaferriosa. La camisería Capdevila y Cors ocupaba una buena fachada, con sus escaparates llenos de ropa y el largo rótulo con las letras doradas sobre el negro brillante del fondo. Nada más entrar en la tienda supieron quién era Natalia Torradas, porque la única mujer era ella.

Guapa, exquisita, de rostro aniñado y con un leve parecido a Brigitte Bardot aunque en moreno. Atendía a un cliente en ese momento.

Otro empleado se acercó a ellos con una atenta sonrisa de oreja a oreja.

—El encargado, por favor. —Hilario le mostró la placa.

La sonrisa menguó un tercio y se congeló.

—Si me hacen el favor. —Les indicó un ángulo del establecimiento en el que no había nadie.

Luego le vieron desaparecer tras una cortina, y a los cinco segundos reaparecer acompañado de un hombre de mediana edad que se estaba poniendo bien la americana. Su cara lo decía todo. Preocupación, angustia, recelo...

—Ustedes dirán —se ofreció solícito.

—Soy el inspector Soler, y él mi compañero el subinspector Quesada — se presentó Hilario—. Me temo que debo darle muy malas noticias a la señorita Torradas, por lo cual le pido su colaboración.

—¿Malas noticias?

—Su padre ha muerto.

—¡Oh, cielos!

Encargado y empleado miraron hacia ella, que seguía mostrándose de lo más afable con su cliente.

—¿Dónde podemos hablar? —preguntó Hilario.

—Sí, claro, en mi despacho, por favor —reaccionó el primero—. Dios, qué terrible, qué espantoso... Si me hacen el favor. —Les mostró el camino

hasta la cortina pero antes se dirigió a su subordinado y le dijo—: Tráiganosla de inmediato, y actúe con tacto, Matías. Que no se le note, ¿eh?

Matías pareció enfadarse.

Cruzaron la cortina.

—Es el metepatas oficial —se justificó el encargado—. El señor Cors ya no sabe qué hacer con él.

El despacho estaba a un metro escaso de la cortina que hacía las veces de puerta. En el pasillo se amontonaban las cajas con camisas, corbatas, jerséis y demás ropa invernal. Era una tienda sobria, sin nada moderno, sin nada de lo que los jóvenes ya solían llevar con cierta estridencia, como las camisas brillantes a rayas de los últimos veranos. No había más que dos sillas, así que no las usaron. El encargado no pudo evitar los nervios de la espera.

—Muerto, pobre hombre. ¿Cómo ha sido?

A veces se reservaba información. Otras, la difundía, como quien siembra minas en un campo.

—Lo han asesinado —dijo Hilario.

Su interlocutor tuvo que hacer uso de una de las sillas. La cara reflejó estupor. Se pasó una mano por la frente, como si retirara un invisible sudor.

—Pero esto es... increíble. —Apenas si pudo hablar.

Natalia Torradas apareció a los diez segundos. Estaba seria. De cerca era aún más angelical: rostro redondo, ojos luminosos, labios perfectos, cuerpo menudo. Se los quedó mirando sin entender nada, prueba de que Matías no había metido la pata esta vez.

—¿Pueden dejarnos solos? —les pidió Hilario a los dos hombres.

Le obedecieron.

—Por favor, siéntese —le pidió Quesada.

—No es necesario, ¿quiénes son ustedes?

Momento de enseñar la credencial.

—Por favor —insistió Hilario.

Ya no hubo resistencia. Natalia Torradas ocupó una de las sillas. Ernesto Quesada, por si acaso, hizo lo mismo con la otra. Hilario contó hasta tres y, sin dejar de mirarla a los ojos, se lo anunció:

—Su padre ha muerto esta mañana, señorita. Lo lamento. Un hombre le ha disparado por la espalda en la plaza del Diamante.

Los cinco, casi diez minutos siguientes, fueron complicados.

Abrumadores.

Primero, la incredulidad. Después, el primer llanto. Luego, la histeria. Finalmente el desmayo, o la suma de todos los factores anteriores. Con los gritos reaparecieron el encargado, el primer empleado y todos los demás. Exactamente tres. Hilario tuvo que permanecer en pie, dejando a Quesada la parte activa, sujetarla, darle un pañuelo y evitar que se cayera al suelo o se levantara echando a correr.

Le trajeron agua sin que sirviera para nada.

Luego, alguien apareció con un frasquito de sales, como en las viejas películas.

Se lo pusieron a Natalia bajo la nariz y dio un respingo que casi la hizo llegar al techo.

Cuando la situación estuvo controlada y se quedaron por segunda vez a solas con ella, Quesada expresó lo evidente:

—No vamos a poder hablar con ella en este estado, ni creo que esté para decirnos gran cosa.

Hilario asintió.

Le tocó el turno a él.

Se arrodilló y le cogió las manos a la muchacha.

—Señorita Torradas...

Ella le hundió unos ojos súbitamente muertos, bañados en lágrimas y dolor.

—Señor...

—Tiene que venir con nosotros, ¿entiende?

—Sí, sí —respondió igual que una autómatas, sin moverse.

—Ha de identificar el cuerpo, y hemos de hacerle unas preguntas.

—¿A mí? —balbuceó.

—Querrá que atrapemos al culpable, ¿verdad?

—Pero... ¿quién querría matar a mi... mi padre? —gimió bordeando otro acceso de lágrimas.

No hubo respuesta. Las manos de la muchacha acabaron deslizándose por entre las de Hilario para liberarse de ellas. Se las pasó por los ojos y sorbió

los mocos al respirar con mayor intensidad. La incredulidad y el estupor le ganaban poco a poco la partida al dolor.

—¿Quiere que la esperemos fuera? —se ofreció él.

Natalia Torradas asintió con la cabeza.

Hilario se incorporó y salió del despacho junto a Ernesto Quesada. Se quedaron en el pasillo. Por entre la cortina se veía parte de la tienda. Ya no había clientes. El personal hablaba en el centro del espacio, en voz baja, haciendo gestos.

La hija del muerto apareció a los dos minutos. Caminó hasta el fondo, atravesó otra puerta y tardó otros tres en reaparecer. Cuando lo hizo, ya se había peinado y llevaba su abrigo así como un bolso de charol negro en la mano. Físicamente su aspecto no había mejorado mucho, salvo por el hecho de que, rota o no, continuaba siendo un ángel.

Ahora con las alas rotas.

Dejaron Capdevila y Cors sumida en un purgatorio y se instalaron en el coche. Quesada al volante. Hilario y ella detrás, por si acaso. La joven quedó sepultada en el asiento, convertida en un ser menguante. De todas formas no hubo conversación y él no quiso forzarla. Mejor esperar.

Y esperó.

El reconocimiento en el anatómico forense no fue mejor que la escena vivida en la camisería, al contrario. Sobre todo porque el agujero en la cara de Eliseo Torradas era muy dramático, y porque la sangre surgida de los ojos le confería un aspecto irreal, de zombi inanimado. La coagulación formaba una película espesa y húmeda en torno a la carne destrozada por la explosión interior. Porque parecía que hubiera sucedido precisamente eso: una explosión. Hubo que sujetar a la hija del muerto antes de que se cayera al suelo y acabó sentada en una silla a la espera de que se recuperara. Hilario miró la hora un par de veces, impacientándose, hasta que ya no pudo más.

—Señorita, lo siento pero si queremos atrapar al que lo hizo necesitamos hablar con usted.

—¿Qué quiere que les diga yo? —Apretó el pañuelo que tenía entre las manos.

—Era su padre.

—Y vivíamos juntos, sí, pero eso no significa que me lo contara todo. ¿Qué padre lo hace? El mío desde luego era hermético, de los de hablar poco, silencioso. Si le dolía algo, ni me lo decía, para no inquietarme. Era su forma de protegerme.

—Cierre la puerta, Quesada.

El subinspector lo hizo. El lugar no era el más adecuado, un cuarto con baldosas blancas en las paredes, aséptico, oliendo a formol, con una mesa vacía y tres sillas viejas. Hilario se sentó frente a la muchacha. Ernesto Quesada permaneció de pie.

—Escuche, que no le hiciera confidencias no significa que usted no tuviera ojos ni oídos —le hizo ver Hilario.

—¿Y qué quiere que le diga? —Se encogió de hombros—. No entiendo nada de lo que está pasando. Nada. —Hundió en él una mirada dura, como si tuviera la culpa de algo, aunque solo fuera por haber sido el mensajero de las malas noticias—. Cuando papá estaba en casa veía la tele, o jugaba con nuestro vecino. Todo lo que hablábamos era... trivial, cotidiano.

—¿Salía con alguien?

—¿Qué quiere decir?

—Una mujer, una amiga...

—¿Mi padre? No. —Fue rotunda.

—¿Está segura?

—¿Cómo iba a salir con una mujer si se pasaba el día con su jefe?

—Ya, pero un militar medio retirado, en la reserva...

—Creo que tenía menos tiempo libre ahora que antes. —Se llevó el pañuelo a la nariz y sopló con todas sus fuerzas—. Siempre estaba de guardia, por si el general quería salir. De horario, nada. Y, para papá, eso era sagrado. Nunca se quejaba. Jamás una palabra en contra. Adoraba a ese hombre.

—¿Se habría sorprendido si su padre hubiera salido con alguien?

—Pues... no sé. Ni lo había pensado. Mi madre murió hace ya muchos años. ¿Por qué me pregunta tanto acerca de eso?

—Bueno, las relaciones humanas son complejas. —Desvió la duda de Natalia Torradas—. Usted tiene novio.

—Sí.

—¿Le caía bien a su padre?

—¿Qué quiere decir?

—Nada, solo constatamos cómo estaban sus relaciones.

—Jorge es un buen hombre. —Apretó los puños aplastando el pañuelo entre los dedos—. No diré que el trato con mi padre fuera el de un hijo, pero... lo respetaba, no sé si me entiende.

—Nos lo han descrito como «tarambana».

—Por Dios —exhaló con cansancio—. ¿Quién le ha dicho eso? ¿Por qué es tan mala la gente?

—¿Por qué cree que alguien diría algo así?

—¡Y yo qué sé! A lo peor porque Jorge es un temperamento libre, independiente. Cambia de trabajo a menudo, busca algo mejor, no se conforma con nada, es ambicioso... ¿Y eso es malo? Jorge no es de los que se deja pisar ni humillar.

—¿Usted tuvo novio antes?

—No, tonterías adolescentes.

—¿Y él?

—Sé que salió varios años con una mujer, sí. ¿Y sabe qué? Ella le dejó por su mejor amigo. Ya ve.

—Siento hacerle tantas preguntas indiscretas, pero es nuestro trabajo.

Reapareció el sentimiento.

Dos gruesas lágrimas asomaron por sus ojos y saltaron al vacío, corriendo desbocadas por sus mejillas.

—Tiene que darnos las señas de su novio. Vivienda, trabajo...

—¿Cree que Jorge es sospechoso? —No pudo dar crédito a lo que oía.

—Por favor.

Le dio las direcciones como si quisiera acabar con todo cuanto antes. Ernesto Quesada apenas si tuvo tiempo de anotarlas.

—Jorge vive con sus abuelos —remató—. No conoció a su padre y su madre va y viene. Trabaja en Madrid.

—También nos han dicho que su padre llevaba una o dos semanas taciturno, preocupado.

—No más que otras veces.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que le he dicho antes: que era un hombre serio. Puede que en estos últimos días estuviera cansado. A veces se pasaba demasiadas horas fuera de casa.

—¿Qué le decía para justificarlo?

—Pues que el general estaba muy activo, de aquí para allá. Incluso de noche.

—¿De noche?

—Hará cosa de diez días no vino a dormir. Me asusté, porque ni me llamó. Llegó al amanecer y me dijo que era cosa de Estado Mayor, una urgencia, secretos de esos.

—¿Nunca había hecho algo así?

—No.

Hilario miró a su compañero, por si él tenía alguna pregunta que hacer. Ernesto Quesada movió la cabeza horizontalmente en un gesto casi imperceptible.

—¿Quiere que la llevemos a su casa?

—No, quiero quedarme aquí.

—Le dejo mi tarjeta. Y le recuerdo que estamos buscando a un asesino. La palabra le hizo daño.

Volvió a mirarle con dureza.

—Es tan absurdo...

—Necesitamos ver las cosas de su padre. ¿Cuándo podríamos pasarnos?

—Déjenme que le entierre, por Dios.

—Lo siento. —Hilario fue tajante—. Esto es una investigación criminal. No hay tiempo que perder.

—¡Quiero velarle, estar a su lado!

—Esto es el Instituto Anatómico Forense, no un velatorio. Le aseguro que serán solo unos minutos. Podemos ir a su casa mi compañero y yo, pero preferiríamos que usted estuviera presente. Tendrá que ir de todas formas para buscarle ropa, un traje, los papeles del entierro, esas cosas.

Natalia Torradas bajó la cabeza.

Hilario le presionó las manos para infundirle valor y confianza.

—Pasaremos por su casa esta tarde, sobre las cinco o las seis, ¿le parece?

La joven cerró los ojos y liberó dos nuevas lágrimas.

—A las cinco, supongo —musitó sin apenas voz.
Ernesto Quesada ya tenía la puerta abierta.

Cuando llegaron al coche, Hilario fue el que se sentó al volante. Su compañero sabía lo que eso significaba. Ocupó su lugar y esperó órdenes, con el micrófono de la radio ya en la mano.

No se las dio hasta pasados diez o quince segundos, después de tomarse su tiempo para reflexionar.

—Averigüe las señas del general Aramburu.

La conversación con la central fue breve. El departamento ya se había puesto en marcha. Hilario se imaginó a Pablo García pendiente de él y del caso.

El nombre de Fulgencio Aramburu pesaba demasiado.

—Pedralbes —dijo Quesada mostrándole la hoja de la libreta en la que lo había anotado.

—Bien.

Puso el vehículo en marcha.

Nada de sirena.

—Veo que no vamos a comer a casa —comentó su compañero.

—No.

—Eso solo sucede cuando algo le preocupa y no quiere distraerse.

—Cierto.

—¿Ya empezamos con el pragmatismo? —Pareció burlarse Ernesto Quesada con un deje de confianza.

—¿Qué quiere que le diga? Tiene razón.

—¿No está asustado?

—No. Preocupado, sí. Asustado, no. Ha habido un asesinato y me limito a seguir un protocolo. ¿Que preferiría no tener que ir a ver a todo un general? Pues claro que lo preferiría. No me gusta el ejército, su disciplina, su parafernalia, la forma en que se llenan la boca con palabras grandilocuentes,

sus juegos de guerra... Pero es lo que hay, y me temo que vamos a darnos de bruces con ello, lo queramos o no.

—Tal vez no sea así. Tenemos a ese novio, a la mujer con la que se veía Eliseo Torradas...

—¿No ha mencionado antes mi instinto?

—¡Ay, ay, ay! —Fingió asustarse Quesada.

Rodaron unos primeros minutos en silencio, para tomar la avenida del Generalísimo en dirección a la salida de Barcelona por el sur. Hilario conducía más despacio que su compañero, probablemente porque tenía siempre la cabeza en otras partes.

—Está claro que el muerto le mentía a su hija. —Rompió el silencio el subinspector.

—Un viudo de cuarenta y siete años con una hija de veintitrés. No creo que sea una gran mentira.

—Es evidente que le daba vergüenza decírselo.

—Eso sí.

—Pues ya me dirá.

—¿Ve muchas películas americanas, Quesada?

—Sí, como todos, ¿por qué?

—Porque allá un hombre o una mujer se queda viudo o viuda, y a los pocos meses ya está «rehaciendo su vida», como dicen ellos. Además, tienen divorcio. Están más habituados a cambiar, a luchar por la felicidad, se adaptan, renacen y la edad no siempre es lo más importante. —Hizo una pausa breve—. Esto es España. Aquí una mujer enviuda, se viste de negro y es para siempre. Y que un hombre se busque la vida da que hablar. ¿Cómo se le dice a una hija que tienes otro amor? ¿Y si la hija se pone de uñas? Somos un país que se mueve por el filo del «qué dirán», el «quedar bien», lo de «guardar las apariencias» y un sinfín de lastres.

—No digo que no, pero...

—¿Quiere más prueba que lo de Eliseo Torradas con su hija?

—¿Y si la susodicha viuda no es lo que parece?

—Habrà que averiguarlo.

—Es evidente que esa noche que no fue a su casa a dormir, la pasó con ella. Se durmieron y al amanecer se le cayó el mundo encima. Por eso estaba

triste desde hacía unos días: tenía que contárselo a su hija de una vez y no sabía cómo. Por lo menos tenía la excusa de lo del general. Perfecto para estar más tiempo con esa señora.

—Sea como sea, es un círculo bastante restringido. —Suspiró Hilario—. Y ni la viuda ni el novio casan con lo del profesional matando de un tiro en la nuca.

—Entonces es que el muerto tenía líos por su cuenta.

Salieron de la Diagonal y subieron por Pedralbes. La casa de los Aramburu era una torrecita con aires de palacete antiguo, no muy grande, pero sí egregia, con pedigrí. Dos plantas, ladrillo rojo visto y sillares grandes de color claro, tejado de pizarra y chimeneas muy vistosas. El jardín estaba cuidado. Parterres de flores y detalles de buen gusto. O tenían quién lo hiciera o alguien en la casa disfrutaba con el trabajo de jardinería. Dejaron el coche en la calle y, tras asegurarse de que no hubiera un perro suelto, entraron en aquel espacio que parecía aislado del resto del mundo. Una campanilla esparció tintineos agudos por el interior de la vivienda cuando llamaron a ella. La criada que les abrió, con uniforme y cofia, era una mujer menuda y en torno a los cuarenta. Vivir con un militar, habituado a dar órdenes y a ser obedecido sin chistar, debía de dejar huella, ser una marca de fábrica, porque la criada era un monumento a la tristeza, ojos, expresión, tono de voz.

—¿El general Aramburu?

No alteró ni un solo músculo de sus facciones.

—¿De parte?

—Inspector Soler y subinspector Quesada, Brigada Criminal.

—Pasen.

Pasaron.

—Esperen aquí, por favor.

Esperaron.

La criada desapareció y los dejó en el vestíbulo. Un impresionante retrato de Fulgencio Aramburu presidía la pared frontal, de modo que, nada más entrar, los visitantes se dieran de bruces con él. Hilario no recordaba haberle visto sonreír nunca en el NO-DO, ni en ninguna fotografía publicada por la prensa diaria. El general, siempre de uniforme y cargado de medallas, era casi un duplicado de Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España por la

gracia de Dios. Bajo, panzón y calvo, con la misma expresión y porte militar de cuando, en la guerra, se había convertido en el azote de la República, mantenía la imagen con la que se le recordaba y, probablemente, se le recordaría siempre: ojos de hielo, las comisuras de los labios caídas hacia abajo, aspecto tenebroso.

Ernesto Quesada tuvo un estremecimiento y le dio la espalda al retrato.

No tuvieron que esperar mucho. Por la puerta que comunicaba el vestíbulo con la casa apareció una mujer, mayor, hebras de plata en su cabello cuidadosamente peinado y recogido en la nuca, rostro serio, elegante. Vestía un traje oscuro con un simple adorno en el pecho, un camafeo antiguo. Pendientes, anillos, reloj y pulseras, sin excesos, mostraban su propio sello de calidad. Por el puño izquierdo, cerrado, asomaba un rosario.

Les tendió la mano derecha.

—Señores.

Hilario inclinó cortésmente la cabeza al estrechársela. Ernesto Quesada le imitó al llegarle el turno.

—Lamentamos molestarla, señora. Creo que ya sabe por qué estamos aquí.

Ella mantuvo la dignidad, el aplomo.

—Lo sé. Mi marido está absolutamente consternado. —Su tono se revistió de cadencias—. Ha sido terrible.

—Sé que es un momento muy duro, pero hemos de hablar con él —dijo Hilario dando firmeza al suyo.

La respuesta fue categórica.

—Me temo que no va a ser posible, por lo menos ahora. —La mujer levantó la barbilla con aire de desafío.

—Estamos investigando un asesinato —le recordó él.

—Cumplen con su deber, y yo con el mío de protegerle y velar por su salud. —El muro que representaba se hizo más infranqueable—. Fulgencio está destrozado, descansando. Es un general del Ejército Español, pero también una persona que ha perdido a un ser muy querido, porque, después de tantos años, Eliseo era casi como un hermano pequeño para él.

—Entonces es evidente que el general es quien mejor conocía a Eliseo Torradas.

—Señor inspector —el tono se hizo más adusto—, no creo que por unas horas vayan a cambiar mucho las cosas. Y sí, le conocía, pero imagino que el señor Torradas también tendría su vida privada. No sé qué podrá decirle mi marido, si le ayudará o no. Solo le advierto que, ahora mismo, no puede ni hablar.

—Debo insistir, señora.

Ernesto Quesada tragó saliva.

Fue como pasar un elefante por el orificio de una aguja.

La esposa del general resistió por última vez.

Toda la vida había obedecido órdenes. Toda la vida había estado supedita a una autoridad. La de su marido era suprema, de las más altas. Pero la de un inspector de policía investigando un asesinato quizás también lo fuese.

Era una fiel servidora.

—Espere, por favor.

—Gracias.

Se retiró con su frío aire esculpido en silencios. Hilario y Ernesto Quesada intercambiaron una mirada, sin decir nada. El subinspector seguía dándole la espalda al retrato del dueño de la casa. Hilario dio un par de pasos.

Lo necesitaba.

De todas formas la espera fue muy breve.

Ella reapareció como una sombra. Ya no llevaba el rosario en la mano izquierda. Ahora las tenía las dos unidas a la altura del vientre. Nada había cambiado en su rostro.

Tampoco en su voz al hablar.

—Lo siento —anunció—. Se acaba de tomar un tranquilizante y se ha quedado dormido de inmediato. Como comprenderán, no voy a despertarle. Dudo mucho que en su estado consiguiera serles de alguna utilidad. Mañana...

—Deberá ser hoy, señora.

—Mañana estará en condiciones —se reafirmó en su medida vehemencia—. Si quieren regresar más tarde, pueden hacerlo, pero no les aseguro que la situación sea mejor.

Terreno vedado.

Salvo que la apartara y entrara en la casa dando gritos.

El comisario le mataría, claro.

—¿Puedo hacerle unas preguntas a usted, señora? —Hilario trató de mantenerse centrado.

—Por supuesto.

—Imagino que no conocía tan bien a su chófer, pero que en muchas ocasiones la llevaría o la recogería personalmente.

—En efecto, lo hacía, sola o con mi marido. La diferencia es que conmigo nunca hablaba. Siempre se mostró muy respetuoso. Conocía su trabajo, su función. Quizás entre hombres, y salvando la distancia de los galones... Yo era la esposa de su superior. El señor Torradas sabía estar en su lugar.

—Por lo tanto...

—No sabía más de él que de Benita, mi criada. Lo siento.

No tenía más preguntas. Iba a despedirse, frustrado, cuando la puerta se abrió de pronto y por ella apareció una mujer a caballo entre la juventud y la madurez. Era la viva imagen del retrato del hombre que presidía el recibidor de la casa, aunque con muchos años menos y en femenino.

—¿Mamá? —Se extrañó al ver el pequeño comité reunido allí.

—Hola, Adelina. —El muro de piedra se deshizo como una arenilla ante la presencia de su hija. La recibió abriendo los brazos.

—¿Cómo está papá? —Adelina Aramburu prescindió de la presencia de los dos hombres.

—Muy deprimido. —La afectación y la presencia de su hija casi la hicieron llorar—. Ha sido un golpe terrible. Está descansando. —Señaló a sus invitados—. Estos señores son de la policía.

Adelina Aramburu se dirigió a Hilario, entendiendo que, de los dos, él era el de mayor rango.

Deformación familiar.

—¿Saben algo?

—No, estamos empezando la investigación, y con algunos problemas.

—¿Problemas?

—Su padre no puede recibirnos, y es quien mejor podría hablarnos de su chófer.

—En su estado es lógico, ¿no creen? —Miró a su madre.

—Es un soldado. —Hilario no se mordió la lengua—. Lo más importante debería ser que atrapáramos a quien lo hizo.

—¿Cómo se llama usted, señor?

—Soler. Inspector Hilario Soler.

—¿Y no cree que mi padre quiere precisamente eso? —Sus ojos chispearon.

—No lo dudo.

—Pues no le quepa duda de algo más: que en cuanto esté en condiciones, él mismo es capaz de ponerse al mando de la investigación. Hoy no es más que un hombre mayor al que han dado un duro golpe, ¿de acuerdo?

—Sí, señorita.

—Señora.

—Perdone.

Hora de retirarse.

Ernesto Quesada fue el primero. Les hizo un gesto con la cabeza a las dos. Hilario prefirió tenderles la mano. Primero a la esposa del general, después a su hija.

En la otra mano ya tenía la tarjeta que dejó sobre la mesita de la entrada.

—¿Pueden darme su teléfono?

Lo hizo la dueña de la casa. De una tirada. Hilario no lo apuntó. Le bastó con retenerlo en la memoria.

—Volveremos —fue su despedida.

Las dos mujeres ya no abrieron la boca.

La puerta se cerró mientras ellos caminaban por el jardín en dirección al coche.

—Guapa la señora —fue lo único que se le ocurrió decir a Quesada.

—Y con galones —mencionó Hilario—. Como mínimo de sargento mayor.

—¿Conduce usted?

—Sí. Usted pida todo lo que concierna al general, familia, situación...

Su compañero se detuvo, sin llegar a abrir la puerta de su lado.

—No irá a sospechar de él en serio, ¿verdad? —preguntó con aprensión.

—Quesada...

Los dos se metieron dentro y eso fue todo.

8

Para cuando llegaron al restaurante en el que solían comer a veces, si estaban de servicio por la zona y les pillaba cerca, Ernesto Quesada seguía tomando notas pegado a la radio del coche. Hilario paró el motor y esperó a que su compañero terminara el cometido. Un pequeño listado de datos garabateados iba amontonándose en su libreta. En las películas los policías siempre iban con sus libretas en la mano, como si no tuvieran memoria, como si no recordasen nada sin ellas. Incluso las consultaban con solemnidad. En la vida no era así, pero al menos Quesada sí llevaba una libreta encima.

A veces era útil.

—Listo. —Dio por terminada su labor.

—Me lo cuenta mientras comemos. —Hilario fue el primero en bajar del coche.

Entraron en el pequeño restaurante, casero, con buenos olores flotando en el ambiente en disputa con el humo de los cigarrillos que algunos consumían incluso entre plato y plato. Las mesas eran cuadradas, con manteles blancos y rojos. Las dos mujeres que atendían al personal, madre e hija, poco o nada tenían que ver con las que acababan de dejar atrás, en la casa de Pedralbes. Una era oronda, risueña, mejillas rojas como tomates y desparpajo. La otra iba aprendiendo, sobre todo a tratar con los hombres que hacían bromas de mayor o menor calibre. La mayor tenía la lengua suelta. La menor, un buen ánimo para compensar la falta de tablas. En la cocina estaba el cabeza de familia. Tras la barra, el hijo.

—¡Las fuerzas de la ley! —cantó la dueña del restaurante al verlos.

—Mejor di la ley sin fuerzas. —A Hilario se le hizo la boca agua al ver los platos que sostenía con maravilloso equilibrio y se notó súbitamente hambriento—. ¿Qué tienes hoy, Luisa?

—Lentejas, garbanzos con chorizo, una lubinita, costillitas... Lo de siempre, hombre, que aquí no hacemos lujos según el día.

—De primero lentejas y de segundo las costillitas —le pidió.

—¿Y tú, guaperas?

Ernesto Quesada intentó sacar pecho.

—Yo los garbanzos y la lubina.

—Noche y día. —Ella acabó de pasar por su lado—. Y de beber, agua, claro, que los señores están de servicio.

La vieron alejarse contoneándose con su corpachón y se sentaron en una mesa pegada a la pared, lo más lejos posible del bullicio y la nube de humo. Antes de que pudieran hablar reapareció Luisa con una jarra de agua y dos vasos. Lo dejó todo encima de la mesa, les guiñó un ojo y se retiró de nuevo.

Quesada ya tenía las anotaciones dispuestas.

—Dispare —le dijo Hilario.

—La hoja de servicios del general ya la sabe, así que vamos a la familia, ¿no?

—Sí.

—Pues... La mujer del general se llama Amparo Matesanz, de los Matesanz de la banca, supongo que ya los ha oído nombrar. —Continuó al ver que su superior asentía—. Por lo visto es una mujer chapada a la antigua, misa diaria, infinidad de actividades paralelas a su vida familiar, comités de beneficencia, comedores sociales, guarderías, orfanatos... Su hermana mayor se hizo monja, y ella a punto estuvo. La disuadió su por entonces joven prometido, Fulgencio Aramburu, que ya apuntaba alto no solo en el ejército. Matrimonio de pesos pesados, desde luego. Una vez casados llegaron Adelina, Milagros y Sebastián. Adelina es la mayor, treinta y siete años. Milagros murió a los pocos meses tras nacer con algunas malformaciones y, pese a los riesgos, por aquello de darle un hijo varón, la señora consiguió dar a luz a Sebastián, que fue el último, hace treinta y un años. Adelina Aramburu está casada con uno de los Puigdevalls, Eduardo. Tiene tres hijos. Sebastián en cambio está soltero y es uno de los grandes objetivos de las chicas de la alta sociedad. Según me han dicho, tiene inclinaciones políticas.

—¿Soltero con treinta y un años?

—Sí.

—Esos suelen buscar alianzas de futuro.

—Pues de momento no ha encontrado ninguna, porque según me han dicho no tiene ni novia. Que se sepa, claro. Tampoco creo que sus vidas sean como libros abiertos, aunque por ser quienes son estén en muchas partes y en muchas bocas. Ahí es nada codearse con el Generalísimo.

—Fantástico. —Estiró las piernas Hilario—. Solo les falta ir cada semana al Pardo para cenar o montarse alguna que otra cacería con el Caudillo. —Soltó un bufido—. Aramburu, Matesanz, Puigdevalls, política...

—Da miedo, ¿no?

—No. —Se encogió de hombros—. Solo si uno se mete en su terreno. ¿Qué más hay del general?

—No mucho. —Quesada trató de descifrar su propia letra—. Desde que pasó a la reserva no parece haber gran cosa. Intentaba mantenerse activo, inventarse trabajos, organizar comités, pero poco más. Estaba ayudando a su hijo en su carrera política.

—Según la hija de Torradas, su padre no paraba llevando al general de un lado a otro.

—Ya le digo que ese hombre se pasaba el día con la viuda esa y a su hija le venía con el cuento del trabajo. Es lo más normal. Menuda excusa tenía con su general.

—¿Y eso de que Aramburu le echa una mano a su hijo?

—Siendo amigo íntimo del Generalísimo, imagínese. Con un par de llamadas ya tiene al vástago colocado.

—¿Quién le ha dicho eso de que el tal Sebastián tiene inclinaciones políticas?

—Boada.

Constantino Boada era de fiar. Conocía los entresijos del poder, y al «quién es quién» de los nuevos tiempos.

—O sea que Sebastián Aramburu aspira a un cargo en las Cortes, una secretaría, un puesto en la administración, un ministerio o algo más.

—Eso parece.

—¿Qué ha estudiado para merecer tanto?

—Es abogado. —Pasó un par de páginas y puso el dedo en un párrafo de la siguiente—. Aquí hay algo que puede ser interesante.

—¿Qué es?

—El motivo de que nuestro general pasara a la reserva.

—¿No fue por edad?

—Boada me ha dicho que tuvo un enfrentamiento con otro pez gordo, el general Ricardo Cantalapiedra.

Hilario silbó.

—Pues debió de ser un choque de trenes.

—Lo fue. Ni la amistad con Franco le salvó. El pase a la reserva se hizo con una celeridad pasmosa. Le preservaron privilegios, estatus, lo que quiera, pero ya con un pie en la jubilación y las alas recortadas.

—¿Por qué se produjo el enfrentamiento?

—Ni idea.

—Tanto Cantalapiedra como Aramburu son de la vieja guardia. Hay más cosas que los unen que no que los separen.

—Esto cada vez me gusta menos. —Ernesto Quesada cerró su libreta—. Un general ya es malo, pero dos...

—Si Franco le dejó en la estacada... —Hilario levantó las dos cejas—. Para esa gente hay cosas inconcebibles, como si todo fuera eterno y los méritos representaran un cojín sobre el que sentarse hasta el infinito.

Apareció la comida. Luisa emergió como un hada madrina a su lado y les colocó sobre la mesa los dos primeros platos así como una canastilla con varias rebanadas de pan.

—Es de hoy, tiernecito —les hizo ver—. Nada del día anterior para mis bravos defensores de la ley.

—No seas zalamera —se burló Hilario.

—Y usted quítese la nube, hombre. El día menos pensado le lloverá encima.

Se fue y los dejó solos con sus respectivos manjares.

Hilario atacó las lentejas.

Ernesto Quesada, los garbanzos con chorizo.

Las dos comidas estaban de muerte, así que dejaron de hablar durante unos segundos que rápidamente se convirtieron en minutos. Hilario era más rápido, masticaba deprisa. Quesada, de los que lo paladeaban todo. Uno era hijo de la guerra. Otro de la posguerra. Unos pocos años, en este caso, significaban un abismo.

—Puede mojar pan, no se prive —bromeó Hilario.

No tenía que haberlo dicho. Quesada empapó con generosidad un buen pedazo de pan en el rojo jugo del chorizo. Incluso cerró los ojos al introducirlo en la boca.

Por un momento, sin saber muy bien por qué, Hilario le envidió.

Nunca había sido un sibarita.

Bebió un sorbo de agua y miró por la cristalera del restaurante, llena de letras y reclamos. La gente iba y venía recelando del cielo encapotado. Los hombres llevaban las manos introducidas en los bolsillos de los abrigos y, algunos, los cuellos alzados. Las mujeres parecían más menudas, con pañuelos en la cabeza y medias gruesas. Los niños pequeños ya iban forrados de manera inmisericorde, con gorros, bufandas y guantes. Los ancianos habían desertado de las calles sin sol.

Una parejita caminaba muy pegada, compartiendo casi el mismo espacio.

Una parejita a la que, de pronto, se le hizo familiar la parte femenina.

Montserrat.

Su hija.

Y el chico que la acompañaba, desde luego no era el de dos meses antes, el que un día subió a cenar cuando el caso del censor asesinado. El hijo del guardia civil.

Incluso había olvidado el nombre.

Ernesto Quesada seguía disfrutando de su plato de garbanzos con chorizo.

Luisa ya traía los segundos, rápida.

La parejita se alejó calle abajo.

No, no iban de la mano, pero sí muy muy juntos.

Montserrat se reía, con la cabeza echada hacia atrás, en un claro gesto de coquetería.

—Deje de pensar en el caso y disfrute de la comida, hombre. —Le arrancó de su abstracción Quesada.

Los platos aterrizaron frente a sus apetitos.

—Qué, ha mojado pan, ¿eh? —Mostró su orgullo la mujer.

—Pues claro —asintió Quesada.

La parejita ya no estaba a la vista.

—No pensaba en el caso —respondió finalmente Hilario.

Volvían a estar solos. Tanto la carne como el pescado, ofrecían un aspecto delicioso.

A veces, en momentos así, pensaba en las hambrunas del 36 al 39, y en las restricciones posteriores, los racionamientos, el lento resurgir de un país roto.

Eternamente dividido.

—¿Qué le pasa? ¿Se le ha ido el apetito? —Volvió a despertarle su compañero.

—No. —Se obligó a dejar de pensar en ello.

—¿Iremos a casa de la viuda ahora?

—¿Por qué la llama la viuda en lugar de la novia de Torradas?

—Porque viuda lo es, pero novia del muerto aún no lo sabemos.

—El vecino ha dicho que el chófer estaba enamorado.

—¿Cree que le haría a ella alguna confesión?

—Posiblemente. Por cerrada que sea una persona, el amor lo cambia todo. Cautó con su amigo, misterioso con su hija, profesional con el general... Si andaba de cabeza por algo o metido en lo que sea, la tal Rosario Planas ha de saber de la misa la mitad.

—¿Para impresionarla o seducirla?

—Depende. Muchas veces lo único que se busca es un abrazo, una muestra de cariño, un beso redentor lleno de paz.

Ernesto Quesada le miró con respeto.

—Caray —dijo—. Usted sí que sabe, inspector.

9

La casa donde vivía la novia de Eliseo Torradas tenía portera, lo cual siempre se agradecía en determinadas situaciones. Nada más entrar en el portal, ella salió de su agujero a la derecha de la escalera, porque era un agujero, hundido en la tierra, por el que se accedía bajando tres escalones. Llevaba una mantellina gris cubriéndose los hombros y tenía sabañones en las manos, visibles, muy visibles, porque los dedos estaban hinchados como longanizas.

—Ustedes dirán. —Les dirigió una mirada incierta.

—Venimos a ver a la señora Rosario Planas.

—Es el cuarto tercera.

—Ya, gracias.

Tomaron el ascensor, de los lentos, de los que daba tiempo a reflexionar sobre la vida y la muerte mientras ascendía al cielo del edificio deteniéndose en los respectivos purgatorios intermedios. Había dos puertas a la izquierda y dos a la derecha. Llamaron a la de Rosario Planas.

A la tercera comprendieron que no estaba.

Regresaron a la portería.

—¿Oiga? —Hilario se asomó por el hueco.

—Sí, dígame, señor.

—¿Ha salido la señora?

—Hoy no.

—¿Ha estado aquí todo el día?

—Sí, no me he movido porque mi hija está enferma y no tengo quien me sustituya.

—Pues no contesta.

—Es raro. —Puso cara de sorpresa—. A lo mejor ha salido antes de que yo abriera el portal.

—¿Por qué es raro?

—Porque no suele madrugar. Como mucho, sale de casa a media mañana, para ir a la compra.

—¿A qué hora abre usted el portal?

—A las ocho de la mañana. Muy temprano para ella.

—¿La vio salir ayer?

—Sí, después de comer. Regresó a eso de las siete.

—¿Sola?

—Pues... sí. Oiga. —Aunque ya intuía algo, se atrevió a preguntar—: ¿Quiénes son ustedes?

Hilario le mostró su credencial.

La portera acabó de quedar impresionada. Su rostro redondo se empequeñeció un poco más.

—¿Viene mucho por aquí el señor Eliseo Torradas?

—¿Quién?

—Un hombre. —Se lo describió con detalle y la mujer empezó a asentir antes de que acabara.

—Sí, sí, mucho, casi a diario. Una persona encantadora, de verdad. Tan educado, respetuoso... Siempre un «buenos días», un «buenas tardes», un «buenas noches». Todo un señor.

—¿Le vio ayer?

—No, ayer no. —Se inquietó un poco más y contrajo su cara como si le doliera el estómago—. ¿Sucedó algo?

Hilario no respondió a su inquietud.

—¿Dónde suele ir la señora Rosario cuando sale?

—Pues ya le digo, a la compra, supongo que a veces a dar un paseo, y si es por la tarde... pues no, a merendar, o al cine. Yo no se lo pregunto. No me gusta chismorrear en las cosas de los vecinos. —Se hizo la digna—. Con el señor sí, cuando él viene a buscarla se les nota que van de paseo. Pero por lo general se quedan en casa, y más ahora que empieza el frío.

—¿Seguro que no la ha visto hoy en todo el día?

—Sí, seguro.

—¿No se ha ausentado de aquí ni para ir al servicio? —Se extrañó Quesada.

—Bueno, un minuto o dos, sí. Pero lo tengo ahí, ¿ven? Oigo el ascensor, y si alguien sube o baja. Además, la señora Rosario siempre que sale o entra da la razón y saluda, porque aunque no me vea sabe que estoy dentro.

Hilario y su compañero intercambiaron una mirada de duda.

—¿Qué hacemos, volvemos luego? —aventuró el subinspector.

—Tenemos demasiadas visitas pendientes. —Hilario negó con la cabeza y se dirigió a la portera—: ¿Tiene llave del piso de la señora Rosario?

—Sí, la tengo de casi todos los pisos —lo proclamó con orgullo—. Los vecinos llevan aquí toda la vida y me tienen confianza. Además, algunos viven solos, y si se ponen enfermos...

—¿Puede dárme las?

—¡Ay, no sé! —Dio un paso atrás y se llevó una mano al pecho—. ¿Cómo les voy a dejar subir sin que esté la señora?

—Estamos investigando un asesinato, y la persona más cercana al muerto es ella.

—¿Un... asesinato?

—El señor Eliseo Torradas.

—¡Ay! ¿Qué me dice? —La mano subió del pecho a la boca. Los ojos se dilataron con espanto—. ¡No, pobre señora Rosario! ¡Eso la matará!

—¿Eran novios?

—No sé si lo eran, pero..., bueno, que se querían, eso seguro. Y mucho. Como dos adolescentes. ¡Se la ve tan feliz...! ¡Madre de Dios, qué susto! —Miró a su alrededor buscando algo donde apoyarse y lo único que encontró fue la pared—. ¡Señor, Señor, Señor! ¿Dónde iremos a parar?

—Necesitamos echar un vistazo arriba —insistió Hilario—. Hemos de dar con la señora Planas cuanto antes.

Estaba aturdida. Ya no cuestionó nada. Retrocedió como una autómat a, se metió en su cubículo y volvió a salir de él con un manoj o de llaves en la mano. Ni siquiera hizo ademán de querer acompañarlos.

Eran policías.

Eso bastaba.

—La dictadura tiene sus ventajas —comentó con ácida mordacidad Hilario mientras el ascensor volvía a llevarlos al cuarto piso.

—¿Qué espera encontrar? —preguntó Quesada.

—No lo sé, pero hay algo en todo esto que no me gusta.

—Tirando de instinto.

—De lógica.

—¿Está insinuando que la viuda..., la novia, tiene algo que ver con el asesinato?

—¿Él muere y no se le ve el pelo hoy a ella?

—No me dirá que le ha hecho matar y se ha fugado.

No hubo respuesta. Salieron del camarín e Hilario buscó la llave adecuada de entre las cuatro que integraban el llavero. Nada más abrir la puerta, lo primero que escucharon fue el zumbido de una mosca.

Luego la vieron.

Rosario Planas estaba tumbada en el suelo del recibidor, boca arriba, con una mueca de estupefacción grabada para la eternidad en su rostro. El asesino la había golpeado nada más abrir ella la puerta, derribándola de espaldas. La nariz la tenía rota, machacada, prueba de la violencia del impacto y de la fortaleza del agresor. Una vez inconsciente, la había estrangulado con toda impunidad.

Hilario se agachó y le tocó un brazo, la muñeca. Luego el cuello.

—Está ya muy fría —dijo.

—¿La mataron anoche?

—Es posible. —Se levantó—. A ver qué hay por aquí.

El registro no fue muy extenso. Rosario Planas vivía rodeada de discreción y humildad. El piso, además, era pequeño. En el dormitorio encontraron ropa de hombre en una cómoda. La justa para cambiarse si era necesario. Camisetas, calzoncillos, calcetines, dos camisas y un pantalón. En otros cajones, los recuerdos de una vida sencilla, con muy poco salvo el devenir amontonado de los años. En el comedor vieron algunas fotografías. En dos aparecía ella con Eliseo Torradas, sonriendo felices. En otras los restos de su pasado. Rosario Planas compartía tres con un hombre un poco más joven.

—Son dos gotas de agua —le hizo notar Quesada.

—Un hermano.

Hilario se vio reflejado en la pantallita del televisor.

La mosca había dejado de revolotear en torno a la sangre del rostro de la muerta para hacerlo allí. Ernesto Quesada le lanzó dos manotazos inútiles.

—Cabrona... —rezongó.

—Nos vamos. —Inició la retirada Hilario.

Miraron por última vez a la muerta y salieron del piso. El ascensor no estaba en el rellano, así que optaron por bajar a pie. Sus pasos resonaron por el hueco de la escalera.

—Desde luego ha sido el mismo —dijo Quesada.

—Y al mismo tiempo —asintió él.

—Esto se complica.

Hilario pensó que, con un general detrás, aunque solo se tratase de su alargada sombra, el caso ya había nacido complicado.

Por eso el comisario le había puesto a él al frente.

Ahora...

La portera los esperaba al pie de la escalera, pero sentada. Había sacado una silla de mimbre de su guarida. Se incorporó al verlos aparecer, unió las dos manos cerrándolas sobre el pecho y mostró toda la ansiedad que la dominaba arrugando todavía más los pliegues de su cara.

—Me temo que hemos de hacerle más preguntas. —Hilario impidió que interviniera primero.

—¿Ah, sí? ¿Pasa algo malo?

—Depende. ¿Tenía llaves del piso el señor Torradas?

—Sí, desde hace unos meses, por si llegaba y la señora no estaba.

—¿Cuándo vio al señor Torradas por última vez?

—Pues... —Hizo memoria—. Ya le he dicho que ayer no, así que... sí, anteayer, por la tarde.

—¿Alguien visitó a la señora Rosario ayer?

—No, no.

—¿Y estuvo también aquí todo el día?

—Sí.

—¿Subió algún extraño?

—Nadie sube sin que yo le pregunte adónde va.

—Pero una persona pudo mentirle y decirle que iba a otro piso.

—Oiga, me está asustando. —Las manos se le blanquearon por la presión.

—Haga memoria, por favor.

—Bueno, ayer... sí salió un hombre y...

—¿Salió?

—No le vi entrar.

—¿Cómo es eso?

—Fue cuando lo del coche. —Señaló la calle—. Ahí, en la esquina.

—¿Me está diciendo que hubo un incidente en la calle y usted fue a mirar?

—Es que lo hizo todo el mundo, por lo espectacular. Un coche se puso a arder sin más. La gente empezó a gritar. Yo me acerqué. No sé ni cómo no explotó. Empezaron a echarle cubos de agua. Llevábamos como dos o tres minutos cuando volví la cabeza y le vi salir.

—O sea que se coló aquí aprovechando ese incidente.

—Sí.

—¿Puede describirlo?

—No mucho. Con la gabardina y la gorra... Echó a andar en dirección contraria, con la cabeza baja. No le vi ni la cara.

—¿A qué hora fue eso?

—A las nueve menos cuarto de la noche.

Dejaron que la información les calara.

Primero, Rosario Planas. Después, Eliseo Torradas.

Y el mismo asesino.

—¿Tiene familia la señora Rosario? —preguntó Ernesto Quesada.

—Su hermano Pedro.

—¿Dónde vive?

—¡Ay, eso no lo sé!

—¿Nadie más?

—No, pobrecilla. Bastante tiene con él.

—¿Qué quiere decir?

—Siempre le da disgustos. —Se puso seria y suspiró con fatiga—. Mire, no debería hablar mal de nadie, aunque eso lo sabe todo el mundo. Si la señora Rosario no está en casa es que ha salido muy temprano esta mañana,

antes de que yo abriera el portal. La esperan o vuelven luego, porque no suele llegar muy tarde. Mejor hablan con ella. ¿Qué quieren que les diga yo, si con lo del señor Torradas me han dejado...?

Se dejó caer sobre la silla.

Agotada.

—Gracias, señora. Ha sido muy amable.

—No hay de qué —musitó.

Abandonaron la portería y una vez en la calle buscaron el coche siniestrado. Seguía allí, a unos quince metros, aparcado y hecho una ruina. Un Seat 600 de color rojo, a tenor de lo poco que se había salvado de la quema. Se aproximaron para echarle un vistazo.

Fue rápido.

—Gasolina —dijo Ernesto Quesada.

—Sí.

—O sea que lo provocó para colarse en la casa.

—Pero por rápido que lo hizo, no contó con que ella lograra verle saliendo.

—Sea como sea, nos lleva mucha ventaja.

Hilario miró el edificio del que acababan de salir. En apenas unos minutos se convertiría en un foco de atención pública. Policías, curiosos...

—Quesada, usted se queda.

—Bien, señor.

—Me llevo el coche. Llame a comisaría y que vengan los del Séptimo de Caballería. Inspeccione de nuevo el piso de la señora Rosario y encuentre la dirección de ese hermano. Vea si algún vecino sabe o ha visto algo que nos ayude.

—No sé preocupe.

—Lo estoy. —Fue sincero—. Dos muertos son muchos muertos. Prueban que aquí hay algo más. Algo oscuro que no será fácil de desentrañar.

El peso de la evidencia les hizo compartir un segundo de silencio.

—¿Le veo luego? —preguntó Quesada.

—Si no, nos llamamos esta noche.

—Menudo fin de semana nos espera.

—¿Desde cuándo cerramos el negocio los domingos? —se burló Hilario antes de darle la espalda para dirigirse al coche.

10

Cuando trabajaba solo, pensaba mejor.

Pero no podía ir de un lado a otro, y menos en una investigación como aquella, sin un compañero.

Ernesto Quesada era un buen tipo.

Así que se alegraba de tenerlo.

Condujo en silencio, con los pensamientos saltando de un extremo a otro de su cerebro. Eliseo Torradas, Rosario Planas, el hombre de la gabardina y la gorra, un general, un hermano, un novio...

—Palos de ciego —se dijo en voz alta.

Llegó a casa del chófer de Fulgencio Aramburu a las cinco y diez. Subió el coche a la acera y dejó bien visible el distintivo policial. La portera pegó un respingo nada más verle y vaciló sin saber qué hacer, visiblemente afectada por los acontecimientos del día. Hilario se limitó a saludarla. Subió directamente al piso y llamó a la puerta.

Nadie.

Regresó abajo.

—¿Ha visto a la hija del señor Torradas?

—No, señor —repuso la mujer en tono grave.

¿Iba a darle plantón?

Abandonó el portal y se metió en el coche. Al otro lado, la portera se asomó a la calle y al verle volvió a meterse dentro. Los primeros cinco minutos fueron de impaciencia. Los siguientes de malestar.

Natalia Torradas no parecía estar por la labor.

Aunque con un padre asesinado...

¿Y si también ella estaba en peligro?

—No —habló otra vez en voz alta—. A la novia de Torradas la han matado en su casa, pero a él lo han liquidado en la calle, precisamente porque no vivía solo.

Tenía su lógica.

Lo aparentemente ilógico era asesinar a la compañera del chófer.

¿Una venganza? ¿Un excelsoso?

Y volvía a ver la sombra del general Aramburu, lo quisiera o no. Igual que una maldición esperándole en un recodo del camino.

Todo porque el asesino actuaba con fría profesionalidad.

Lo acababa de probar la quema del 600. Bastaba la gasolina de un mechero, una chispa...

Espectáculo garantizado.

Se disponía a marcharse cuando la vio.

A ella y a su novio, porque iban cogidos del brazo.

Natalia Torradas seguía hundida, triste, con el rostro convertido en una máscara pálida y los ojos hinchados. Jorge Miró, a su lado, era un hombre de buena planta, con cierto atractivo masculino, cabello bien peinado, rostro limpio, nariz prominente y mandíbula cuadrada. A su lado, a Natalia se la veía más niña.

Pero no hacían mala pareja.

Los alcanzó en la calle, antes de que entraran en el portal y se encontraran con la portera. Natalia sabía que estaría allí, así que no se sorprendió al verle. El intercambio de miradas fue rápido.

—Buenas tardes —dijo Hilario.

—Siento llegar tarde. No sabe lo que...

—Sí lo sé. —Le tendió la mano, primero a ella, luego a él—. ¿Jorge Miró?

—Sí, señor.

—Inspector Soler.

—Tanto gusto. —Correspondió al apretón con firmeza.

No se parecía en nada al hombre de la gorra y la gabardina. Aparentemente era más bajo. Tampoco llevaba bigote.

—No se entretenga con la portera, por favor —le pidió Hilario a la joven.

—No pensaba hacerlo —repuso ella.

Entraron en el portal. La señora Manuela se puso a llorar nada más ver a Natalia que, a su vez, no pudo contener sus propias lágrimas. Antes de que la portera abriera la boca, Hilario extendió su brazo con la mano abierta.

Jorge Miró tiró de su novia hasta el ascensor.

Subieron los tres en silencio. Nada más abrir la puerta del piso, a la muchacha se le doblaron las rodillas. Su novio volvió a estar al quite.

—¿Por qué no te tiendes cinco minutos, cariño? —le sugirió.

—No, no quiero... —gimió ella.

—Solo cinco minutos. Este señor puede hacer su trabajo mientras tanto —se dirigió a Hilario—. Querrá registrar las cosas del señor Torradas, ¿no?

—Con su permiso. —Miró a Natalia.

La joven asintió con la cabeza.

—Pero no lo ponga todo patas arriba, por favor —suplicó con un hilillo de voz.

—No lo haré —le prometió—. Y lamento vulnerar así su intimidad. No lo haría si no fuera necesario.

Los ojos de la muchacha brillaron con furia de pronto.

—Le cogerá, ¿verdad?

—Sí.

—Mi padre era una buena persona. —Las lágrimas rodaron una vez más por sus mejillas—. Nunca le habría hecho daño a nadie. Cójale y...

—Cálmate —le pidió su novio.

—¿Ha oído hablar alguna vez de una mujer llamada Rosario Planas? —preguntó Hilario.

Natalia Torradas tardó en comprender la pregunta.

Como si su mente no diera ya para más.

—No —dijo—. ¿Quién es?

—Luego se lo cuento, descuide. También he de hablar con usted. —Miró al hombre.

—No voy a dejarla sola ni un minuto. —Fue categórico.

—Esta es la habitación de mi padre, inspector. —Señaló la primera puerta de la derecha.

Los dos entraron en la siguiente. Hilario los vio desaparecer. Veintitrés años y sola. Por un raro instinto de piedad, de pronto deseó que Jorge Miró fuese un buen tipo.

Porque ella iba a necesitarle.

Cruzó la puerta y conectó la luz.

La habitación del muerto era discreta. Una cama de matrimonio arreglada, que no hecha, un armario y una cómoda. La ventana estaba cerrada y con la persiana bajada. La subió para que entrara la luz de la tarde. En una pared se notaba la ausencia de un cuadro, o un retrato, porque el tono blanco de la pintura tenía diferente intensidad dentro del cuadrado. Tampoco había fotos en la cómoda. Si alguna vez las hubo de la primera señora Torradas, ya no estaban allí, aunque la futura todavía fuese un secreto.

Había un traje en el galán de noche. Fue lo primero que registró sin encontrar nada. Luego abrió los cajones de la cómoda. Los calzoncillos, las camisetas y los calcetines eran iguales a los de la casa de Rosario Planas. Pasó al armario. Una mitad estaba destinada a las prendas de abrigo y los trajes. La otra, con estantes, a los jerséis, camisas y la ropa de cama.

Tuvo un ramalazo de frío.

Salió de la habitación y pasó por delante de la de Natalia. Escuchó un prolongado sollozo.

—¿Qué voy a hacer ahora...?

—Me tienes a mí. Nos casaremos cuando acabe el luto, o antes, cuando tú quieras.

Abrió una puerta. Un cuartito de baño. Abrió otra. Un pequeño despachito.

Se coló dentro, encendió la luz y cerró.

El lugar apenas si medía un metro y medio de ancho por dos y medio o tres de largo. No tenía ventanas. En la parte frontal, una mesa de madera con una vieja máquina de escribir, dos bloques de cuartillas a ambos lados y un teléfono de mesa. Una pared estaba llena de libros y fotografías. La otra de viejos diplomas escolares, tanto de Eliseo Torradas como de su hija. En las fotos vio al muerto a lo largo de su vida, sobre todo en los últimos años aunque no faltaban los de la guerra, con el uniforme del Ejército Nacional. Allí sí estaba con su primera mujer, y con su hija. También con el coche que conducía, con algunos militares y con su general.

Una.

Fulgencio Aramburu tampoco reía en ella.

Rodeó la mesa. La máquina de escribir era una Underwood digna de una película de cine negro americano. Las cuartillas de la izquierda estaban en

blanco. Las de la derecha, escritas. Tomó la última y leyó un fragmento.

Nada más bajar del caballo, Joe Silver se dio cuenta de que no podría con todos. Ellos eran siete. Aun así, sus dos manos se movieron a la velocidad de una centella, sacó sus revólveres el primero y disparó. Antes de que la primera bala le atravesara la pierna derecha, ya había abatido a tres. Cuando la segunda bala le alcanzó el pecho, otros dos cayeron mordiendo el polvo. Los dos últimos...

Dejó la hoja de papel.

Eliseo Torradas escribía novelas del Oeste.

Y no solo del Oeste. En dos de los cajones de la mesa vio media docena más, ya terminadas, en este caso policiacas. En el resto, lo habitual, documentos, recibos, objetos personales, una máquina de fotografiar Werlisa, recuerdos...

Uno de los cajones estaba cerrado con llave.

Pensó en pedírsela a Natalia. Comprendió de inmediato que si un hombre tiene un cajón cerrado con llave, era justamente para preservar su intimidad y que su hija no lo abriera. Podía irse, coger las llaves del muerto y regresar. Pero eso era demasiado.

Optó por lo más rápido.

Sacó la pequeña ganzúa que siempre llevaba en el bolsillo y forzó la cerradura, por otra parte muy sencilla.

Allí sí estaba el corazón de Eliseo Torradas.

La primera fotografía, arriba de todo, era de Rosario Planas. La mujer, en pose, sonreía a la cámara, risueña. El retrato, de estudio, en un blanco y negro purísimo, tenía los retoques habituales. El rostro era, por tanto, diáfano e incluso juvenil. Por debajo de esa primera imagen había más, y estas sí eran caseras, tomadas con la Werlisa. Excursiones por la montaña, escenas en la playa, en la Sagrada Familia, el Parque Güell, el Tibidabo... En unas pocas se los veía en la cama de ella, abrazados pero vestidos.

Encontró algo más: un dietario personal y una agenda.

Ojeó la agenda. Unos pocos nombres escritos con pulcritud. En el dietario se especificaban algunas de las idas y venidas de Fulgencio Aramburu: *Reunión Capitanía General, Cena consulado, Comida en cuartel del Bruch...*

En el fondo del cajón aparecieron unas fotos de mujeres desnudas, más bien postales antiguas, francesas, y unos poemas de tono erótico. Estaban escritos a mano aunque la letra no se correspondía con la de Eliseo Torradas.

Guardó el dietario y la agenda en el bolsillo del abrigo, cerró el cajón y descolgó el auricular del teléfono. La llamada fue rápida. La respuesta a su pregunta, más.

—Ni rastro de esa bala. Están peinando la plaza piso por piso.

Colgó y salió de allí sin intentar dejar el cajón mejor cerrado. Le tocaba a Natalia descubrir los secretos de su padre, como cualquier hijo al perderlo y enfrentarse a su pasado.

Algo que él mismo había descubierto demasiado tarde.

Jorge Miró estaba en el comedor, de pie frente a la ventana. Se alegró de encontrarlo a solas. El hombre volvió la cabeza y esperó a que llegara a su lado sin moverse.

—¿Descansa?

—Un poco.

—¿Estaba muy unida a su padre?

—Claro. Los dos solos, sin nadie más. Le quería mucho.

—¿Y usted?

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo se caían?

—Pues... no sé. Bien, imagino.

—¿Solo lo imagina?

—El señor Torradas era bastante parco. Costaba arrancarle las cosas.

—Pero había hablado con él de sus intenciones.

—Bueno, hará cosa de un mes o así me preguntó si iba en serio con su hija. Le dije que sí y eso fue todo. Yo intentaba caerle lo mejor posible. Diría que me apreciaba.

—¿Natalia tuvo alguna conversación al respecto con su padre?

—Solía decirle que tuviera cuidado, nada más.

—¿Cuidado de usted?

—Soy un poco mayor que ella, he vivido más. Para un padre, imagino que esas cosas cuentan. Nada que no hubiéramos solucionado.

—Si se hubiera opuesto a sus relaciones, ¿qué habría hecho usted?

—¿Y por qué habría de oponerse?

—Responda.

—No sé, hablarle, hacerle ver que nos queríamos. Natalia ya es mayor de edad.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio?

—Pues... —Hizo memoria—. No solíamos coincidir, así que debió de ser... Sí, el sábado pasado. —Cambió súbitamente—: No, no, perdone. Fue el domingo, cuando nos despedíamos Natalia y yo abajo, en el portal. Él llegaba en ese momento.

—¿Sabía que el señor Torradas tenía novia?

La sorpresa fue mayúscula.

—¿Cómo dice?

—Rosario Planas, una mujer viuda.

—¿En serio? —Elevó sus cejas hasta casi la raíz de los cabellos.

—Desde hacía unos meses.

—¡Por eso me decía Natalia que estaba tan contento!

—Pero se lo ocultaba.

—Supongo que por miedo, o prudencia —dijo tras meditarlo unos segundos—. El muy tunante...

—¿Conoce a algún hombre alto, con bigote, que lleve gorra y gabardina?

Jorge Miró ensombreció el rostro.

—Fue el que le mató, ¿verdad?

—Sí.

—Hay mucha gente con esa descripción.

Desde la habitación les llegó la voz de la muchacha, débil y quejumbrosa.

—Jorge...

—Yo ya me voy —se despidió Hilario—. ¿Puedo preguntarle qué harán ahora que el señor Torradas ya no está?

Jorge Miró levantó la barbilla.

—Me casaré con Natalia en cuanto podamos —afirmó convencido—. No quiero que esté sola.

La voz repitió la llamada.

—¡Voy!

Se estrecharon la mano.

Caminando por el pasillo en dirección a la puerta del piso, Hilario se dio cuenta de que el novio de la joven ni siquiera le había preguntado por lo que pudiera haber encontrado en su registro.

11

Nada había cambiado en la casa de Pedralbes. Incluso se repitió el ritual. Sonó la campanilla, apareció la criada uniformada, mantuvo la misma cara inexpresiva cuando le pidió que esperase y lo dejó solo, en el recibidor, con el impresionante retrato del dueño de la casa dominando ya desde la entrada todo aquel ámbito.

Sin el uniforme, Fulgencio Aramburu no habría sido más que un hombre mayor, ya viejo, con cara de eterno enfado pero poco más.

El uniforme, las medallas, el rango... Eso lo cambiaba todo.

Le daba su verdadera dimensión.

Amparo Matesanz, señora de Aramburu, llevaba el mismo vestido y mostraba el mismo aspecto que horas antes. La respetabilidad hecha figura humana. La única diferencia, y no banal, era que por entre sus dedos no había ni rastro del rosario.

Tampoco se extrañó de verle.

—Inspector. —Mantuvo la dignidad.

—Buenas tardes. —Le estrechó la mano inclinando levemente la cabeza.

Ella no perdió el tiempo.

—Lamento que haya hecho el viaje en balde —dijo sin que sus facciones se alteraran ni un milímetro—. De todas formas ya le había advertido.

—Señora, no entiende...

—No —le detuvo con firme energía—, el que no entiende es usted. Sé que es su trabajo, pero el mío es velar por la salud de mi esposo, y ahora mismo descansa, está durmiendo. No voy a despertarle para causarle un quebranto. Más que triste y descorazonado está... profundamente dolorido. No me lo ha expresado con sus palabras, pero sé que cree que a Eliseo le han matado para hacerle daño a él.

—¿Una venganza?

—Llámelo así.

—¿Por qué?

—No tengo ni la menor idea, pero entienda que es un hombre poderoso. Las personalidades como él siempre tienen enemigos, algunos cargados de rencor, odio, desprecio por lo que Fulgencio representa... No todos esos desgraciados murieron en la Cruzada.

—Si el asesinato de su chófer tuvo que formar parte de algo así, aún es más imperioso que hable con él.

—Le he manifestado un albur, una sugerencia —matizó sus anteriores palabras—. Puedo estar equivocada. Desde que le han dado la noticia esta mañana no hemos hablado del tema. Se ha encerrado en su despacho y después en la habitación. Ahora mismo lo que más me preocupa es cómo pasará la noche, cómo se sentirá mañana, cuál será su reacción. Es un hombre fuerte, y más con la carga que siempre ha llevado con orgullo sobre sus espaldas, pero ya no es joven. Los años nos pesan a todos.

—Nadie conocía a Eliseo Torradas como el general. Ni siquiera su hija.

—Vuelva mañana, inspector.

—Me deja muy pocas opciones, señora Aramburu.

—Se equivoca: solo hay una opción —lo expresó con una dulzura envenenada.

Si por la mañana se había abierto la puerta que daba al exterior, y por ella había aparecido Adelina Aramburu, la puerta que se abrió en ese instante fue la interior, la que comunicaba el recibidor con el resto de la vivienda.

Sebastián Aramburu también tenía el mismo sello facial que su hermana.

—¿Mamá? ¡Oh, perdón! —Le cambió la cara al ver a su visitante.

—Este es el inspector Soler, hijo —les presentó la mujer.

Otro estrechamiento de manos.

—Tanto gusto —dijo Hilario.

—Un placer —le devolvió el cumplido.

—Mi hijo también está preocupado por su padre. —Retomó el mando del diálogo la dueña de la casa—. Como ya imaginará, somos una familia muy unida.

—Mi padre ya llevaba unos días un poco... cansado. Solo le faltaba esto.

—¿Alguna enfermedad?

—No, no, ¿verdad, mamá?

—Las heridas de guerra se le despiertan con cada cambio de estación o la llegada de las lluvias —lo justificó la mujer.

—Ya que no puedo hablar con el general, ¿me daría usted unos minutos, señor Aramburu?

—Por supuesto —dijo él con toda naturalidad.

Amparo Matesanz bajó los ojos al suelo, incómoda.

No se movió de su sitio.

No los dejó solos.

Tampoco le hicieron pasar al interior de la casa.

Como si fuera el enemigo.

—¿Conocía usted algo de la relación de su padre con su chófer?

—No mucho, la verdad. De niño, cuando nos traía y llevaba a mi hermana a mí, hablábamos más con él. Siempre fue afable y divertido. Con los años esa relación se fue perdiendo. Crecimos. Lo único que puedo decirle ahora es que mi padre confiaba en él. Siempre lo ha elogiado por su puntualidad, discreción, buen manejo del automóvil... Ni un percance en veintitrés años, ¿puede creerlo? Nada, ni un roce, ni un choque, ni una multa por cualquier infracción de tráfico... Más que su conductor pienso que fue un fiel aliado. Eliseo le admiraba a él, y él le respetaba y quería más allá de que fuera un empleado. Bueno —miró a su madre—, en parte esa admiración era como la de todo el mundo, lo mismo que el respeto a la inversa, ¿no es cierto, mamá? —Volvió a centrar su atención en Hilario—. Mi padre siempre ha sido un hombre justo y generoso, con principios, recto. No hace falta loar sus virtudes.

—¿No es extraño que su chófer no fuera militar?

—Al comienzo de la vida castrense de mi padre, Eliseo lo era. Con los años dejó el uniforme, se licenció o lo licenciaron, pero papá ya no le dejó marchar. No sé si tuvo que hablar con alguien para que se lo mantuvieran; lo cierto es que así ha sido. Hubiera preferido pagarle un sueldo de su bolsillo en caso de ser necesario.

—Eso implica mucha proximidad, mucha confianza.

—¿Por qué se cree que está tan abatido? Eliseo era como de la familia.

—¿Se le ocurre quién quisiera hacerle daño al señor Torradas, o a su padre asesinándolo a él?

—No. —Fue lacónico.

—Le he dicho al señor inspector que tal vez el asesino a quien quisiera hacer daño es a tu padre.

—Muy retorcido, mamá.

La mujer adoptó de nuevo su más digna postura.

—Gracias por atenderme —dijo Hilario.

—Lamento que se vaya con las manos vacías, aunque ya le digo: dudo que papá pueda aclararle algo. Una cosa es la amistad después de tantos años y otra muy distinta que Eliseo pudiera contarle algo, hacerle una confidencia... Eliseo sabía medir muy bien las distancias. Más bien habría sido al revés. —Sebastián Aramburu abrió la puerta de la casa—. ¿Quiere que le diga algo, inspector? Que hoy en día sucedan cosas así, en plena paz, se me hace inconcebible. ¿Sabe que acaba de telefonar el mismísimo Caudillo en persona para interesarse por mi padre? —Se le llenó la boca de orgullo—. He tenido el honor y el privilegio de hablar con él otra vez. ¿Usted le conoce?

—Le veo en el NO-DO.

Sebastián Aramburu era abogado y candidato político.

Le costó pillar la broma.

—¡Oh, sí, claro! —Forzó una sonrisa cáustica—. Como todos.

—No me haga caso —se excusó—. Humor negro de policía después de un mal día.

—Ha de tener la piel dura para perseguir a determinados delincuentes.

Estrecharon sus manos. La mujer seguía detrás, a un paso de ellos.

—Volveré mañana, señora —se despidió Hilario—. Y entienda que es imprescindible que hable con su marido, esté en el estado que esté.

—Mi madre lo entiende, inspector. Claro que sí. —Se mantuvo al quite su hijo—. Pero también ha de entendernos a nosotros. ¿Cree que si mi padre supiera algo o pudiera ayudar, no estaría aquí hablando con usted, se encontrase como se encontrase?

—Supongo que sí. —Se rindió.

—Yo estaré mañana a primera hora aquí, no se preocupe. Le asistiré en lo que pueda y prepararé a papá.

—Se lo agradezco.

Hilario salió al exterior. Oscurecía muy rápido y la humedad aumentaba. En las hermosas casas de Pedralbes hacía calor, pero fuera de ellas el frío era el mismo para todos.

Hizo la última pregunta.

—He oído decir que el general pasó a la reserva por un enfrentamiento con su homónimo, el general Cantalapiedra.

El hijo de Fulgencio Aramburu no le ocultó la extrañeza.

—No sabía que los chismes de cuartel llegasen a la calle.

—A la calle no, pero a la jefatura sí.

—Suponiendo que fuese cierto, que lo ignoro, ¿qué tiene que ver eso con la muerte de Eliseo?

—Se sorprendería de las muchas formas y vericuetos por los que a veces nos movemos para resolver un caso. En ocasiones basta un inofensivo cabo suelto e inesperado.

—Soy abogado. —Sebastián Aramburu forzó una sonrisa—. Créame que lo sé.

—Buenas noches.

La puerta se cerró a su espalda y él caminó por el jardín hasta la calle. Se detuvo para levantarse el cuello del abrigo y en ese momento oyó de nuevo la puerta de la casa abriéndose y cerrándose.

Volvió la cabeza y vio a Adelina Aramburu.

La mujer llegó hasta él caminando con el paso vivo.

—¿Algo de nuevo, inspector? —lo saludó cortés sin sacarse las manos de los bolsillos.

—No.

La hija del general abrió la puerta exterior con prisa.

—Ahora que no está mi madre delante, déjeme decirle que el que ha hecho esa monstruosidad merece el garrote vil. —Pasó la primera—. Aunque si le pegara un tiro al detenerle, tampoco estaría de más. ¿Le dejo en alguna parte? He de recoger a mis hijos en el centro.

—Tengo el coche ahí, gracias.

—No hay de qué. Buenas noches.

Adelina Aramburu fue la primera en meterse en su automóvil. Arrancó y salió a escape. Hilario se lo tomó con más calma.

Miró la casa que acababa de abandonar.

Las luces salpicaban las ventanas.

En una de ellas, las cortinas se cerraron de golpe.

Lo único que intuyó, vagamente, fue la figura de un hombre que llevaba una bata.

Un hombre parecido al de la fotografía del recibidor.

12

Se quedó en el coche unos cinco minutos, observando aquella ventana, pero ni las cortinas volvieron a moverse ni tampoco sucedió nada fuera de lo común. La misma calle estaba vacía. Conectó el limpiaparabrisas porque la humedad ya moteaba todo el cristal. Aun así, todavía no puso el coche en marcha porque su humor había caído bajo mínimos.

Dos muertos.

Cero conclusiones.

Sin el testimonio del general, sin la autopsia de Eliseo Torradas, sin la maldita bala, sin móvil de uno y otro crimen, con un sinfín de conjeturas, un angosto callejón sin salida se extendía frente a él.

Y por la mañana, Pablo García le exigiría los primeros resultados.

—A casa —se dijo.

Siguió inmóvil.

Sabía que no por echarle más horas a un trabajo, este se hacía mejor o llegaba a terminarse. Al contrario. Los sentidos se embotaban. En su caso, el embotamiento le impedía razonar con lógica. Su mente se convertía en un embudo con el agujero cada vez más angosto.

Investigar un crimen era un puro encaje de bolillos.

Si no encajaba hasta la última pieza...

De la nada, fantasmales, atravesando la oscuridad bajo la farola de la calle, surgieron dos cuerpos estrechamente abrazados. Él le pasaba el brazo por encima de los hombros. Ella lo hacía por la cintura.

Una parejita.

Como la de horas antes, cuando estaban comiendo.

Una parejita muy joven, de la misma edad que su hija.

A Montserrat le estaban saliendo las alas.

Y el desparpajo de los dieciséis años.

El día menos pensado se echaría novio, e Ignacio también, ¿por qué no? En un abrir y cerrar de ojos, en un visto y no visto, se casarían y se irían de casa. Roser y él solos. Como la una. Encima, en cuatro días, abuelos.

Un inspector abuelo.

El frío y la humedad del exterior se abrieron paso a través del capó y los cristales del coche y se le metieron en el cuerpo.

Lo único que se le ocurrió hacer, como si tuviera un ataque de pánico, fue poner la radio del coche y arrancar.

—Porque nuestro lema significa algo —irrumpió una voz perfectamente modulada—. Porque decir que «España es diferente», no es únicamente hacer referencia a nuestro sol o nuestras costumbres. También hace referencia a nuestra manera de ser, nuestra idiosincrasia y nuestra casta. Sí, somos diferentes. Eso nos ha permitido sobresalir, ser un país bendecido por la mano de Dios y de su Caudillo...

Buscó otra emisora.

Música.

El coche comenzó a rodar.

«España es diferente».

Un buen lema, aunque no sabía para qué.

Quizás en el extranjero se estuvieran riendo. Quizás se lo creyeran. A fin de cuentas el incipiente turismo buscaba esa «diferencia».

A su mente volvieron las impactantes declaraciones del abad Escarré a *Le Monde* el 14 de noviembre pasado. Apenas una semana. Ni el Régimen había conseguido bloquearlas o censurarlas. Desde su posición como abad de Montserrat, su voz se había hecho oír con inusitada claridad.

No tenemos tras nosotros 25 años de paz, sino 25 años de victoria, un proceso liderado por un Estado que no obedece a los principios básicos del cristianismo. Es el pueblo el que debe escoger a su Gobierno y poder cambiarlo si lo desea.

Por primera vez, sin mencionarse, aparecía la palabra «democracia» en el horizonte español.

Y se cuestionaba el origen y el fin de aquella paz.

La persistencia de presos políticos en las cárceles es la prueba, la demostración de que esta paz es una falsa paz.

Pero sin duda lo más inusitado había sido su defensa del catalán.

El Régimen obstaculiza el desarrollo de la cultura catalana. En gran mayoría, los catalanes no somos separatistas. Cataluña es una nación entre las nacionalidades españolas. Tenemos derecho, como cualquier otra minoría, a nuestra cultura, a nuestra historia, a nuestras costumbres, que tienen su personalidad en el seno de España. Somos españoles, no castellanos.

Un terremoto.

¿Qué harían con él, encerrarle, echarle de la orden benedictina, marginarle, tirarle de las orejas, pedirle una rectificación pública?

No, no podrían. Escarré los tenía cuadrados.

Hilario se detuvo en un cruce.

Si un día Franco dejaba el poder o moría, si finalmente se celebraban unas elecciones democráticas, ¿cómo encajarían los Pablo García del viejo orden? ¿Y los generales como Fulgencio Aramburu? ¿Se contentarían con obedecer a la nueva legalidad? ¿Se había contentado Franco con la República? ¿Sería España una espiral de idas y venidas infinitas en torno a sí misma y a su historia, plagada de guerras y eterno inmovilismo?

Demasiadas preguntas.

Respuestas imprecisas.

¿Y si todo tardaba más y más en llegar?

¿Otros 25 años de paz?

Un automóvil situado tras él le hizo luces. Levantó la mano, pidió perdón y arrancó.

La música de la radio cesó y el locutor irrumpió con todo entusiasmo en las ondas.

—Oigamos ahora a este grupo inglés que causa furor en su país y cuya música llega ya a nosotros con inusitada fuerza. Ellos son Los Escarabajos, Los Beatles, y su nuevo éxito *She loves you*, una canción que está dando pie al movimiento que define su estribillo: ¡el yeyé!

A Ignacio y Montserrat les entusiasmaban.

Nuevas fuerzas para el nuevo mundo.

Dejó que la canción sonara y hasta cantó el estribillo entre dientes. La música siempre tenía un componente lúdico, feliz, capaz de apartar algunas

sombras en momentos determinados. Nunca las borraba del todo, pero permitía soñar.

Ella te quiere, ella te quiere, ella te quiere, yeah, yeah, yeah.

Unos años antes le encantaba Elvis Presley, aunque rara vez sonaba en la carpetovetónica radio española, que solo emitía música italiana, francesa, mexicana y, por supuesto, flamenco. Para mucha gente, Elvis Presley era un degenerado. Un maricón. Así de claro. Demasiado guapo para ser real. Y había protagonizado escándalos en la televisión de su propio país, por la manera impropia de moverse. Hilario ya tenía más de treinta años y sin embargo le gustaba. *Rock and roll*. Hasta los curas denostaban la música del diablo desde los púlpitos. La música y las nuevas modas, al amparo de las nuevas costumbres: chicas fumando, jerséis ajustados, pantalones ceñidos...

Una libertad que llegaba de Estados Unidos.

Una libertad que no se asimilaba en España a pesar de que desde la visita del presidente Eisenhower, cuatro años antes, el Régimen se había sentido legalizado, respaldado, renovado como «defensor de los principios fundamentales del Movimiento».

La reserva espiritual de Occidente.

—No sé por qué lo llaman Movimiento si está parado. —Hizo un mal chiste en voz alta.

Llegaba a casa.

No era muy tarde.

Cena...

—Interrumpimos nuestra programación musical para dar una noticia de alcance. —La voz del locutor se hizo oscura, cargada de malas premoniciones—. Se nos confirma que el presidente John Fitzgerald Kennedy ha sido víctima de un atentado en la ciudad texana de Dallas, en Estados Unidos, a las 18:30 de hoy, hora española, y que ha muerto hace unos minutos sin que haya podido hacerse nada por salvar su vida.

Hilario tuvo que detener el coche.

¿Kennedy?

¿Por qué?

Miró la radio, como si fuera un enanito infiltrado dispuesto a gastarle una broma.

—Les daremos más información a medida que se conozcan nuevos datos de este terrible magnicidio que sin duda va a cambiar la historia de Estados Unidos...

—¿Solo la de Estados Unidos? —dijo Hilario.

13

Nada más abrir la puerta de su casa, escuchó el sonido de la televisión. Se quitó el abrigo en el recibidor y, antes de reunirse con Roser, la chaqueta y la sobaquera con la pistola en el dormitorio. A ella no le gustaba que se paseara por el piso con su arma reglamentaria. Una vez libre, entró en el comedor y se reunió con ella.

Ignacio y Montserrat también estaban presentes, con la nariz pegada a la pantalla.

—Hola —los saludó.

—¿Lo sabes? —dijo Roser sin apartar los ojos del aparato.

—Lo acabo de oír por la radio, sí.

—Increíble, ¿no?

Hilario se sentó a su lado en el sofá. Ignacio estaba en una de las butacas. Montserrat en el suelo, en una pose bastante incómoda, habitual en ella, como si se hubiera caído de la lámpara y no fuera capaz de recomponerse.

—¿Han dicho algo más? —preguntó él.

—Van repitiendo lo mismo. Las noticias llegan con cuentagotas. Que si un atentado, que si un loco, que si... Total, que no saben nada. —Soltó un bufido de hastío—. Por cierto, acaba de telefonar tu madre.

—¿Qué quería?

—Saber si habría guerra.

—¿En serio? —No pudo creerlo.

—Ya le he dicho que no, que eso ha pasado muy lejos. A ella la palabra «tejas» le suena a material de construcción.

Por televisión aparecían fotos del presidente Kennedy. La voz en *off* seguía hablando sin decir mucho más de lo ya sabido, salvo que el atentado se había producido al aire libre. Kennedy había llegado a Dallas por la mañana y se dirigía a una comida, con su esposa y el gobernador Connally. El coche descapotable circulaba a una velocidad reducida, para que la gente,

agolpada a ambos lados del recorrido, pudiera verle. Al parecer, las balas le habían volado la cabeza a él y herido al gobernador.

—Tiene que haber sido un tirador experto —dijo Hilario.

—¿Por qué, papá? —se interesó Ignacio.

—Porque dudo que nadie en su sano juicio se haya acercado al coche con una pistola y la haya emprendido a tiros. Esa gente siempre va rodeada por su servicio secreto. Le habrían abatido antes de que pudiera hacer un solo disparo. Y dicen que han sido varios, dos o tres.

—¿Un suicida?

—Ya lo habrían dicho, y de momento no hablan de detenciones.

—Será secreto —aventuró su hijo mayor.

—Ya veremos. Yo apuesto por un tirador experto a una distancia relativamente segura.

—¿Hablas de profesionales?

—Probablemente.

—¿Una... conspiración?

—¿Desde cuándo matar a un presidente, aunque se trate de un lobo solitario, no es una conspiración?

Guardaron silencio, capturados, atrapados una vez más por las imágenes de la televisión. Sin darse cuenta, Hilario pensó en su asesino.

Otro profesional.

—Hay hechos que cambian la historia, y este es uno de ellos —mencionó Roser abatida.

Montserrat intervino por primera vez en la conversación.

—¿Qué nos importa a nosotros lo que les pase a ellos?

—El mundo se está conectando cada día más, hija —explicó su padre—. Las fronteras las trazan los humanos. La realidad es otra. ¿Recuerdas lo que sucedió el año pasado, cuando la crisis de los misiles? Una greña de gallos de pelea y por poco no nos metemos en una guerra atómica. —Hizo una pausa breve—. ¿Te crees que las radiaciones, la lluvia nuclear o lo que hubiera provocado eso, no habría llegado hasta aquí?

—Kennedy se metió con los cubanos, y esos son muy suyos —dijo Ignacio.

—Tú ve diciendo por ahí que eres fan del Che Guevara y verás —le advirtió Hilario.

—Si es que los americanos son como pulpos, papá.

—Los americanos, los rusos... y dentro de cien años los chinos, o los marcianos. Mira, Ignacio, ha de haber un orden mundial dentro de este caos social que desencadena guerras cada equis años. Todos estamos conectados, y para bien o para mal, los Estados Unidos son ahora el motor de la economía mundial. No es igual un presidente que otro, un demócrata que un republicano.

—¿Qué diferencia hay?

—Los demócratas son más centrados. Los republicanos más derechistas y, por lo tanto, belicosos.

—Da igual quien mande —intervino Roser—. Ellos han inventado la moda de cargarse a sus presidentes. Empezaron con Lincoln, ¿recuerdas?

—Si aquí se matara a Franco...

—¡Ay, calla! —Se estremeció Roser—. ¿Quieres otra guerra? ¡Parece mentira que seas policía! Con lo que pasamos entonces...

—¿Qué pasó entonces, mamá?

Hilario y Roser miraron a su hija.

Ni uno ni otra se atrevió a responder.

—Nunca habláis de la guerra —refunfuñó Ignacio.

—Hay cosas de las que es mejor no hablar —objetó su padre.

—No sé por qué. —Se enfurruñó la chica.

—Por precaución.

—Papá, tú eres poli —dijo Ignacio—. Se supone que estás con ellos, ¿no?

—¿Desde cuándo te interesa a ti la política? —Se cruzó de brazos Hilario.

—No te escabullas, contesta. —Le presionó el chico.

—Yo estoy con la legalidad, tenga las ideas que tenga, aunque la legalidad no siempre sea la adecuada y nos venga impuesta.

—¡Jo, el día que hables claro!

—Ignacio... —le reprochó Roser.

—Si emplearas tus energías en estudiar y aprobar este año, al menos recuperarías el que perdiste.

—Ya estudio, papá. —El tono fue agotado—. Pero ya me gustaría verte a ti en el cole, tragando m... toda la porquería que tragamos.

—¿De qué te quejas? —Su madre no pudo creer lo que estaba oyendo.

—El lunes Marcos le dijo a la de Lengua que por qué no podía estudiar en catalán, o leer a Lull y no el maldito *Quijote*. La de Lengua casi se lo come. Sus gritos se oían desde el Tibidabo. Marcos acabó en dirección, claro.

—Pues será mejor que tú no te metas en líos, ni metas a tu padre, que es inspector de policía. Bastante significado está.

—No, si me parece bien. —Hubo un destello de orgullo en los ojos de Ignacio—. Por lo menos no traga y traga sin abrir la boca.

—Estás tú cada día más revolucionario. —Suspiró Hilario.

—¿Quieres que baje la cabeza y diga amén a todo?

Roser miró a su marido, temerosa de que dijera que no.

Aunque también que dijera que sí.

Los salvó el teléfono, sonando estridente por encima de la voz del televisor.

—Ponte tú —le suplicó Hilario a su mujer—. Si es mi madre dile que todavía no he llegado.

—Cobarde.

—Del todo.

Roser alargó la mano y atrapó el auricular. El intercambio de palabras fue muy breve. Se lo tendió con un gesto displicente.

—Quesada.

Hilario se levantó, cogió la base del teléfono y la apartó lo más que dio de sí el hilo para alejarse de ellos y de la televisión. Cuando se puso al habla le dio la espalda a la pantalla.

—¿Qué hay?

—Tengo las señas de Pedro Planas.

—¿Algo que se nos haya pasado por alto en el piso de la muerta?

—No, nada. Pero ya puedo avanzarle que el tal Pedro ha estado en la cárcel por estafa. Tres veces. He ido a su casa y no había nadie. Ni portería.

—Iremos mañana antes de pasarnos por la casa del general.

—¿No le ha visto tampoco esta tarde?

—No. Descansaba. Su mujer es algo así como un búnker.

El silencio invadió la línea.

—Raro que no quiera ayudar en la investigación, ¿no cree?

—¿Han encontrado la maldita bala? —Pasó por alto la pregunta de Ernesto Quesada.

—Ni rastro. Y el asesino se ha ido en dirección contraria. No se ha puesto a buscarla.

—¿Y si ha dado un rodeo, se ha quitado la gabardina y la gorra, y él mismo la ha recuperado?

—Pero si es que no hay ni siquiera rastro de un impacto en ninguna parte.

—¿La autopsia de Eliseo Torradas?

—Me han dicho que están en ello, pero igual no hay nada hasta el lunes.

—No creo. García se subiría por las paredes.

—¿Paso por su casa mañana a primera hora?

—A las nueve, sí.

—De acuerdo, señor.

—Quesada.

—¿Sí?

—¿No sabe nada?

—¿De qué? —No le ocultó la extrañeza.

—De lo de Kennedy.

—¿El presidente? No, ¿qué pasa?

—Ponga la radio, o la tele. Le han asesinado.

—¡No me...!

—Hasta mañana —se despidió Hilario.

Insertó el auricular en la horquilla y se dio la vuelta. Por televisión daban constantemente imágenes de John Fitzgerald Kennedy: fotos, escenas filmadas, recuento de sus logros o adversidades, su victoria sobre Richard Nixon en las elecciones, la crisis de los misiles, la invasión de Bahía Cochinos, el envío de «asesores» militares a la vieja Indochina, la lucha por los derechos civiles en su país...

Marilyn Monroe cantándole su ya famoso *Happy birthday, mister president*.

Antes de que dejara el teléfono en la mesita, volvió a sonar el timbre.

Lo descolgó maquinalmente.

—Cenamos en diez minutos —le recordó Roser en un cuchicheo.

—¿Diga?

—¿Soler?

Hilario maldijo mentalmente.

El comisario no había esperado al día siguiente para preguntarle cómo iba la investigación.

Ya no había más noticias.

La televisión emitía su programación normal.

Viernes noche.

Hilario se levantó del sofá y caminó por el pasillo hasta detenerse en la habitación de su hija. Vaciló. Como inspector de policía, sabía qué hacer casi siempre. Ya lo decía Quesada: su instinto era la materia prima con la que solía actuar y resolver la mayoría de casos en los que se metía. Instinto y trabajo de campo, minucioso, paciente, haciendo las preguntas adecuadas a las personas precisas.

Pero como padre...

«No entres», le dijo una vocecita que repiqueteó igual que una campanilla en su mente.

Llamó con los nudillos y cerró los ojos.

—Pasa —lo invitó Montserrat.

Abrió la puerta y los ojos.

Ya estaba dentro.

La vocecita se fue al país de Nunca Jamás.

Hilario se encontró con la mirada de su hija. Estaba estudiando. O por lo menos tenía el libro abierto sobre la mesa y ella daba la impresión de estar volcada en él.

Desde luego estudiaba más que Ignacio, o le sacaba mejor provecho a su tiempo.

«Vete», reapareció la vocecita dándole una segunda oportunidad. «Dale las buenas noches y lárgate», insistió.

Ya era tarde.

Montserrat no abrió la boca. El visitante era él. Esperó a que llegara a su lado y se apoyara en la pared, con los brazos cruzados.

Hilario trató de no sonar enfadado, ni expectante, ni preocupado, solo... normal.

Algo difícil.

—Te he visto con un chico —dijo.

Primer error: no dar un rodeo. Segundo error: ir directo al grano. Tercer error: no hacer caso a la vocecita por segunda vez.

Montserrat sí pareció de lo más normal.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—Estaba comiendo con Quesada y has pasado por delante.

—Qué casualidad, ¿no? —Esta vez hubo un poco de retintín en el tono.

—Pues sí. —Contemporizó por primera vez.

—¿No habrá sido alguien que me ha visto y le ha faltado tiempo para venir a contártelo? «¡Hilario, Hilario, la niña iba con un chico! ¿Que tiene novio?».

—No, mujer. ¿Por qué te pones así?

—Papá...

—Si es que hace cuatro días...

—Sí, ya lo sé: hace cuatro días todavía iba a gatas y, de pronto, ¡zas! — Soltó un gruñido de sarcasmo—. ¿He crecido de golpe o qué?

—Solo quería...

—Saber si tengo novio, sí —le interrumpió de nuevo—. Desde luego... —Ahora se cruzó de brazos y se echó hacia atrás en la silla—. Si ves a Ignacio con una chica, seguro que te hace gracia. Pero a mí con un chico... Y no me digas que él es mayor, porque un año no es nada, y además, las mujeres maduramos antes, eso lo sabe todo el mundo.

—¿Y el de antes?

—¿El de antes qué?

—El que subiste a casa en septiembre. El hijo del guardia civil.

—¡Papá, que te lo dije: era un amigo, lo mismo que este! Que lo invitara a cenar una noche, porque teníamos trabajo, no significa nada, ¿cómo hay que decirte las cosas? Por Dios, que estamos casi en 1964. Oye, ¿acaso Pepe y yo íbamos de la manita o algo así?

—¿Se llama Pepe?

—Sí. ¿Quieres saber en que trabaja su padre? Es médico. ¿Te parece?

—Montserrat...

—Si es que me siento agobiada, papá. ¿No confías en mí o qué? No-tengo-novio —se lo remarcó palabra por palabra—. Cuando lo tenga te lo diré, ¿de acuerdo?

—Vamos, ven. —Hizo ademán de ir a abrazarla.

—Jo —suspiró ella.

—Ven —lo repitió él.

La abrazó, él de pie y ella sentada. También le dio un beso en la frente. Quizás fuera lo de Kennedy. Un año antes, cuando la crisis de los misiles, ya tuvo mucho miedo por sus hijos.

—No sabía que la muerte de ese hombre te impresionara tanto. —Le leyó el pensamiento la chica.

—No es su muerte, es... hacia dónde va el mundo. Cada nueva generación ha de arreglar los desastres de la anterior, y así una y otra vez. Me gustaría que Ignacio y tú estuvierais preparados, solo eso.

—O sea que menudo futuro.

—No, no tanto. Siempre hay mucho que hacer, y eso es bueno. No soy de los que creen que hayamos venido a este mundo a sufrir, pero sí a luchar.

—Pues a mí, si me tocara la lotería...

—¿Qué harías?

—Pegarme la gran vida, no dar golpe.

—Montserrat, hija, menudo aburrimiento.

—Tranquilo, que no me tocará. En eso soy como tú: no creo en la suerte. Tú nunca has jugado.

—No.

—Bueno, ¿vas a dejarme estudiar? Tengo los trimestrales ya mismo. Luego no te quejes.

Hora de retirarse.

¿Qué habría hecho si la hubiese visto de la mano con el tal Pepe, o robándose un beso en una esquina oscura?

—Buenas noches —se despidió de ella.

—Hasta mañana.

Se detuvo en la puerta, sonrió y preguntó:

—¿Cuántos amigos tienes?

—¡Papá!

Logró hacerla reír. Cerró la puerta y la dejó sola.

Roser se asomó a la puerta del dormitorio al verle pasar.

—¿De qué discutíais?

—No discutíamos.

—Pues el tono...

—La he visto con un chico.

—Huy, cómo se habrá puesto. —Suspiró Roser—. ¿Y tú por qué se lo dices? Se va a creer que la espías.

—Solo se lo he comentado.

—Ya. Tú y tus «comentarios». —Le puso un dedo acusador en el pecho—. Tiene dieciséis años, es guapa, popular, lista, y es natural que tenga amigos y admiradores. Lo más importante es esto. —Llevó el dedo hasta su frente—. La cabeza bien amueblada.

—Eso espero.

—¿Y cómo la has visto? ¿Hacía algo?

—Vaya, pensaba que no te interesaba.

—¡Ya que sacas el tema, a ver! —protestó Roser.

—No, no hacían nada, caminaban uno al lado del otro.

—¿Lo ves?

—Desde que invitó a cenar al chico aquel, el de septiembre...

—Ahí te entró el pánico, ya veo.

—Más o menos.

—Olvídalo. Y llama a tu madre, va.

—Nooo... —Puso cara de dolor de estómago.

—Tranquilízala, venga.

—Me tendrá una hora al teléfono, y tengo trabajo antes de acostarme.

—¿En serio?

—Sí.

—Luego te acuestas tarde y es peor.

—Solo es revisar una agenda y un dietario, a ver qué encuentro.

—¿Algún caso complicado?

No quería contárselo. No quería hablar de un general amigo de Franco en casa.

—Trabajo. —Se encogió de hombros.

Sabía que nunca conseguía engañarla, que ella siempre le pillaba, detectando sus subidas, bajadas, euforias, crisis y demás historias. Aun así, lo intentaba.

Y, a veces, ella se dejaba engañar, o lo fingía.

—Pues venga, llama a tu madre, mira esas cosas y vente a la cama. Necesito que me abras por la espalda para darme calor.

—¿Solo abrazarte?

—Eso depende de la kriptonita que lleves hoy, Superman.

Lo dejó con la palabra en la boca y la boca abierta.

Después de tantos años, todavía conseguía sorprenderle.

Fue a por el teléfono, marcó el número de su madre y esperó. Debía de estar pegada a él, por si se acababa el mundo, porque lo descolgó antes de que se extinguiera la primera señal.

—¿Hilario?

—Sí, mamá.

—¿Va a haber una guerra, hijo?

—No, mamá. No va a haber ninguna guerra, tranquila.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y a ti quién te lo ha dicho?

—Lo sé.

La mujer no pareció querer calmarse.

—Sí, ya. Como estás metido en las altas esferas...

—Han matado al presidente de Estados Unidos. Es terrible, pero nada más.

—Pero ese hombre era el que mandaba, ¿no?

—Allí, sí. Aquí manda el tío Paco por muy proyanquis que seamos.

—¿Pro qué?

—A favor de los americanos y en contra de los comunistas.

—Ah.

—Así que vete a dormir, que no pasa nada.

No se deshizo de ella tan fácilmente.

—¿Por qué hay gente tan mala, hijo? —preguntó con voz quejumbrosa.

—No lo sé, pero si no hubiera gente mala, yo no tendría trabajo.

—Eso, tú ríete.

—No me río, pero es que me vienes con cada cosa...

—Hablando de venir, ¿vendréis mañana?

—No. Tengo trabajo.

—Trabajo, trabajo, siempre con lo mismo. ¿Y el domingo?

—No creo, pero te llamaré.

—¿Cuándo? No ves que si venís todos he de comprar la comida.

—La comida la lleva Roser, como siempre. —Elevó los ojos al cielo, cansado de enredarse siempre en las artimañas semánticas de su madre—. Mira, si no puedo pasarme yo, les diré a Ignacio y a Montserrat que por lo menos vayan ellos. Ahora he de colgar.

—Espera, espera. ¿Ya sabes lo de la señora Ana?

—¿Quién es la señora Ana?

—La de la vaquería. La que decía que las vacas dejaban de dar leche cuando te veían correr de un lado a otro siendo niño.

Atrapado.

Por eso los superhéroes no tenían madres. Ni Superman, ni Batman, ni el Guerrero del Antifaz, ni el Capitán Trueno, ni Flash Gordon, ni Rip Kirby, ni...

Su madre empezó a contarle lo que le sucedía a la señora Ana.

15

El dietario de Eliseo Torradas era una especie de diario de actividades de su amo y señor, el general Aramburu. Nada era personal. Ninguna «cita médica» o algo parecido a «llevar a Natalia» a alguna parte. Aramburu y solo Aramburu. Las anotaciones no eran precisas, y la letra dejaba mucho que desear, casi siempre trazada de manera rápida, pero día a día figuraban horas de recogida y, a veces, destino o cálculos de los trayectos. Ningún comentario. Eficiencia y nada más que eficiencia. La muerte había interrumpido su trabajo, pero en el dietario ya aparecían citas en los días y semanas siguientes, hasta el 31 de diciembre con el que se cerraba el año. Si disponía de un dietario avanzado para 1964, desde luego no estaba en su casa ni en su mesa.

Las únicas referencias que se repetían eran unas anotaciones los martes y los jueves.

SF.

Siempre a las 7 de la tarde.

Pasó las páginas desde el día 1 de enero.

Salvo que fuera festivo, martes y jueves, a las 7 de la tarde, Fulgencio Aramburu se veía o tenía cita con SF.

El resto de anotaciones eran más habituales: *Comandancia, Cuartel, Cena, Desfile, Acto castrense, Discurso, Recepción...*

Dejó el dietario y examinó la agenda.

De entre los pocos, muy pocos nombres que aparecían en ella, los únicos en la letra «S» eran Mario Sesé y un tal Sanromá, sin nombre.

También miró en la «F», por si acaso.

Casi estaba en blanco.

Una letra «F» y un teléfono.

Hilario comprobó la hora. Era tarde. Más que tarde. Roser le esperaba en la cama con la espalda fría y la promesa de que si no llevaba kriptonita

encima, a lo mejor, le permitía ser Superman.

Una maravillosa metáfora.

Una dulce expectativa.

Miró el teléfono.

¿Llamaba a Sesé, Sanromá y al número de la letra «F»?

—Déjalo, vete a la cama. —Utilizó la fórmula de hablarse a sí mismo en voz alta.

Cada vez lo hacía más.

El trabajo se le acumularía al día siguiente, como siempre en los inicios de cualquier caso. Muchos caminos, muchas alternativas, muchas opciones y nada claro. Además, la presión impuesta por Pablo García. En una madeja de lana con muchos cabos, ¿cómo escoger el idóneo? El hermano de Rosario Planas era un exdelincuente, el general ponía palos en las ruedas de la investigación, y las pistas eran tan y tan pequeñas...

Mario Sesé, Sanromá y SF.

Probablemente no sería nada. Los martes y los jueves a las 7 de la tarde, Fulgencio Aramburu iba al médico, a dar clases a jóvenes militares, a dictarle sus memorias a un negro, a...

Cogió de nuevo el dietario.

Eliseo Torradas llevaba diez días con el humor cambiado, diez días preocupado, diez días abstraído...

Cerró los ojos y recuperó la voz de Crispulo Santiago en su cabeza.

«Recuerdo que fue el día 13. Perdió nueve partidas de dominó seguidas, ¡lo nunca visto!, y me dijo que estaba cansado, que no había dormido en toda la noche. Sí, el 13. Era miércoles, y los miércoles vemos la televisión juntos».

La noche en la que Eliseo Torradas no había dormido era la del martes 12 de noviembre, por esa razón el día 13 parecía agotado.

Buscó ese día en el dietario.

Nada.

A las 7, SF.

Pero en los días siguientes todas las recogidas habían sido tachadas, anuladas. Todas.

La del jueves 14 a las 7 la primera.

Lo mismo la del martes 19 y la del jueves 21, justo el día anterior.

¿Y si las citas de los martes y jueves eran personales y el general Aramburu no tenía nada que ver con ellas?

¿Quién las había cancelado, y por qué?

Se rindió, pasó del teléfono y se levantó para guardar la agenda y el dietario en uno de los bolsillos de su abrigo. No quería dejarlas en cualquier parte y olvidarlas al día siguiente.

Cuando entró en la habitación, Roser se estaba poniendo la combinación para acostarse.

La suave seda azul brillaba.

Muchos de sus amigos, o compañeros, hablaban de la pérdida de interés al cabo de los años.

Así que él, o era un obseso o estaba más que enamorado.

Pese a todo, nada más verlo, Roser le dijo:

—Sal, déjate los problemas fuera y vuelve a entrar.

—Estoy bien —le mintió—. Y más ahora.

Se acercó a ella para abrazarla y besarla.

—Ah, ah. —Se lo impidió—. Sigues poniendo cara de «me voy a la cama porque estoy en un atolladero» o «¿quién demonios lo habrá hecho?» o «a ver si me acuerdo mañana de hacer esto y aquello y lo de más allá».

—Que no, mujer.

Roser se le puso delante, pero con los brazos cruzados. Los pezones se le marcaban sobre la liviana tela de la combinación. Más abajo, la prominencia de la pelvis formaba un montículo lleno de promesas. Iba descalza. Sus pies destacaban sobre el tono rojizo de la alfombra de su lado de la cama.

—¿Qué caso te ha endilgado García? —le preguntó.

—Vamos...

—Es eso, ¿no?

Se rindió. O eso o no acabarían nunca.

—Sí.

—Sigue empeñado en que te pilles los dedos.

—Un poco, pero mientras sea yo el que pille a los malos, no pasará nada.

—No podrás salir siempre indemne, cariño.

—Tranquila. —La abrazó a pesar de todo.

—Oh, sí. Tranquilísima. Mi marido está entre la espada y la pared en el trabajo, y yo, tranquilísima.

—Soy bueno en lo mío.

—Eres el mejor, y lo sé yo, y lo sabe el comisario.

Hilario quiso besarla y ella echó la cabeza para atrás sin dejar de mirarle.

—No me gusta ser «el reposo del guerrero» —dijo en plan feminista.

—No lo eres, pero ahora la kriptonita eres tú.

—Así que el señor...

—Sí.

—Hilario...

Le apartó los brazos cruzados. La última frontera. Esta vez el beso llegó a buen puerto.

Roser se rindió.

Hilario pegó su cuerpo al suyo. Más aún: bajó una de sus manos, le aprisionó las nalgas y la empotró contra sí mismo.

Su mujer abrió los ojos.

—Inspector Soler —dijo con la boca medio aplastada por los labios de su marido—, ¿desde cuándo vuelve a llevar una porra como cuando era policía de calle?

Día 2

SÁBADO, 23 DE NOVIEMBRE DE 1963

16

Hilario extendió la mano, buscándola, pero ella ya no estaba allí.

Solo las sábanas frías, porque, al levantarse, había retirado el embozo de su lado.

Gruñó.

Luego abrió los ojos y se enfrentó al nuevo día.

Antes, los sábados por la tarde solían ir al cine, o a pasear, todos juntos. Y más aún los domingos.

Eso parecía formar parte de un pasado muy lejano.

Cuando había un caso importante, y por una razón u otra casi todos lo eran, no había fiestas, ni excusas, ni razones para no tratar de ganarle tiempo al tiempo.

Había algo más: lo de «todos juntos» ya no existía.

Ignacio tenía sus amigos. Montserrat sus amigas. Pedirles que hicieran algo los cuatro era obligarlos.

—*Mondo cane* —rezongó.

Podía quedarse en cama cinco minutos más. Incluso diez, y bajar tarde. Quesada no le recriminaría la demora. No se atrevería. Lo más probable era que su ayudante estuviese esperándole a menos cinco, a pesar del frío.

Tenía que haberle dicho dónde estaba el coche, para que se metiera dentro.

Hilario hizo lo que hacía cada día, maquinalmente, con el piloto automático puesto. Se levantó, se duchó, se afeitó, se vistió y fue a la cocina a por su desayuno. Nada más aparecer en ella, lejos de encontrarse con su feliz y satisfecha mujer, se encontró con el primer problema del día.

—Ignacio está enfermo.

—Vaya por Dios. —Se le cayeron los hombros—. ¿Qué tiene?

—Fiebre.

—¿Mucha?

—Sí.

Salió de la cocina y fue a la habitación de su hijo. No llamó a la puerta. La entreabrió. Vio la silueta de Ignacio recortada en la cama, aparentemente dormido.

Se coló dentro.

Olía a perros, como siempre, como si los pies de Ignacio fueran una fábrica de sudor. Además, nunca dejaba los zapatos fuera, en la ventana, el balcón o el lavadero. Se acercó un poco y le examinó de cerca.

Ojos cerrados.

Se fijó en la mesilla de noche.

El despertador, el reloj, un vaso de agua, un libro de Julio Verne, un mechero...

¿Un mechero?

Ignacio no fumaba.

Lo tocó y comprobó que estaba muy caliente.

Dio media vuelta, sin hacer ruido, y regresó a la cocina, donde Roser ya había preparado el desayuno. Tenía hambre, pero no se sentó a la mesa. De hecho no pasó de la puerta.

—¿A cuánto estaba?

—A treinta y nueve y dos.

—Eso es mucha fiebre —consideró.

—Sí, pero ya sabes que a su edad esto les sube y baja como si nada. Si mañana está igual llamo al médico.

—¿Le has tocado la cabeza?

—No, ¿por qué? Se ha puesto el termómetro. Míralo, ahí está.

Hilario no hizo ademán de ir a cogerlo.

—Voy a ver si hago un milagro —dijo iniciando el camino de regreso a la habitación del chico.

—¿Qué quieres decir? —Oyó la voz de Roser a su espalda.

No hubo respuesta. Repitió los pasos de un momento antes. Abrió la puerta, se coló dentro y la cerró. La diferencia fue que no llegó hasta la cama del dormido enfermo. Se plantó delante de la mesa de estudio y le echó un vistazo al libro que tenía delante, abierto de par en par.

Física y Química.

La cartera de Ignacio estaba a un lado. Corrió la cremallera delantera y examinó su contenido. Sonrió con cierto sadismo al encontrar lo que buscaba.

El calendario escolar del trimestre.

Al contrario que él, su hijo dormía con la persiana ligeramente levantada. No tuvo que forzar los ojos para ver la cita del sábado 23 de noviembre.

Examen de Física y Química.

Guardó el calendario, cerró la cremallera y se sentó en la cama.

No le tocó, no le movió, no dijo ni su nombre.

Sabía que le estaba escuchando.

—Una vez robé una canica a un compañero de colegio —empezó a decir—. Yo no tenía canicas, era el niño pobre, y me gustaba mucho la suya. Total, no era más que una canica. Nada importante. Metí la mano en su cartera y la cogí. Al llegar a casa, mi madre, tu abuela, me preguntó de dónde la había sacado. Yo, que era tonto, mentí. Le dije que me la había encontrado en la calle. El problema es que, como acabo de decirte, yo era tonto. No sabía mentir. Cuando lo hacía me ponía rojo como un tomate, así que mi madre me pilló. —Dejó tres segundos de pausa, pero Ignacio continuó con los ojos cerrados—. Tu abuela entonces me llevó a una casa que había en la calle Balmes, con rejas en las ventanas, y me dijo que era la cárcel de los niños. Imagínate. Me quedé aterrorizado. En la puerta, llorando, le dije la verdad y le juré que jamás volvería a robar nada. Jamás. Ella me dijo que la gente que hacía cosas malas no merecía vivir como los demás. Para mí fue revelador. —Suspiró al terminar su pequeña alocución—: Creo que por eso me hice policía.

Finalmente, Ignacio entreabrió un ojo.

—¿Papá? —Se aferró a su última esperanza de ser convincente.

—A ti no puedo llevarte a la cárcel de los niños, hijo. —Hizo una mueca con los labios—. Ni a la de los jóvenes. Pero con un poco de imaginación, algo se me ocurrirá, seguro.

—¿Qué... quieres decir? —Abrió el segundo ojo.

—Que te vistas. —Se levantó de la cama y su tono fue más serio.

—Pero...

—Un examen en sábado debe de ser como un sabañón en agosto —repuso—. Sea como sea, prefiero un cero con honor que un no presentado

cobarde.

Le dio la espalda y salió de la habitación.

Roser y Montserrat ya estaban desayunando. Se sentó en su sitio y expandió una falsa sonrisa de oreja a oreja.

—Milagro hecho —anunció.

—¿Ah, sí? —No pudo creerlo su mujer.

—Mano de santo.

—¿Cómo que...?

Se acercó a ella y le dio un beso. Montserrat bajó los ojos para no verlo.

—No entiendo nada —dijo Roser.

—Porque eres una santa.

—¡Serás...!

—Parecéis críos —protestó la chica.

Por el pasillo, fantasmal, vieron pasar a Ignacio, en pijama, dirigiéndose al cuarto de baño.

Como era de esperar, Ernesto Quesada ya estaba abajo, puntual, dando pasitos cortos por la acera y pisando fuerte para calentarse los pies.

Nada más verle aparecer dejó de hacerlo y se quedó quieto.

—Buenos días, inspector.

—Siento haberle hecho venir hasta aquí. Podía haberle recogido yo con el coche.

—No, hombre. Vaya desvío. ¿Ha oído la radio?

—No.

—Ya han pillado al que lo hizo.

Por un momento se desconcertó.

Ernesto Quesada lo comprendió al verle la cara.

—El que mató a Kennedy.

—¿Ah, sí? —reaccionó Hilario.

—¿Creía que hablaba de nuestro Eliseo Torradas?

—No, no.

—Un tal Lee Harvey Oswald, comunista, mire usted. Tienen hasta el rifle que usó.

—Han ido rápido.

—Es que el tipo al huir mató a un policía y se metió en un cine. ¿Cómo lo ve?

—Muy americano.

—Total, un loco solitario.

—No veo yo muy claro lo de que sea «solitario».

—¿Teoría conspirativa?

—De todas formas tampoco nos enteraremos. Ya se encargará el FBI o la CIA o quien sea de dar la versión que más les interese. El resultado sí está claro: más guerra fría.

Se metieron en el coche, Quesada al volante y él de copiloto. El subinspector le dio al contacto y esperó a que el motor se calentara.

—Demasiado frío para estar en otoño —murmuró.

—¿Seguimos sin saber nada de esa bala?

—Seguimos.

—Empiezo a pensar que no vamos a encontrarla.

—Si ha habido un disparo, ha de haber una bala.

—Venga, vámonos. —Le apremió.

—¿Primero a...?

—Dejemos que el general duerma, no sea que le pillemos de mala gaita y tengamos un problema. Vayamos primero a casa del hermano de Rosario Planas.

Ernesto Quesada puso el coche en circulación. No tardó ni un minuto en volver a hablar, como si no pudiera tener la boca cerrada.

—¿No le extraña que el general no quiera hablar con nosotros? Porque está claro que colaborar, lo que se dice colaborar...

—Me extraña y me sorprende.

—Supongo que eso de que la policía le interrogue debe de parecerle excesivo para su posición.

—En un asesinato no hay rangos, y él lo sabe, o debería saberlo. Nadie está por encima de la ley.

—¿Sigue dándole mala espina?

Hilario pensó en la silueta de la ventana la noche anterior.

—Mala espina y mal cuerpo. ¿Recuerda lo que le dije no hace mucho acerca de cómo investigar un delito y de cuáles eran mis monomanías?

—Me dijo que en una investigación hay que ir paso a paso y que nada es lo que parece hasta el final, cuando se cierra el círculo, porque quien más quien menos tiene algo que ocultar.

—Buena memoria. Exacto.

—Esta noche le he dado vueltas a todo esto. —Quesada hizo una mueca de disgusto—. La idea de que un general como Aramburu tenga que ver en un asesinato, y más el de su pobre chófer... Se me hace cuesta arriba, ¿sabe? No vea el escándalo que se montaría si fuera así.

—Si tiene que ver, es muy simple: o lo hizo él o sabe por qué le mataron.

Su compañero condujo otro minuto en silencio, con el rostro grave. Hilario le observó de reojo cuando se mordió el labio inferior.

Con fuerza.

—Dígalo. —Le apremió.

—¿Cómo dice?

—Que diga lo que le está preocupando.

Ernesto Quesada soltó una bocanada de aire.

—Anoche me llamó el comisario.

—A mí también —le reveló Hilario—. Pero si le llamó a usted apuesto a que no era para saber de nuestros progresos, como en mi caso.

—No, no señor.

—Cuando le dije que había ido a ver a Aramburu dos veces, sin éxito, y que regresaría hoy, se puso muy nervioso.

—Entonces seguro que me telefoneó a mí después de hablar con usted.

—¿Quería que me vigilase para que no me pasara con el general?

—Sí —asintió Quesada.

Hilario se tomó su tiempo.

Tranquilo.

—Gracias por decírmelo.

—Respeto al comisario, usted lo sabe. Pero se lo dije en su momento: ahora soy su compañero. Yo no tiro a nadie por la ventana. Me gusta ser policía y sé que usted es el mejor.

—¿Le pidió García que le informase?

—No, eso no. Solo que fuéramos con pies de plomo y que le controlara. Imagino que pedirme que hiciera de espía hubiera sido demasiado, incluso para él. Tampoco es tonto.

—¿Quiere que le diga una cosa? —Hilario apretó las mandíbulas—. Si Aramburu ha tenido que ver con la muerte de su chófer, iré a por él. Me importa muy poco las cabezas que caigan.

—¿Y si una es la suya? Cuando en los cuarteles hay ruido de sables... Esos los tienen muy afilados.

—El Quijote le dijo a Sancho «con la Iglesia hemos topado». Yo lo cambiaría por el Ejército.

Ernesto Quesada detuvo el coche para que una mujer que empujaba un carrito cruzara la calle. Los dos se la quedaron mirando, sobre todo porque ella, muy joven, estaba de nuevo embarazada. Las «altas instancias» habían pedido a los españoles que tuvieran hijos.

Había que superar el bache de los muchos caídos en la guerra.

Una generación perdida.

O dos.

Volvieron a rodar.

—¿Cómo le fue ayer? —Quesada cambió el sesgo de la conversación—.

¿Vio a la hija del muerto?

—A la hija y al novio.

—¿Y qué tal?

—Dos pajaritos. Frágil e inocente ella, un poco sobradillo él, ya curtido por la edad, pero vulgar, un tipo corriente con pico de oro. Se ha enamorado de una preciosidad y ella de él. Creo que Eliseo Torradas se mantuvo en su lugar y el tal Jorge Miró no sabía que lo tenía en contra.

—Así que por ahí... nada.

—Registré el piso del muerto y encontré algo.

—Menos mal. —Se agitó Quesada—. ¿Me lo cuenta?

—Me agenció un dietario y una agenda. Nuestro chófer llevaba el control de las idas y venidas de Aramburu. Todas estaban anotadas, para que no se le pasara nada. ¿Recuerda lo que nos dijo el señor Santiago, el vecino de Torradas, acerca de su cambio de humor y cuándo cree que empezó?

—Nos dijo que el día 13 su amigo había perdido al dominó y que la noche anterior no había dormido.

—El día anterior era martes. Los martes y jueves Aramburu iba a las 7 de la tarde a alguna parte. En el dietario solo pone *SF*. Nada más.

—Puede significar cualquier cosa.

—En la agenda encontré tres posibles referencias, dos en la «S» y una en la «F».

—¿Llamamos?

—Luego. Ahora me interesa más saber si ya tenemos algo de la autopsia. Esa dichosa bala... —Contrajo todo su rostro en una mueca—. El agujero de salida era demasiado extraño y eso me está martilleando el cerebro.

—Ya llamo yo. Es aquí.

Quesada detuvo el coche en la esquina y paró el motor. Luego tomó la radio y habló con la central. Los dos oyeron la respuesta pasados un par de minutos.

—Una hora, maldita sea, pesados, que parece que se os vayan a escapar los asesinos, por Dios.

Bajaron del coche. Quesada abrió la marcha porque ya conocía el camino de su visita del día anterior. La casa era muy vieja, no tenía portería y la puerta estaba abierta. Tampoco había ascensor. Subieron a pie hasta el tercer piso y llamaron a la puerta de Pedro Planas.

Tres veces.

—Sigue sin haber nadie. —Suspiró el subinspector.

Hilario pulsó el timbre de la puerta contigua.

Les abrió una mujer embutida en una bata de color rosa que había conocido mejores tiempos. Puro boatiné. O se había levantado hacía muy poco o acababan de sacarla de la cama. Los observó con cara de pocos amigos.

La cambió al ver la placa.

—Estamos buscando a su vecino, el señor Planas.

—Pues no sé, yo no es que le vea mucho.

—¿Le conoce?

—De salir o entrar, solo eso. —Se llevó la mano derecha a la parte superior de la bata y la cerró aún más—. Pregúntele a la del quinto primera. Creo que son amigos.

Eso último lo dijo con un leve deje de ironía.

—Gracias, señora, y perdone.

—No hay de qué.

Cerró la puerta y nada más hacerlo pudieron escuchar su voz rezongando:

—Ya sabía yo que pasaría esto.

Subieron dos pisos. La respuesta fue más rápida. La mujer que les abrió ahora era una cuarentona de buen ver, rellenita pero bien moldeada, cabello bien peinado, sin maquillar. Por detrás de ella vieron un montón de cajas y figuritas hechas con algún tipo de pasta. A la izquierda, sin pintar. A la derecha, pintadas.

Al ver la placa de Hilario se le doblaron las rodillas.

—Oigan, yo... —Se quedó blanca.

—Tranquila, señora. —Le mostró las manos desnudas, con las palmas abiertas—. Solo queremos hacerle unas preguntas acerca de su vecino, el señor Planas.

Tardó en comprender lo que le estaba diciendo.

—¿Cómo... dice?

—Nos han dicho que son ustedes muy amigos.

Ahora se puso roja.

—Un... poco, sí.

—Le estamos buscando con urgencia. Su hermana ha muerto.

—¿Rosario? —Apareció la angustia.

—Sí. ¿La conocía?

—La he visto tres o cuatro veces. —El sentimiento empezó a aflorar, superando su desconcierto inicial—. Pobrecilla... Yo... no sé qué decirles...

—¿Sabe dónde trabaja el señor Planas?

—No tiene un trabajo fijo. Bueno —su rostro reflejó un sinfín de sentimientos cruzados—, tampoco es que ahora le vea mucho. Creo que tiene cositas aquí y allá, negocios y eso.

—Trapicheos.

—No sé.

—¿Sabe dónde podemos localizarle?

Su respuesta fue demasiado rápida.

—No.

Hilario miró las cajas amontonadas por detrás de ella, el resultado de su economía sumergida, manufacturación manual. Parecía como si el piso entero estuviese lleno de algún tipo de material.

—Debería ayudarnos, señora —le recordó Hilario.

La mujer se rindió.

Rápidamente.

—El otro día le vi entrar en una casa.

—¿Dirección?

—Era en la calle Mariano Agulló, casi en la esquina de Pallars. No miré el número.

—¿Sabe quién vive ahí?

—Él iba con una señora.

—¿Nombre?

—No lo sé. Ya le digo que... fue casual.

La calle Pallars estaba en el otro lado de la ciudad. Nada había sido casual.

—Sí lo sabe. —La apremió Hilario.

Ya no hubo resistencia.

—Asunción Rocamora.

—¿Cómo se llama usted?

—Engracia Sanz —respondió envuelta en un halo de tristeza.

—Ha sido muy amable, gracias —se despidió él.

—Buenos días. —Inclinó la cabeza Ernesto Quesada.

Bajaron la escalera en silencio, sin hablar hasta llegar a la calle.

Hilario se adelantó a su compañero.

—¿Qué opina?

—Que Pedro Planas tenía algo con ella, rompieron, o él cambió en su relación, la dejó, lo cual es más probable, y un día, celosa, le siguió hasta esa casa.

—Exacto.

—¿Cree que la tal Asunción Rocamora sabrá dónde encontrarle?

—Es posible.

—A mí el señor Planas me está empezando a dar mala espina — consideró Quesada.

—Con dos muertos, y que el hermano de uno de ellos no aparezca, es suficiente para darla —asintió Hilario—. Y le diré una cosa. —Se atrevió a mostrar una mueca que quiso ser una sonrisa—. Todo lo que nos aparte del general, mejor. Aunque tarde o temprano vayamos a darnos de bruces con él.

—Así que no vamos a Pedralbes.

—No. Sigamos con Planas.

El trayecto era largo. Pusieron la sirena para ganarle tiempo al tiempo. Cuando circulaban por la calle Pallars vieron varias construcciones con decenas de obreros. Era día de paga y se notaba. Los sábados todos trabajaban más felices. La emigración del sur seguía llegando a Barcelona en oleadas. Trenes llenos. Vidas mejores, o eso intentaban. La ciudad crecía, y crecía. Cada vez se construía más, se abrían nuevas calles o vías, se derribaban casas viejas para levantar las de la nueva Barcelona.

25 años de victoria, como había dicho Escarré.

Había dos portales en Mariano Agulló con Pallars, los dos sin portera. En el primero que entraron no encontraron el nombre de Asunción Rocamora. En el segundo, una casa de tres pisos con cuatro buzones, sí.

—Es en el primero. —Quesada dio un golpecito junto al nombre escrito en el segundo buzón.

Había una puerta en la planta baja, al fondo. Subieron la escalera y se detuvieron en la de su nueva pista. Se oía música. Por alguna radio sonaba un bolero de lo más triste.

La mujer que les abrió era más joven y guapa que Engracia Sanz. Frisaría los treinta, tal vez dos o tres más. También llevaba una bata, pero más corta, hasta las rodillas, y su desarreglo era el natural de cualquier mañana antes de vestirse y maquillarse. Hilario se fijó en las uñas de sus manos, pintadas, y en la permanente que orlaba su pelo. Los ojos eran oscuros, de gata, y la boca fina y delgada. Parecía no tener pecho pese a que no era una mujer extremadamente delgada.

La música provenía del interior de su piso.

—¿Qué desean? —Se estiró la bata por abajo al verlos.

—Estamos buscando al señor Planas. —Hilario repitió su gesto de mostrarle la credencial que le acreditaba como inspector de policía.

La voz trató de mantenerse firme. La traicionaron los ojos y la palidez.

—¿Quién?

—Sabe muy bien de quién le hablo, porque la visita con frecuencia, señora. —Hilario endureció su tono.

—¿Y para qué le quieren? Él no ha hecho nada. —Pasó a convertirse en una pequeña gata dispuesta a defenderse, levantando un poco la voz.

—No hemos venido a acusarle de nada ni a buscarle por ningún delito —dijo Quesada.

—Su hermana ha muerto.

—¡Pues no está aquí!

Acababan de decirle que la hermana del hombre con el cual se veía, y del que, tal vez, estuviese enamorada, había muerto, y su reacción consistía en alzar la voz todavía más.

Sin preguntas.

Sin el horror de la anterior amiga de Pedro Planas.

Como si ya lo supiera.

Hilario fue el primero en reaccionar. La apartó con la mano derecha y entró en el piso. Dejó que su compañero se ocupara de ella.

—¡Pero qué hace! —gritó Asunción Rocamora.

La radio y Pedro Planas estaban en la sala. La primera seguía con el bolero. Él ya tenía medio cuerpo fuera de la ventana, dispuesto a saltar.

—¡Quieto! —Hilario se llevó la mano a la sobaquera.

Fue inútil.

El hermano de Rosario Planas saltó al piso de abajo. Cuando Hilario se asomó le vio aterrizar en el patio de la planta baja. Rodó sobre sí mismo, rompió un par de macetas y se incorporó levantando la cabeza.

Su cara era de absoluto miedo.

Pánico.

—¡Quesada, abajo! —gritó Hilario.

Consideró sus posibilidades de salto y renunció a ello. Pedro Planas estaba asustado, desesperado, y se había jugado romperse una pierna. Él no estaba tan loco.

Lo malo fue que el evadido no trató de salir por el piso en el que había irrumpido.

Trepó por la pared frontal, llegó arriba y saltó al siguiente patio.

Hilario le perdió de vista.

—¡Mierda! —Golpeó el alféizar de la ventana.

Abandonó su posición y echó a correr. Asunción Rocamora seguía en el recibidor, asustada, sujetándose la bata por arriba y con la otra mano abierta sobre su vientre. Los ojos dilatados por el espanto.

—¡No se mueva! —La previno Hilario.

Bajó el tramo de escalera y se encontró a Quesada en la calle, con su pistola en la mano.

—¿Dónde está? —preguntó su compañero.

—Ha ido por los patios de atrás. —Se rindió él—. Puede esconderse en cualquier parte, o salir a la calle por cualquiera de esas casas. —Abarcó la manzana en general.

—¿Cómo iba vestido? ¿Doy aviso?

—Iba en mangas de camisa y descalzo.

—¿Descalzo?

—Sí.

—Entonces está listo —aseveró Quesada.

—Volvamos arriba.

Asunción Rocamora estaba en la sala, junto a la ventana ya cerrada. Había apagado la radio. Tenía el cuerpo doblado sobre sí misma y miraba fijamente al suelo con el rostro contraído. Más que miedo, lo que sentía era rabia y desazón.

Hilario se sentó delante de ella. Quesada se quedó de pie.

El silencio hizo que la mujer acabara levantando la cabeza.

—Hable. —La invitó Hilario.

—Yo no sé nada.

—Pruebe otra vez. Hable.

—¿Y qué quiere que le diga? —Se desesperó un instante.

—¿Quiere que la interrogue en comisaría?

El estremecimiento fue visible.

—No.

—Responda a mis preguntas y nos iremos.

—¿Se irán?

—Sí.

Nadie se fiaba de la policía. Pero Hilario conocía sus dotes, su especial persuasión, la sinceridad con la que a veces se ganaba la confianza de los interrogados.

Quesada lo llamaba hipnosis.

—Le juro que no sé nada. —Ella se vino abajo de nuevo.

—Cuando le he dicho que la hermana de Pedro había muerto, no se ha sorprendido, solo ha gritado que no estaba en su piso, para alertarle. Eso significa que ya lo sabía.

—Sí —concedió.

—¿Por eso él se ha escondido aquí?

—Tenía miedo.

—¿Por qué iba a tenerlo?

—Fue a verla anoche, y la calle estaba llena de policías. Me dijo que la habían matado. Estaba... muy asustado.

—Vuelvo a preguntárselo: ¿de qué tenía miedo?

—No lo sé.

La pausa fue breve, pero a ella se le hizo larga, crispada.

—¿No lo sé! —gritó—. ¡Se lo juro!

—¿Son novios?

La mujer se encogió de hombros.

—Tampoco es que me hiciera ilusiones —manifestó.

—¿Cuánto hace que le conoce?

—Cinco meses.

—¿Le veía a menudo?

—Sí, claro.

—¿Pasaba aquí algunas noches?

—Señor...

—Responda.

—Sí, algunas.

—Debió hacerle confidencias, en qué andaba metido.

—Pedro es... especial, ¿entiende? —En sus ojos flotó el aliento de una mujer enamorada pero sin esperanzas—. A veces me cuenta cosas, otras pasa varios días sin hacerlo, maquinando algo, en ocasiones alardea de sus negocios, sus sueños... Es como un niño grande, soñador, quimérico... Pero también es muy tierno, mucho. —Se vino abajo de golpe y rompió a llorar, abrazada a sí misma.

Hilario no la forzó. Le hizo una seña a Quesada para que registrara el piso.

Su compañero salió de allí.

—¿Qué está pasando? —gimió Asunción Rocamora—. ¿Por qué han matado a Rosario? ¿Y por qué le buscan a él?

—Lo único que queríamos era darle la noticia y hacerle unas preguntas —dijo Hilario—. Su huida es lo que le compromete.

—¿Quién les ha dado mis señas?

—Una persona.

—La cerda de su escalera, ¿verdad? —exclamó con amargura—. Desde el día que se presentó aquí, gritando, insultando... Loca, loca, loca.

—¿Tiene idea de quién pudo matar a Rosario?

—No.

—¿Qué le dijo Pedro?

—Nada, ¡nada, se lo juro! Mire..., llegó anoche, asustado, temblando. Me contó lo de su hermana y se quedó ahí, donde está usted, muy serio y meditabundo. Yo le pregunté, ¡claro que lo hice!, pero no me contestó. —Se pasó una mano por el cabello—. Sé que no es la mejor persona del mundo, pero le aseguro que es inocente, se lo repito, un niño grande. Se monta sus historias, sus películas, siempre diciendo que anda metido en algo grande que lo va a sacar de pobre. Suele decir que los supervivientes no son los más fuertes, sino los más listos, y que si el mundo se acabara hoy, sobrevivirían las hormigas.

—¿Cómo es posible que no sepa en qué andaba metido?

—Porque no se fiaba de nadie.

—¿Ni de usted?

—¿Le han hecho daño en la vida, señor?

—Como a todos.

—En estos cinco meses, Pedro me ha hablado de tantos negocios que ya no... —Sonrió cansinamente—. Siempre se torcían por algo, mala suerte, un factor inesperado, un contratiempo... ¿Qué quiere que le diga? Nos reíamos y ya está. Hace unos días sin embargo vino muy ilusionado, con los ojos brillantes. Nunca le había visto así. Dijo que esta vez iba en serio, que tenía algo muy muy grande entre manos, que me preparara para ser una marquesa, que nos iríamos a París en Navidad. Ya ve, París. —Volvió a quebrársele la respiración y se apretó el pecho con una mano—. Yo siempre le decía que quería ir a París, ¿sabe? París... —Hundió la cabeza en el abismo de sus lágrimas y, más que responderle a él, lo que hizo fue hablarse a sí misma—. Yo sé que ha tenido muchas novias, muchísimas, pero se hace querer, ¿entiende? Con esa labia, lo guapo que es... Cuando una está sola, tan sola...

Hilario le dio unos segundos.

—¿Cuándo le habló de ese último negocio?

—Hará cosa de una semana, más o menos.

—¿No le dio ni el menor indicio, un detalle, algo?

—Se lo repito: no. Siempre jugaba con el misterio, a lo mejor para hacerse el interesante, yo que sé. A mí me hacía gracia.

—¿Sabe dónde puede haber ido?

—No.

—Se ha marchado con lo puesto, señora. En mangas de camisa y descalzo.

Quesada reapareció en la sala. Llevaba una cartera en la mano.

—En mangas de camisa, descalzo, sin documentación y sin dinero. —La agitó en el aire.

Hilario le hizo una seña para que se la guardara.

—¿Hay algo? —le preguntó abarcando el piso con los ojos sin necesidad de precisar más.

Quesada negó con la cabeza.

—Si no se ha llevado nada, se habrá dejado también las llaves —aventuró Hilario.

Su compañero abrió la otra mano.

Sonrió eficiente al mostrarle tres llaves introducidas en un pequeño llavero.

Fue suficiente.

Asunción Rocamora se había quedado abstraída, más calmada después del último llanto. Tenía las manos unidas sobre las rodillas.

—¿Está usted casada? —Volvió a dirigirse a ella empleando un tono mucho más suave.

—No. —Levantó la vista de golpe—. ¿Por qué habría de estarlo?

—Perdone.

—Me quitaron un seno hace años. Eso hace que los hombres no se acerquen demasiado —le confió.

—Lo siento.

—No importa —susurró sin demasiadas fuerzas.

La que tal vez fuese su última oportunidad acababa de saltar por la ventana dejándola sola.

Hilario decidió que era hora de irse.

—Esta es mi tarjeta. —Se la entregó ya puesto en pie—. Si Pedro vuelve o se pone en contacto con usted, hágame caso: llame o convénzale de que lo haga él. No sé en qué andaré metido, pero si no ha matado a nadie no tiene por qué temer nada.

—¿Matar él a alguien? ¿Encima a su hermana? No sea absurdo.

—¿Ha oído el nombre de Eliseo Torradas?

—No. ¿Quién es?

—El novio de Rosario.

—¿Rosario tenía novio?

Terreno cortado. Quesada fue el primero en iniciar la retirada. Hilario caminó hasta la puerta de la sala. La dueña de la casa no se levantó para acompañarlos.

—Buenos días, señora.

Ella había estado llamando señora todo el rato, así que decidió que era absurdo que ahora la llamase señorita.

19

Al salir de la casa, Hilario se detuvo en la misma puerta, sin salir a la calle.

La zona era bastante tranquila, sin apenas tráfico. Algunas casas, fábricas, almacenes y camiones aparcados a lo largo de las aceras.

—¿Le ponemos vigilancia a esta mujer? —preguntó Quesada.

—No —respondió tras meditarlo un par de segundos.

—¿Y si vuelve, al menos a por su documentación y algo de ropa?

—Es posible, pero no creo que matara a Eliseo Torradas. No da el tipo.

—Entonces...

—Vamos a volver a su piso, por si acaso. Mientras, dé orden de búsqueda y captura. Si le pillan, directo a comisaría y que nos llamen. Deme su cartera.

—Yo no lo he visto, ¿recuerda? —Extrajo la cartera del bolsillo y se la tendió.

—Metro sesenta y muchos, pelo negro, treinta y cinco más o menos, guaperas, aire de Francisco Rabal.

—Bien, inspector.

Mientras Ernesto Quesada describía a Pedro Planas por radio, Hilario se sentó en el mismo lugar de la ida, el asiento del copiloto, para examinar la cartera del huido.

Documento Nacional de Identidad, dos capicúas, un recorte con la imagen de una mujer muy guapa en traje de baño, otro con una foto de Virginia Mayo, una estampa de una Virgen, veintidós pesetas y un papel doblado en cuatro partes.

Lo examinó.

Parecía un mapa, como el de un niño que jugase a los tesoros. Por abajo una raya, por encima lo que daba la impresión de ser un sendero que serpenteaba por alguna parte. En la raya la descripción N-340. A lo largo del sendero unas pocas indicaciones, *árbol inclinado, veinte pasos, derecha, rocas, quince pasos, matorrales, subida izquierda, piedra* y finalmente una

«X». El sendero partía de un punto señalado con un arco. Le costó un poco leer dos de las tres palabras: *Puente de Cervelló*. La marca quedaba a la izquierda de la raya, que evidentemente era la carretera Nacional 340 de Barcelona a Tarragona, Valencia...

Quesada puso el coche en marcha tras colgar el micrófono de la radio.

—¿Qué le sugiere esto? —Hilario le pasó la hoja de papel.

La respuesta fue rápida.

—Un mapa, un plano...

—Un plano —repitió él recuperándolo.

—¿El presunto negocio de Pedro Planas?

—Es posible. Aquí no hay nada más. —Lo guardó de nuevo en la cartera, la cerró y la dejó en la guantera del coche—. ¿Ha mirado en su ropa?

—Sí, y no he encontrado nada en ningún bolsillo.

—Tendríamos que ir a ver a Aramburu de una maldita vez, pero ahora...

—Da que pensar lo de Planas, ¿verdad?

—Andando, a su casa. —Se convenció.

Su compañero puso el vehículo en marcha. Volvió a conectar la sirena y le dio gas. No tardó en exteriorizar sus pensamientos de forma directa.

—Es evidente que Pedro Planas sabe quién mató a su hermana.

—En este caso, la causa de su muerte sería ese «negocio» que se traía entre manos.

—Entonces, ¿que pintaría Eliseo Torradas en ello?

—Puede que Rosario le metiera en el lío. Puede que Planas engatusara al chófer. Puede que Torradas descubriera algo que no tenía por qué saber.

—Y el general, inocente.

—Es lo que más quiere, ¿no?

—¿Usted no? —Le miró sorprendido.

—Sí, claro —asintió.

—Yo es que con solo pensar que hemos de ir a interrogarle...

—Tranquilo. Lo haré yo.

—¿Y qué quiere, que me quede en el coche? No fastidie, hombre.

Hilario no quiso seguir hablando del tema.

—Voy a poner la radio, a ver si dicen algo más sobre lo de Kennedy.

Durante un par de minutos buscó alguna emisora que hablara del tema. No tuvo éxito. Música, programas matinales, entretenimiento y poco más. La apagó. El coche serpenteaba por entre la circulación y los guardias urbanos se ponían a dar sinfonías de silbato para que nadie los interceptara. Cuando estaban cerca de la casa de Pedro Planas vio un quiosco.

Demasiado tarde para detenerse. Lo dejaron atrás.

—Pare cuando pueda para comprar el periódico de hoy.

—De acuerdo.

No tardaron en ver otro. Quesada apagó la sirena y se aproximó a la acera. Cuando Hilario iba a bajar le dijo:

—Llame a ver si ya hay algo de la dichosa autopsia.

Salió del coche, rebuscó en su bolsillo el importe exacto y le entregó al quiosquero las dos pesetas mientras cogía *La Vanguardia* de su montón. Por una vez no había fotos de actualidad llenando la portada. Un titular sucinto, *Hora sombría para occidente – El presidente Kennedy ha muerto víctima de un atentado*, y debajo más titulares pequeños con sus respectivos textos: *Crimen de lesa humanidad*, *Un disparo en la sien derecha*, *Nueva York: una inmensa oleada de estupor*, *Ante una hora crucial*, *Telegrama de pésame del Caudillo*. La única imagen era la de Kennedy, su esposa y el también herido gobernador Connally, a su llegada a Dallas, poco antes de la tragedia, en una telefoto de la Agencia Cifra.

Lo del telegrama le hizo sonreír vagamente.

¿A quién, a su viuda, a...?

El destinatario era el nuevo presidente, Lyndon B. Johnson.

A rey muerto, rey puesto.

Pero ya nada sería igual. De eso estaba seguro.

Regresó al coche y se coló dentro. Quesada le pasó el micrófono.

—No están de muy buen humor —dijo en voz baja.

—Espere, aún no arranque —le pidió.

La voz tardó más de un minuto en aparecer. Y era la de Vicente Romeu.

—¿Hilario?

—¿Romeu?

—Yo mismo. ¿Te cuento?

—Sí, dime.

—Me han pasado a mí lo de esa autopsia.

—¿Por qué?

—Porque no hay bala, y los restos hallados en la cabeza son muy raros.

—¿Cómo de raros?

—Hay rastros de gelatina. Están tratando de identificarla. También de agua de mar, o por lo menos, agua salada. Lo mismo, se está analizando.

—¿Y todo eso qué significa?

—Que alguien hizo una bala artesanal, probablemente de hielo recubierta con esa gelatina para darle consistencia y con la base de pólvora para la explosión de salida.

—¿Bromeas?

—Yo nunca bromeo con mi trabajo, hijo. —De no conocerle, quizás se lo hubiera imaginado más enfadado que serio—. Por eso hizo el disparo a tan corta distancia y directamente a la nuca, para no pillar hueso en la entrada. Al penetrar en la cabeza, estalló y reventó el cerebro. Luego todo salió igual que un torrente, por la cara, justo por donde tampoco hay hueso: la punta de la nariz. Para cuando llegasteis, ya no quedaba rastro, solo la sangre.

—Así que el que lo hizo...

—Un manitas. No quería que la rastreásemos ni dejar estrías ni nada.

—Un manitas muy eficiente.

—Yo diría que un genio de la balística. Me gustaría saber con qué arma la disparó. Espero que le pilles para preguntárselo.

—Gracias, Romeu.

—¿Te han dicho que nuestro amigo del banco ha vuelto a atracar uno esta mañana a primera hora?

—No.

—Pues mira tú por dónde.

—Cómo te gusta tu trabajo.

—Igual que los crucigramas.

Se despidieron al unísono e Hilario cortó la comunicación. La voz de Vicente Romeu quedó flotando por el coche.

—Nuestro asesino profesional se hace más misterioso —dijo Quesada.

Hilario miraba *La Vanguardia* sin verla.

Un asesinato al otro lado del Atlántico, pero el suyo, doble, seguía allí.

El hombre que había matado a Eliseo Torradas y a Rosario Planas no estaba en ningún cine esperando a que le cayeran encima.

—Vámonos.

Ya estaban cerca de la casa de Pedro Planas. Quesada ni siquiera conectó la sirena. En tres minutos detuvo el coche en el mismo lugar que un rato antes. Al apagar el motor preguntó:

—Sobre lo de volver aquí, ¿no pensará que ha regresado a su piso para ocultarse?

—No parece tan tonto, aunque sin ropa y sin dinero, ¿adónde va a ir? Y más a pie. Yo más bien creo que una persona como él ha de tener más lugares en los que buscar cobijo. Amigos, otras novias... Conozco bien a los de su clase: mentirosos, embaucadores, estafadores de poca monta. No suelen ser violentos, pero se inventan lo que sea para sacarle una peseta al más pintado. Imaginación no les falta.

Subieron al piso. Una de las llaves que Ernesto Quesada había encontrado en la ropa de Pedro Planas encajó en la cerradura. Una vez dentro, con lo primero que se encontraron fue con un fuerte olor a tabaco. Más que impenitente, debía de fumar una marca pestilente, con el humo pegado a las paredes.

—Esto es peor que una cámara de gas. —Arrugó la nariz Quesada.

Cerraron la puerta y comenzó la inspección.

Muy rápida.

Porque allí no había nada.

Una cama y un armario medio vacío en la habitación principal, un camastro en otra más pequeña, un retrete y un lavamanos, un fregadero, una cocina con rasillas de hospital en las paredes y una sala con un televisor antediluviano.

Las únicas fotos y algunos papeles los encontraron en un cajón de la mesita del televisor. Los papeles eran recibos y poco más. Las fotos de Pedro y Rosario, sus padres, algún que otro conocido.

Hilario sostuvo una entre las manos.

Era reciente.

Pedro Planas y un hombre, los dos con sendos tacos de billar en las manos, los dos fumando, los dos sonriendo con los ojos brillantes. Y por

detrás, en la pared del fondo, el emblema de los billares Monumental, al final del paseo de Gracia y comienzo de la calle Mayor.

Se la guardó en el bolsillo.

—Es hora de ir a ver a nuestro general. —Dio por finalizado el examen del piso.

Era su tercera visita, y la sensación de *déjà vu* se acrecentó con cada paso y cada gesto repetido. La criada, con la misma cara cincelada en piedra gris y triste, los hizo esperar en el recibidor de la casa, bajo el cada vez más impresionante retrato de Fulgencio Aramburu.

Hilario se puso de espaldas. Ernesto Quesada no.

—No diga nada —le advirtió el primero.

El segundo cerró la boca.

Cuando Hilario vio aparecer a la señora Aramburu, temió lo peor. De entrada, volvía a llevar el rosario en la mano izquierda, la del diablo, visible solo por unas pocas cuentas que asomaban entre los dedos. De salida, porque vestía de negro impecable, casi de luto, con una fría elegancia. Un collar de perlas era en esta ocasión su único adorno corporal.

Parecía haber envejecido con el paso de las horas.

—Inspector Soler.

—Buenos días, señora.

—Sigue muy afectado, de verdad, yo no sé si...

—Comprendo su estado, pero no voy a irme sin verle, lo siento. — Detuvo sus argumentos con firmeza—. Esto es una investigación criminal. Su marido, precisamente por rango y condición militar al servicio de la patria — esto último lo dijo con mayor énfasis—, es el primero que ha de entenderlo.

Las palabras «servicio» y «patria» siempre eran eficaces. Ellos, realmente, las creían. Bastaba con saber usarlas.

—¿Pero qué quieren que les diga él? —La mujer mostró un primer quebranto emocional. La mano izquierda apretó el rosario—. Eliseo Torradas solo era su chófer, lo llevaba de un sitio a otro. No tenían nada en común.

—Veintitrés años es mucho en común.

Amparo Matesanz se rindió.

Los miró a los dos, a los ojos, y tras respirar con mayor profundidad inició la retirada.

—Esperen —les pidió.

No fue una espera corta, ni fácil. Durante el primer minuto, no se movieron. A lo largo del segundo, Quesada empezó a dar pasitos cortos. En el transcurso de los dos siguientes fue el propio Hilario el que empezó a ponerse nervioso.

—¿Qué haré si no quiere recibirnos? —preguntó el subinspector.

No hubo respuesta. Bastó una mirada.

La dueña de la casa reapareció a los cinco minutos.

—Siento la demora —se excusó—. He tenido que ayudarle a levantarse de la cama. —El tono fue de inequívoco reproche—. ¿Quieren seguirme, por favor?

La casa era lujosa. Regia, pero lujosa. Muebles muy antiguos, de los años 20 o 30, alfombras, tapices, cuadros, y, sobre todo, muchos efectos o recuerdos bélicos, aquí y allá, en vitrinas o estanterías. A través de un ventanal que daba al jardín posterior, vieron un cañón, una vieja pieza de artillería sobre ruedas utilizada sin duda en la guerra. Imposible saber en qué bando. La mayoría de cuadros mostraban escenas de combates a través de todos los tiempos, pero sobre todo de cuando en las tierras bajo la Corona de España no se ponía el sol. Amparo Matesanz los condujo hasta un despacho. Sentado al otro lado de una impresionante mesa de caoba, vieron al general, enfundado en una bata de color azul oscuro. Hilario se dio cuenta de que ni allí ni en toda la casa había nada de color rojo.

Fulgencio Aramburu no se levantó.

No les dio la mano.

—Siéntense —les dijo.

Y fue una orden.

Luego, otra:

—Retírate, Amparo.

Su mujer le obedeció sin abrir la boca. Ocuparon las dos butaquitas situadas frente a la mesa, en la que había muy pocas cosas, una agenda, un teléfono y algunas carpetas. Las paredes del despacho estaban forradas en madera y en las vitrinas no cabían más libros, todos muy viejos, así que el

lugar era más bien oscuro. La única ventana tenía las cortinas echadas. Bajo esa leve penumbra, los rasgos del militar eran a la vez duros y cansados, siniestros y vencidos. Lo habían visto muchas veces en el NO-DO, o en fotografías, pero el hombre que tenían delante estaba lejos de ser el mismo.

Pese a todo, seguía fulminando con la mirada.

La mirada y el peso de su figura y su nombre.

Hilario se dio cuenta de que no solo estaban ellos tres.

Eran cuatro.

El enorme, impresionante retrato de Francisco Franco Bahamonde que presidía la pared de la derecha, frente a la ventana, parecía estarles tutelando.

Vigilando.

—Lamentamos molestarle, señor. —Trató de ser condescendiente Hilario.

—General, si no les importa.

Primer contratiempo.

—Perdone, general. —Se dispuso a ponerse la piel de cordero.

—Estoy retirado. Bueno, en la reserva, como se dice en el argot militar. Pero sigo siendo lo que siempre he sido. Hay cosas que no cambian.

—Se llevan en la sangre.

—Así es. Bien dicho. ¿Cómo se llama usted?

—Hilario Soler. Él es el subinspector Ernesto Quesada.

—Un inspector y un subinspector.

—Sí.

—Son muy jóvenes para puestos de tanta responsabilidad.

—Gracias.

—Yo fui general muy joven. No tanto como el Caudillo —le lanzó una respetuosa mirada al cuadro—, pero casi. Recuerdo muy bien cómo era entonces. Impetuoso, un tanto irreverente pese a mis principios castrenses, poco menos que creyéndome inmortal pese a mis profundas creencias religiosas... ¿Es usted así, inspector?

—No lo sé.

—¿Qué edad tiene?

—He cumplido los cuarenta.

—La edad de la madurez.

Hilario ya no supo qué decir.

Fulgencio Aramburu, de momento, los estaba llevando por donde quería.

Quesada era una estatua.

—¿Los ha puesto al frente de este caso el comisario García?

—Sí, mi general.

—Buen hombre, García. —Movi6 la cabeza de arriba abajo una sola vez—. Leal, entregado, riguroso, con mano firme... Bien —pareci6 dar por terminada la primera parte del pulso—, siento recibirlos así, y más aún en estas circunstancias. La tragedia de Eliseo ha sido un golpe... terrible, inesperado, como lo es siempre la muerte.

—Lo imaginamos.

—Ni siquiera entiendo... —Hizo un gesto ambiguo con la mano—. En fin, ¿qué quieren preguntarme, caballeros?

—¿Tiene usted una remota idea de lo que ha podido suceder para que alguien haya querido matar a su chófer?

La respuesta no pudo ser más seca.

—No.

Era como si todo estuviese dicho.

—Pero él estaba pendiente de usted.

—Sí.

—Vivía la mayor parte de su tiempo a su servicio.

—Llámelo lealtad. Desde que pasé a la reserva, mis obligaciones y actividades han decrecido. No desaparecido, pero sí decrecido. Sin embargo, no estoy muerto. Ni quiso estarlo él. Era un hombre respetuoso, trabajador, al pie del cañón. Después de tantos años... Su fidelidad e integridad eran únicas.

—¿De qué hablaban cuando iban en el coche?

—Yo no soy muy hablador. Demasiadas cosas en la cabeza, demasiado en qué pensar, demasiadas responsabilidades demandadas por el servicio a la patria y al Generalísimo. De todas formas sí, hablábamos, por supuesto. Sobre todo de fútbol. Él era del Fútbol Club Barcelona y yo del Real Madrid, claro. ¿De qué equipo es usted?

—No me interesa el fútbol —mintió Hilario.

—Curioso, un español que no es futbolero. ¿Y usted? —Se dirigió a Quesada.

—Del Español.

Fulgencio Aramburu llegó a esbozar una leve sonrisa.

Muy leve.

—¿Le hacía confesiones el señor Torradas? —continuó Hilario.

—No, no llegaba a ese grado de intimidad. Sabía perfectamente quién era, qué puesto ocupaba. Teníamos una relativa confianza, hasta cierto punto. Esta mal que lo diga yo, pero ese hombre me idolatraba, ¿entienden? Lo único que sé es que vivía con su hija y que era feliz.

—¿Sabía que tenía una relación?

—¿Una qué?

—Una novia.

—Algo me habló de ello. —Frunció el ceño—. Empecé a verle más contento que de costumbre, miraba más la hora, conducía más rápido para dejarme antes en casa... Cosas así. Un día le pregunté y me dijo que tenía una cita. No hizo falta más. Unos días después sí, más o menos dejó escapar que estaba enamorado. O por lo menos lo insinuó.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—¿Qué le dijo usted?

—Que después de tantos años viudo, si la cosa iba a mayores, su mujer, desde el cielo, le perdonaría.

—¿Le suena el nombre de Rosario Planas?

—No.

—Era el nombre de la novia del señor Torradas.

—¿Era?

—También la han asesinado.

Fue muy visible. La tensión, el espasmo, el tic en los ojos, el agarrotamiento de las manos, la súbita caída de los pliegues faciales, las bolsas de los ojos, las mejillas, la papada...

Visible aunque controlado.

—¿Cuándo?

—Anteayer, horas antes de que mataran a Eliseo Torradas. Y fue el mismo hombre.

—¡Dios Santo! —exhaló.

—Parece que compartían algo más que una relación.

—¿Qué podían compartir?

—Un secreto.

—¿Eliseo? Eso es absurdo. —Se precipitó en su juicio.

Hilario se dio cuenta de que, por primera vez, Fulgencio Aramburu no controlaba la situación.

La noticia de la muerte de Rosario Planas le había desarbolado.

—¿Le suena un hombre alto, con gorra, gabardina, bigote, nariz prominente, y capaz de confeccionar él mismo las balas que dispara?

—No.

—Suena bastante profesional, ¿no le parece?

—Sí, es la impresión que da. ¿Dice que se hace él mismo las balas?

—Balas muy especiales, gelatina, una sustancia líquida y poco más. Causan daño y desaparecen.

—Increíble. —Abandonó su posición, apoyado en el respaldo de la butaca, para acodarse en la mesa.

—Nos han dicho que el señor Torradas llevaba unos días preocupado, abstraído. Más o menos desde el 12 o el 13 de este mes.

El destello en los ojos fue revelador.

Tanto como la sensación de que empezaba a respirar con más dificultad.

Ernesto Quesada se movió en su asiento y una de las patas arañó el suelo.

Fulgencio Aramburu le miró con irritación.

—Yo no noté nada —respondió con voz velada—. Muchas veces trabajo. Él conduce y yo voy sentado atrás. Estos últimos días he estado bastante atareado y apenas intercambiábamos algunas palabras.

—¿Le dicen algo las iniciales SF?

Sabía que era la pregunta definitiva.

La había guardado para el final.

El dueño de la casa no se hundió, al contrario, se aferró a lo que siempre había sido: un militar de alto rango. Un general. El amigo de Franco.

Fue como si las medallas tintineasen en su pecho.

—No, nada.

—En el dietario de su chófer aparecen estas dos letras, cada martes y jueves, a las 7.

—Sería algo privado. Los martes y los jueves, a esta hora, yo voy a la iglesia. Lo necesito para mi paz espiritual. Eliseo lo aprovecharía para sus asuntos.

—Entiendo —asintió Hilario.

El general esperó una nueva pregunta que no llegó.

Los segundos transcurrieron despacio.

Y el pulso lo ganó Hilario.

—¿Dice algo más ese dietario? —preguntó Aramburu.

—No, nada. Ni direcciones ni datos.

—Claro. —Suspiró el hombre.

—¿Se encuentra bien? —Hilario hizo la pregunta adecuada en el momento oportuno.

—Sí, sí. —Contrajo la cara—. Desde que supe la noticia... Dios, ese hombre era casi como un hijo. Sé que hubiera muerto por mí, ya ven. Sigo sin poder creer lo que ha sucedido. ¿Cómo quieren que esté? Pues abatido, muy triste, descorazonado, y de pronto hasta con la salud... Me he levantado por ustedes. —Hizo un gesto con la mano, en el aire—. Perdonen.

Alargó la misma mano y de detrás del teléfono cogió una campanilla. La agitó. No transcurrieron ni cinco segundos antes de que la puerta del despacho se abriera y por ella apareciera su esposa. No la criada: su esposa.

—Querida, ¿me traes las pastillas? —le pidió su marido.

—¿Te encuentras mal? —inquirió ella con un deje de alarma.

—Fatigado, no pasa nada.

Amparo Matesanz miró a Hilario con animadversión.

—Nosotros ya nos vamos. —Fue el primero en ponerse en pie.

—Le dije que no estaba en condiciones —se lo recriminó la mujer.

—Amparo... —La detuvo la voz de su esposo.

Salió de la habitación. Como si él le hubiese dado una orden categórica. Hilario ya no quiso prolongar la tensión de la escena. Se acercó a la mesa y, con cierta solemnidad, le tendió la mano al general.

—Nosotros nos vamos. Siento haber tenido que molestarle.

Los dos hombres se la estrecharon.

Con fuerza.

Un pulso.

Hilario supo que, de haber podido, Fulgencio Aramburu le habría hecho fusilar.

21

Ni Hilario ni Ernesto Quesada hablaron hasta llegar al coche. Ocuparon sus asientos, uno de copiloto y el otro al volante, y entonces se relajaron.

Solo un poco.

—Miente, ¿verdad? —Rompió el fuego Quesada.

—Sí. Al menos en parte.

—¿En parte?

—No sabía lo de la muerte de Rosario Planas, ni nada del hombre alto con gorra y gabardina, pero es evidente que calla más de lo que dice y que no cuenta toda la verdad.

—¿Eso dónde nos deja?

—En tierra de nadie, Quesada. En un pantanal.

—Así que su intuición...

—Me da la impresión de que es peor de lo que pensaba.

—Pues sí que estamos bien. —Su compañero se hundió en el asiento—. ¿Cómo encaja entonces en todo esto Ricardo Planas y su escapada?

—Ni idea. Arranque, ¿quiere? Deben estar vigilándonos desde la casa.

Le obedeció. Puso el coche en marcha y se alejaron de allí.

Hilario conectó la radio, pero en Estados Unidos todavía era de noche. La apagó y volvió a esperar las preguntas de Quesada.

—¿Qué le dirá al comisario?

—No lo sé. Todo depende de lo intocable que sea ese hombre. Tampoco tenemos nada a lo que agarrarnos. El asesino está identificado, tenemos su descripción.

—Yo lo veo muy intocable —dijo Quesada.

—Un asesinato es un asesinato, aquí y en Lima. Y nosotros tenemos dos.

—¿Y si protege a su chófer?

—¿Un general? —Bufó con sorna—. Mire, puede que quisiera mucho a Eliseo Torradas, no lo dudo, pero esos solo se protegen a sí mismos y a lo

que defienden, aquello en lo que creen. Para los generales, los de a pie son carne de cañón, en la guerra y en la paz. Lo que de verdad me preocupa es que Aramburu, además de otras cosas, ha llegado a destilar miedo en algunos momentos.

—Pues yo le notaba una mala hostia...

—Para dominar el miedo, aunque no lo ha conseguido del todo. Un uniforme y muchas medallas nunca son suficientes, y él ni siquiera llevaba uniforme. Hoy en el fondo no era más que un anciano en bata y muy asustado.

Ernesto Quesada se detuvo en un cruce, al pie del semáforo.

—Oiga, ¿adónde vamos? No me lo ha dicho.

—A comisaría. Prefiero telefonar desde allí. Usted mientras tanto le echa un vistazo a los archivos, a ver si algún fichado se corresponde con el asesino. No creo que suene la flauta pero es mejor asegurarnos. Ah, y de paso me da la ficha de Planas.

No intercambiaron más palabras hasta llegar a su destino.

Entonces sí.

Hilario recordó algo.

—Por cierto, ¿usted es del Español?

—No —dijo Quesada—. Pero si le digo que soy del Barça...

—Muy listo.

Su compañero se encogió de hombros.

—Usted también, diciéndole que es un español atípico.

Se separaron al llegar arriba. Uno se dirigió a su mesa y otro a los archivos, para quemarse las pestañas viendo rostros, la mayoría nada agradables, porque los fichaban después de ser detenidos, no siempre limpios ni con la cara entera. Hilario oteó el panorama. Martín Peláez volvía a estar fuera. Tarde o temprano se cruzarían, o tendrían que hablar. Si volvía a darle un puñetazo, como el 30 de septiembre pasado, acabaría expulsado. Todo dependía de la chulería de Peláez y de su aguante, de si sacaba pecho tras su exoneración o prefería cerrar el tema.

Hilario se dejó caer en su silla.

No le gustaba convivir ni trabajar con un asesino.

Sacó la agenda de Eliseo Torradas y marcó el primer número, el de Mario Sesé.

—¿Dígame? —Se puso al aparato una mujer.

—¿El señor Sesé?

—No está en casa. Sigue de viaje.

—¿De viaje?

—Hace un mes, sí. Regresa dentro de una semana. ¿Quién le llama?

—Un amigo, no importa. Gracias, señora.

—¿Quiere que...?

Cortó la comunicación. Mario Sesé llevaba fuera demasiado tiempo. Desde antes del 12 de noviembre.

Segundo número.

El zumbido, al otro lado de la línea, se prolongó por espacio de tres veces. Alguien descolgó el auricular a la cuarta.

—Bar La Terraza, ¿dígame?

—¿El señor Sanromá?

—Yo mismo, ¿quién es?

No supo si seguir o colgar.

—¿Es usted el dueño del bar?

—Sí —repitió la pregunta—. ¿Quién es?

—Soy amigo del señor Torradas.

—¡Hombre, el bueno de Eliseo! ¿Qué le pasa? ¡Hace días que no viene por aquí!

—Murió ayer.

El frío se expandió de lado a lado. Con el silencio, Hilario pudo escuchar los rumores de vasos, copas y conversaciones en el bar.

—¿Qué me dice? —Reapareció la voz del hombre convertida en un susurro.

Quiso colgar, pero no le pareció oportuno ni elegante. Sostuvo una mínima conversación, le dijo que viera a Natalia y se despidió.

No dejó el teléfono en la horquilla. Lo sostuvo con la mano izquierda y con la derecha recuperó la línea. Luego discó el tercer número, el solitario de la página «F» en la agenda de Eliseo Torradas.

Solo porque «S» y «F» juntas no significaban gran cosa.

Su última pista.

—Señora Fina, ¿dígame?

Casi dio un salto.

Señora Fina.

SF.

—Buenos días. —Fue cauto.

—Buenos días, caballero, a su servicio. —La voz de la mujer era hermosa, cálida, llena de matices.

—Me han dado este número... —Vaciló Hilario.

—Un buen amigo, sin duda. —La voz aún se hizo más suave, casi evanescente—. Le aseguro que en nuestra casa encontrará, ante todo, elegancia, distinción, las más bellas señoritas y, lo más importante: discreción.

—Claro, claro. —Su mente iba a cien por hora.

SF. Señora Fina. Lo más simple y elemental.

Tan claro como el agua.

—¿Tiene algún gusto en particular, señor?

—No, no. Bueno..., soy viudo. —Reaccionó rápido.

—Oh, ya comprendo.

—Solo quiero... cariño, no sé si me entiende.

—Perfectamente, señor. Y le aseguro que sabremos complacerle. Estamos a su disposición para eso. Puedo ofrecerle a una señorita que le recuerde a su difunta esposa o, todo lo contrario, lo más opuesto a ella. ¿Me permite que le pregunte algo?

—Sí.

—¿Le ha dicho su amigo que somos una... digamos agencia de servicios de alto *standing*?

—Sí, sí.

—Nuestras señoritas son las mejores, se lo aseguro. Jóvenes y preparadas, de todas las edades.

—¿Ha dicho de todas las edades?

—Sí, caballero.

Nunca había hecho algo así. No tenía ni idea de por dónde seguir. Cerró los ojos y se concentró. Por suerte no tenía a nadie cerca.

—¿Están en un piso?

—Visitamos a domicilio y hotel. Disponemos de nuestras dependencias y, para caballeros muy exclusivos, tenemos pequeños chalés muy íntimos y alejados de miradas extrañas.

—Preferiría esto último.

—¿Quiere conocer nuestras tarifas?

—No importa. El dinero es lo de menos. La calidad se paga, ¿no?

—Muy acertado su comentario, señor. Se nota que sabe usted lo que quiere.

—¿Tienen fotos de las señoritas?

—A su disposición.

—¿Podría pasarme para verlas y concertar día y hora?

—Cuando guste.

—Mi amigo no me dio las señas.

—Si quiere tomar nota.

—Sí, adelante.

Apuntó las señas. De vuelta a la zona alta. No Pedralbes pero sí Sarriá.

¿Y ahora...?

—No quedará defraudado, se lo aseguro. Trabajamos veinticuatro horas al día, siete días a la semana, para complacerle. —La voz de la mujer ya era absolutamente melosa—. Nuestros clientes repiten siempre. Son adictos. Sé que usted será uno de ellos.

—Muy amable, gracias.

—Oh, no, al contrario. Gracias a usted. Le esperamos. Que tenga un feliz día, señor.

Dejó el auricular en la horquilla a cámara lenta.

«Los martes y los jueves, a esa hora, yo voy a la iglesia. Lo necesito para mi paz espiritual».

Cerró los ojos, pero siguió viendo a Fulgencio Aramburu, con su bata azul, con el retrato de Franco tutelando la entrevista, con los interrogantes que todo aquello abría de pronto.

¿Cuánto tardaría Pablo García en llamarle?

Hilario miró la hora. Si desaparecía de la comisaría, retrasaría lo inevitable, al menos hasta tener más respuestas.

Se levantó y fue al piso inferior, deseando hacerse invisible. Encontró a Quesada con la espalda doblada sobre un fichero mientras su mano derecha pasaba parsimoniosamente las páginas llenas de caras de delincuentes.

—Nos vamos —le alertó.

—Pero si acabo de empezar.

—No va a encontrar nada. —Se resignó—. No era más que un albur.

—¿Y adónde vamos? —Su compañero cerró el fichero y se dispuso a guardarlo.

—Lejos de aquí.

—¿Qué le pasa?

—Nuestro impoluto general iba los martes y jueves a una casa de citas selecta y discreta, para gente bien, a montárselo con prostitutas. Esa era su «paz espiritual».

A Ernesto Quesada se le desencajó la mandíbula.

—No me diga.

—Pues le digo. Andando.

—¿Tiene que ver con el caso? —Corrió para darle alcance.

—No lo sé —gruñó—. Pero desde luego el fiel Eliseo Torradas era su chófer, el que le llevaba, le esperaba y le devolvía al hogar... después de misa, o de rezar, o de lo que le dijera a su esposa que hacía en la iglesia.

—Menudo cuento.

—Este sigue siendo un país de queridas y mantenidas, Quesada. —Los dos caminaban ahora a buen paso—. Eso no lo ha cambiado ni la guerra. Cuanto más píos...

Estaban en la escalera.

Demasiado tarde.

—¡Soler!

Levantó la cabeza y vio a Marcelino Crespo asomado a la barandilla de su planta.

—¡Tengo prisa! —Intentó seguir.

—¡Pues te esperas, que te llama el comisario!

—¡Dile...!

—¡Ni hablar, sube! —Le cortó rápido.

Marcelino Crespo desapareció de su vista.

—Joder... —masculló Ernesto Quesada entre dientes.

—Eso es exactamente lo que va a hacer García. —Se rindió Hilario.

Esta vez sí: Pablo García estaba de pie, nervioso, rojo de ira, y se movía presa de su mal humor.

El peor de los síntomas.

Casi no tuvo tiempo ni de cerrar la puerta. Nada más aparecer recibió el primer viento de cólera en forma de grito:

—¡Soler, por todos los demonios, coño!

Hilario también se quedó de pie.

No dijo nada.

—¡Mierda! ¿Está loco? ¿Se puede saber qué ha hecho?

—¿A qué se refiere, señor? —Le tocó el turno.

—¿Que a qué me refiero? ¡No me tome el pelo! —Los alaridos empezaron a demudarle, alterando todo su ser—. Pero ¿a qué está jugando? ¡Ha ido a ver al general Aramburu, le ha molestado en su propia casa, con su familia, y le ha sacado de la cama para coserle a preguntas absurdas!

—¿Absurdas? —No pudo creer lo que estaba oyendo.

—¡Absurdas, sí! ¿Sabe quién es ese hombre?

—Sí, el jefe de Eliseo Torradas, el asesinado. Justamente él.

Pablo García abrió los ojos, y también los brazos.

—¿Cómo se le ocurre...?

—Tenemos un caso de doble asesinato, comisario.

—¡Han matado a un chófer y a su amante! ¡Eso es lo que tenemos! ¿No se le ha ocurrido pensar que es un asunto de celos, un ex de esa mujer, o de él? ¡El asesino está reconocido, un tipo alto, frío! ¿Cree que era el general disfrazado o qué?

—Es lo que intento averiguar si me deja. —No tuvo más remedio que hacerse fuerte.

Pablo García lo notó.

Casi pegó su nariz a la de Hilario.

—¿Si le dejo? Estamos hablando de Fulgencio Aramburu —masticó cada palabra arrojándole el aliento a la cara—. ¡El general Aramburu!

—Al que ha faltado tiempo para llamarle y quejarse de mí.

—¡Ese hombre ha sufrido una crisis nerviosa nada más irse usted!

No lo esperaba.

Y lo acusó.

—¿Una crisis?

—¡Una crisis, una crisis, una crisis, sí! —Retrocedió levantando las manos por encima de su cabeza antes de golpear su mesa y volverse airado—. ¡Llevaban juntos veintitrés años! ¡Media vida para el chófer! ¡El general le apreciaba! ¿Tanto le cuesta de entender eso? Maldita sea, Soler, ¿qué le ha dicho?

—Yo no le he dicho nada. Le he hecho unas preguntas.

—¿Le ha interrogado?

—Sí.

—¿Como a un sospechoso?

—No, a un sospechoso le apretamos las clavijas. A él le he preguntado acerca de Torradas y su relación.

—¿Y qué le ha dicho?

—Nada.

—¡Por Dios!, ¿qué esperaba que le dijese? ¡Un general y un chófer!

—¿Qué le ha dicho exactamente cuando le ha llamado para quejarse?

—¡Él no me ha llamado! ¿No le he dicho que ha sufrido una crisis? ¡Han tenido que avisar a su médico! ¡La hija del general ha telefoneado al jefe superior de policía, y él a mí! ¡Lo que estoy gritándole ahora no es nada con lo que me ha gritado no hace ni cinco minutos, mecagüen la...!

Pablo García intentó calmarse.

Fue a la ventana y miró por ella.

No lo consiguió del todo.

—¿Por qué me encargó esta investigación, señor?

Se volvió al oír la pregunta de Hilario.

En su rostro, incomprensión. En sus ojos, sorpresa.

—¿Que por qué le puse al frente?

—Sabe que soy un tocapelotas y que cuando investigo, lo hago, a fondo, sin importarme quién tenga delante.

—¿Me está provocando, Soler?

—No, no señor.

—¿Cree que después de lo de Peláez y su metedura de pata, voy a por usted?

—Si fuera a por mí ya lo habría hecho, no esperaría a un caso tan especial como este.

Jugaba con fuego, y lo sabía. Fuego del averno, capaz de abrasarle, y fuego del Paraíso, que ni siquiera calentaba. Tal vez fuera la conversación aplazada desde el momento en que denunció a Peláez y Pablo García le dijo que se olvidara, que no lo hiciera, que se guardara las espaldas.

El comisario pareció rendirse.

—Sigue siendo mi mejor hombre —reconoció.

—Sabía que iría a ver a Aramburu.

—Una cosa es ir a verle, y otra muy distinta sacarle de la cama, enfermo, para hacerle preguntas con doble intención o darle a entender que es tan sospechoso como cualquiera.

—Ninguna pregunta ha sido con doble intención, y en ningún momento le he dado a entender que fuera sospechoso. Su reacción es lo que da que pensar.

—Soler, déjelo, ¿quiere?

—¿Sigo sin molestar al general, aunque haya indicios que lo relacionan con el caso?

—¿Qué indicios? —Se alarmó García.

—Todavía son conjeturas, no puedo...

—¿Qué indicios? —remarcó cada sílaba.

—Ese hombre, el asesino, era un profesional. Él mismo se fabricó la bala que mató a Torradas. Eso no lo hace un exceloso.

—Depende del ex.

—Vamos, comisario.

—He visto el informe, sí. ¿Y qué? No se trata de un chapucillas matando a otro, sí. ¿Y qué? Hablamos de alguien con visos de pistolero o profesional,

como ha dicho, sí. ¿Y qué? —Respiró—. Aramburu sigue estando en el otro extremo de la cuerda.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—La hará igualmente. —Se cruzó de brazos.

—¿Qué pasaría si estuviese implicado?

Pablo García puso cara de dolor de estómago.

—¿Está de broma?

—Responda. Por un momento.

—¡Ese hombre hizo la Cruzada, fue un héroe de guerra, y es una leyenda del Ejército! ¡Sencillamente no-pue-de estar implicado! ¿Es que no lo entiende?

Podía hablarle de las citas de los martes y jueves, pero eso no implicaba nada. Nada salvo que Fulgencio Aramburu era humano, y muy hombre.

Como todo español.

¿Quién no tenía secretillos?

Hilario se dio por vencido.

—¿Es todo, señor?

El comisario caminó de nuevo hacia él. Se detuvo a un paso y cruzó los brazos sobre el pecho. Seguía alterado, pero menos nervioso. De pronto incluso parecía cansado.

—Encuentre a ese hombre y deje en paz al general —dijo.

Hilario resistió su mirada.

No tenía otra arma.

Aunque a veces la dignidad era lo primero que se pisoteaba.

—¿Soler?

—Sí, señor comisario. —Le dio la respuesta que quería.

Cuando salió del despacho se cruzó con Marcelino Crespo. El ayudante de Pablo García abrió la boca para decir algo pero la cerró de inmediato al verle la cara. Hilario no se detuvo hasta estar seguro de encontrarse solo.

Entonces golpeó la pared.

Con el puño cerrado.

Solo eso.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez.

No tuvo suficiente.

Lo repitió, y llegó a los veinte.

—Es un pulso y lo sabes —murmuró.

Pablo García le necesitaba, pero también sabía que era un grano en el cogote de la brigada, de toda la comisaría.

Estaba marcado.

Marcado por haber denunciado a un compañero.

Regresó a su despacho y vio que Ernesto Quesada le observaba de reojo, esperando órdenes. También vio a Martín Peláez, de pie, al otro lado, hablando con dos de los agentes de guardia.

Iban a vivir con aquella tensión.

¿Por cuánto tiempo?

Sobre la mesa encontró el informe policial de Pedro Planas. No se sentó. Lo cogió y le echó un vistazo. Todas las detenciones habían sido por estafa. Pacientes y elaborados planes para quitarle el dinero a algún ingenuo, timos, mentiras, engaños... Un infeliz.

Seguía llevando aquel plano, mapa, lo que fuera encima.

Hilario dejó la carpeta de nuevo sobre su mesa y lo llamó:

—Quesada, nos vamos.

Se reunieron en la escalera, los dos con los abrigos en la mano. Por si las paredes oían, no hablaron hasta haberse metido en el coche.

Entonces, Hilario lo hizo primero.

—No pregunte.

—Caramba...

—El general Aramburu es inocente, un gran hombre, un fiel y leal servidor de la patria. Ni tocarlo. Que mienta, tenga líos con prostitutas y hayan matado a su chófer no significa nada.

—¿Le ha contado lo de las prostitutas de lujo? —Se asustó Quesada.

—No. No estoy tan loco.

—Yo he pensado mucho en eso en este rato, y seguro que usted también a pesar de lo del comisario. —Su compañero continuó hablando al ver que no le decía nada—. El martes día 12 Torradas lleva al general a su cita. Esa noche, el chófer no duerme y a partir de ese día es otro. Si sucedió algo, fue en ese momento, en esa tarde o noche. Según me dijo usted tras ojear el

dietario con los horarios del chófer, las siguientes citas no se llevaron a cabo. Están tachadas. Pasan diez días y Torradas muere. ¿Casual?

—No olvide a Planas.

—¿Y si escapó como escapa cualquiera de estos cuando aparece la policía?

—Sabía que su hermana había muerto.

—Con más razón.

—Vamos, arranque el coche —le pidió.

Ernesto Quesada le obedeció.

—¿Habrá que ir a esa casa de citas?

—Sí.

—¿Y cree que nos dirán algo? Esa gente por fuerza ha de negarlo todo. Si son de tan alto nivel y sus clientes tan importantes, habrán de velar por su salvaguarda y honor. Es más, a lo mejor ni saben nombres. ¿Usted daría el suyo si fuera a por una señora de pago?

—Podemos cerrarles el tinglado.

—¿Está seguro de eso? Como haya un capitán general o un banquero metido ahí...

Hilario le miró con irritación.

—Quesada, no me joda, ¿quiere?

—¿Yo? —Exageró la palabra preocupado.

—Conduzca.

—No me ha dicho adónde vamos.

—A los billares Monumental.

—¿Ahora?

—¿Tiene algo mejor que hacer?

—Me refería a que si hoy tampoco comeremos en casa, siendo sábado...

Hilario puso la radio, por si en alguna emisora daban noticias de la muerte de Kennedy y la detención de su asesino. También cogió *La Vanguardia*.

Todo con tal de estar en silencio.

Los billares Monumental no estaban muy animados. Había varias mesas libres. En una debía de estarse jugando una partida disputada, o entre dos buenos jugadores, porque media docena de personas asistían a la pugna en silencio. El sonido de las bolas chocando entre sí era el único que dominaba el ambiente, a veces con fuerza y a veces con mucha suavidad. Los verdes tapetes, bajo las lámparas que concentraban la luz sobre ellos, moteaban el panorama como si de un prado sin flores se tratara.

Era el mundo cerrado de las tres bolas, las dos blancas y la roja. Carambolas de fantasía o simples, juego a tres bandas, un infinito de posibilidades.

—¿El encargado?

—Yo mismo.

Hilario le mostró la fotografía de Pedro Planas tomada allí.

—No sé...

La credencial obró el milagro.

—Sí, sí, conozco a ese. —Señaló al amigo de Planas—. Viene mucho por aquí. Es un figura. El otro, menos. Le dio por jugar una temporada, hace meses, cuando tomaron esa foto. Ahora hace bastante que no le veo.

—¿Cómo se llama el figura?

—Dioni.

—¿Dioni qué más?

—Ni idea. Le llaman Dioni, solo eso. De la mayoría de clientes habituales no sé el nombre, o no se me queda si lo oigo, pero este, llamándose Dioni..., pues sí.

—¿Y dónde podemos encontrarle?

—No sé, yo a los clientes no les...

Hilario señaló una de las mesas.

—¿Ve a ese chico?

—Sí. —El encargado sospechó por dónde iban los tiros.

—Pues se me hace que no llega a los quince años, puede que ni a los catorce, y en un sábado por la mañana tendría que estar en la escuela, ¿no cree?

—Le juro que...

—¿Dónde? —Volvió a ponerle la foto frente a la cara.

—Sé que vive cerca, pero nada más. Le oí comentar algo de la calle San Gabriel, de que desayunaba en el bar de enfrente o algo así. Eso fue en una discusión sobre el bar de la zona en el que hacían mejor las tortillas de patatas. Como mi mujer la hace muy buena, se me quedó la copla.

—Gracias. —Miró al chico que en ese instante hacía una filigrana dándole a la bola con retroceso para hacer una carambola complicada—. Y con lo que sabe este, no parece que esté aquí por primera vez.

El encargado tragó saliva.

—Le hablo de seguida —prometió.

Dejaron los billares y salieron al exterior. La calle San Gabriel quedaba cerca, a espaldas del Monumental, pero aun así se metieron en el coche, por si las moscas. Subieron por Mayor de Gracia, doblaron por Santa Eugenia y aparcaron cerca del mercado. Por suerte no era una calle muy larga, aunque había dos bares visibles uno no muy lejos del otro. En el escaparate del primero leyeron con grandes letras amarillas: *la mejor tortilla de patatas*. Delante del bar vieron tres casas bajas y ninguna tenía portería. Dos de ellas con el portal abierto.

Las inspeccionaron. En ninguno de los pocos buzones con nombre aparecía nadie llamado Dionisio.

Hilario enfiló el camino del bar.

Nada más entrar en él les golpeó el fuerte olor a tabaco mezclado con el habitual de los guisos, la parrilla o la máquina de café. Había un hombre mayor atendiendo a las mesas y una jovencita de unos dieciocho o diecinueve años en la barra. Hilario se acercó al hombre.

Odiaba sacar la placa en primer lugar, así que lo intentó una vez más sin ella, por mucho que tanto él como Quesada olieran a maderos desde lejos.

—¿Dónde encuentro a Dioni?

—¿Dioni? ¿Qué Dioni?

Se resignó y le mostró la credencial.

—¡Ah, el Dioni! —Al hombre se le hizo la luz y le vino la memoria de golpe—. Sí, ahí enfrente, la de las ventanas sin persianas.

—¿Piso?

—Eso no lo sé.

La casa de las ventanas sin persianas era una de las dos que habían inspeccionado, con el portal abierto. De los seis buzones, en cuatro había nombre y en dos no, el primero segunda y el segundo primera. Lo intentaron con el primero segunda y les abrió un hombre más abrigado de lo que lo estaría cualquiera en la calle. Llevaba hasta bufanda. Ni siquiera habló. A la pregunta respondió levantando el dedo índice y señalando arriba.

Subieron al segundo primera.

Antes de llamar se abrió la puerta contigua a la suya y apareció una mujer que los miró llena de dudas.

—¿A quién buscan? —Se interesó.

—El señor Dioni.

—Sí, ahora está en casa, es casi la hora de comer. —Pasó por su lado una vez satisfecha su curiosidad.

—Señora, ¿sabe su apellido?

—Miranda, ¿por qué?

—Muy amable, gracias.

Ella vaciló un instante, pero luego siguió su camino. Hilario pulsó el timbre de la puerta y esperó, con Ernesto Quesada detrás.

Ya tenía la dichosa placa en la mano, así que cuando se abrió la puerta extendió el brazo y se la puso por delante al hombre que apareció en el umbral.

—Buenos días —lo saludó—. ¿Dionisio Miranda?

El hombre bizqueó un poco.

—Sí, soy yo.

Hilario pasó el primero. Una vez dentro esperó. Su compañero vigilaba el rellano, por si al tal Dioni le daba por echar a correr. No hizo nada. Siguió clavado en el mismo lugar, tan sorprendido como preocupado.

—¿Está solo?

—Sí, sí señor. ¿Qué es lo que...?

—Está detenido, señor Miranda.

—¿Cómo dice? —Se le doblaron las piernas—. ¿Por qué? ¿Pero si yo no he hecho nada?

No parecía peligroso. Quesada acabó de entrar y cerró la puerta. Dionisio Miranda estaba igual que en la foto. Hilario dio tres pasos y se encontró en un comedor pequeño y con los muebles justos. El dueño de la casa fue tras él.

—Oiga, ¿qué está pasando aquí? —Se inquietó de veras.

Fue el momento en que Hilario le colocó la fotografía en la que se le veía con el hermano de Rosario Planas frente a los ojos.

—¿Conoce a este hombre?

—Sí, Pedro.

—¿Son amigos?

—Conocidos, del billar.

—Aquí parecen muy amigos.

—Porque ganamos un campeonato por parejas, en el Monumental. Sin copa ni nada, pero nos hizo ilusión.

—Así que han jugado juntos muchas veces.

—Antes, sí. —Su preocupación aumentó y dio paso a una fuerte sensación de angustia—. Perdón, pero ¿qué ha hecho? ¿Y por qué me detienen a mí?

—Usted conteste y no se preocupe. Si no está metido, no le pasará nada.

—¿Metido en qué? —Se angustió todavía más.

—Siéntese —le pidió Hilario.

—¡Ay, Dios! —El hombre le obedeció temblando.

Por detrás de él, Ernesto Quesada tuvo que reprimir un comienzo de sonrisa.

—Inspector Quesada —le castigó Hilario—, compruebe que no haya nadie más en el piso.

—¡Estoy solo! —gritó Dionisio Miranda.

Hilario se sentó delante de él.

—Tranquilo. Responda a lo que le pregunte y nos vamos.

—Sí, sí señor.

—¿Le ha visto últimamente?

—Hace... no sé, unos días.

—Precise.

El hombre hizo memoria.

—Pues... el domingo pasado, sí.

—¿En el billar?

—No, al Monumental hace bastante que no va, o al menos no a las horas que voy yo. —Confirmó lo dicho por el encargado del local—. Fue en el cine. Iba con su novia.

—¿Qué novia?

—No sé, no me dijo el nombre, pero iban del brazo, así que deduje que era su novia.

—¿Como de treinta años, arreglada, ojos oscuros, labios delgados...?

—Sí, esa.

—¿Sabe dónde podríamos encontrarle?

—En su casa, ¿no?

—Ha huido.

—No me lo puedo creer.

Reapareció Quesada.

—No hay nadie, señor inspector.

—De acuerdo. —Continuó con Dioni—. Mire, la hermana de Pedro Planas ha sido asesinada, y él, cuando nos ha visto, ha saltado por una ventana, descalzo y sin dinero.

—¿Qué me dice?

—No, usted es el que ha de decirnos. Y mejor aquí que en comisaría.

—Pero ¿qué quieren que les diga?

—Lo que sea que nos ayude a encontrarle.

—¡Es que no se me ocurre nada!

—¿De qué hablaron el domingo?

Se encerró con sus pensamientos, escapando del miedo presente para tratar de concentrarse en ellos. Fueron apenas tres o cuatro segundos de silencio.

—Estaba contento —comenzó a decir Dionisio Miranda—. La novia se fue al baño y al quedarnos solos empezó a alardear, algo muy suyo por otra parte. Siempre alardeaba de esto y aquello y lo de más allá. —Hizo un gesto de resignación—. Bajó la voz, en plan conspirador, porque es muy numerero,

y me dijo que se iba a comprar un billar, para él solo. Cuando me reí me respondió con un «ya verás, ya». Yo le pregunté dónde iba a meter un billar, y me contestó que en el salón de su nueva casa. Me guiñó un ojo así en plan... bueno, de que eso iba a misa. —Se tomó un respiro—. Ya les he dicho que era muy de soñar despierto, siempre con negocios que luego, por hache o por be, se torcían. Pero él, como si nada. Al cabo de dos días ya tenía otra quimera en la cabeza. ¿Qué quieren que les diga? No es mal tipo, o al menos a mí me caía bien. Bueno —bajó la cabeza—, mi problema es que no voy con mala intención y me cae bien todo el mundo, por eso a veces...

—¿A veces qué?

—Me toman el pelo.

—¿Le pidió dinero alguna vez?

—No, a mí no. Sabía que no tenía.

—Volvamos al domingo. ¿Le contó cómo iba a tener una nueva casa?

—Se lo pregunté y me contestó que iba a ser rico, que tenía una fortuna bien enterrada.

—¿Enterrada?

—Sí.

—¿De verdad empleó esa palabra?

—Sí, sí. Incluso señaló el suelo con un dedo mientras sonreía en plan maquiavélico.

—¿Y eso fue todo?

—No hubo más. Después de su ataque de fantasía y de esas últimas y enigmáticas palabras, regresó la novia y nos despedimos. Le dije que cuándo iba a verle por el Monumental y me contestó que ya no iba a volver, que los ricos hacían otras cosas. Volvió a guiñarme un ojo y se fue. —Se puso muy serio—. Señor inspector, ¿de verdad han matado a su hermana?

—Sí.

—¿No creerán que ha sido él?

—¿Y si lo creyéramos?

—Mire, tampoco es que seamos íntimos, se lo repito, pero jugábamos mucho al billar y eso siempre une un poco. Hablábamos, sobre todo él. ¡Huf! —Hizo un gesto con la mano—. Pedro será lo que sea, pero un asesino... ¿Y de su hermana? Anda que no le sacaba de líos y problemas. Rosario por aquí,

Rosario por allá. Más que una hermana a veces parecía su madre. O es lo que yo deduje en aquellos días.

—Estaban muy unidos.

—Sí. Pienso que lo compartían todo, y que ella le protegía.

Hilario miró a Ernesto Quesada. Su compañero ya no se movía, apoyado en la pared del comedor, a espaldas de Dionisio Miranda.

—¿Algo más que pueda decirnos?

—No.

—Haga memoria.

—Le digo que no, se lo juro.

—¿Tiene más amigos o algún lugar donde pueda ocultarse?

El hombre se encogió de hombros.

La angustia había desaparecido. La inquietud no.

—Gracias por todo. —Hilario se puso en pie.

—No van a detenerme, ¿verdad?

Casi sintió lástima por él.

—No, pero si aparece Pedro será mejor que nos llame. —Le tendió una tarjeta—. Estamos hablando de un caso de asesinato, ¿entiende?

Dionisio Miranda no pudo ni abrir la boca.

Asintió con la cabeza mientras la tarjeta temblaba en su mano.

Nada más salir a la calle, Ernesto Quesada le dijo:

—Caray, no suelo verle de poli malo.

—Este caso me está empezando a quemar. Supongo que quiero ir por la vía rápida. Y hay demasiados cabos sueltos. Lo de Aramburu ha acabado de fastidiarme.

—Yo también le doy vueltas a eso de que el general haya tenido una crisis. —Plegó los labios en una mueca de insatisfacción—. No me imagino a todo un tipo así con una crisis, aunque ya sea mayor y esté afectado.

—Culpable —matizó Hilario—. No me sea condescendiente. De afectado, nada.

—Usted con lo suyo, ¿eh?

—De alguna forma lo es, Quesada. No sé cómo, ni por qué, pero lo es. Así que vamos a movernos.

—Se nos va a caer el pelo.

—No si demostramos las cosas.

—¿Adónde vamos ahora?

—A comer.

—¿Por aquí cerca?

—Al Bajo Llobregat.

—¿Qué? —Se detuvo antes de abrir la puerta del coche—. ¿Qué hay allí? Hilario ya estaba dentro. Cuando Quesada ocupó el lugar del conductor, le pasó el plano hallado en la cartera de Pedro Planas.

—Nacional 340. Cervelló.

—Así que lo de que Planas tiene una fortuna enterrada...

—Es un albur, pero vamos a correr el riesgo. Total, no es lejos.

—¿Sabe ir? Yo no me muevo muy bien por fuera de Barcelona, como no sea en tren, y a esa zona no hay.

—Yo le guío.

La Vanguardia estaba en el asiento de atrás, dónde la había dejado antes de subir al piso de Pedro Planas. Alargó la mano, la recogió y extendió el periódico delante de sus ojos. Ernesto Quesada captó la intención.

—Le voy preguntando cuando tenga alguna duda, ¿eh?

—Sí —dijo Hilario.

Se sumergió en la lectura, primero de los textos de la portada.

Kennedy recibió un disparo en la sien derecha, cuando se dirigía a un almuerzo ofrecido por el Consejo de Ciudadanos de Dallas, en un coche descubierto, acompañado de su esposa Jacqueline, del gobernador de Texas y esposa. Eran las 18,30 (hora española). El primer mandatario recibió el balazo cuando pasaba en automóvil con toda la caravana presidencial, en el cruce de dos calles principales, situadas en el centro de la población de Dallas y en plena zona comercial de la ciudad. Al instante de sonar los disparos, la cabeza del Presidente cayó hacia atrás, quedando hundida en el respaldo del asiento que ocupaba. La señora Kennedy gritó «¡Oh, no!» y trató de sostenerlo. El gobernador del Estado de Texas, John Connally, que iba con el Presidente y su esposa en el mismo vehículo, salió del asiento al ser alcanzado por los impactos y luego se desplomó. Sufre dos graves heridas de bala en el pecho. Los disparos fueron hechos por un fusil de largo alcance y gran precisión. El Presidente, gravísimamente herido, fue conducido al hospital de Parkland. Llevado al quirófano murió después de haber recibido los Sacramentos administrados por dos sacerdotes católicos.

¿Un hombre con la cabeza volada podía ser consciente de que recibía los Sacramentos?

Bueno, después de todo Kennedy era el primer presidente católico.

Leyó otro de los artículos de la primera página.

Por ley constitucional, el vicepresidente Johnson ocupará la presidencia del país, jurando el cargo a las pocas horas. Da la coincidencia fatídica que Johnson es de Tejas también y acompañaba al Presidente en este viaje. Se dará también la no menos dramática coincidencia de que por primera vez en muchos años el Presidente de los Estados Unidos será una persona de un Estado del Sur, entendiendo como tal a un representante genuino de dichos Estados. Es un destino que nadie podía imaginar cuando, ahora hace tres años, Kennedy salió victorioso de las urnas derrotando a Nixon.

Hilario sonrió.

—¿Qué le hace gracia? —preguntó Quesada, que parecía estar más pendiente de él que de la carretera.

—En un lado han escrito Texas con «X» y en otro Tejas con «J».

—Ah.

—También sonrió porque en el periódico se habla de «coincidencias», «casualidades»...

—¿Y?

—En política no creo en ellas. Conduzca. —Evitó más preguntas.

Se puso a leer el telegrama del Generalísimo Franco.

Ruego a usted acepte el testimonio del más sentido pésame por el fallecimiento del presidente John F. Kennedy, cuyo asesinato ha llenado de dolor al pueblo español, que unánimemente condena el criminal atentado. Su desaparición supone una gran pérdida para todo el Occidente cristiano. En esta triste coyuntura, elevamos nuestras oraciones al Altísimo, reiterándole cordiales votos para toda la nación americana. Firmado: Francisco Franco Bahamonde, Jefe del Estado español.

—Señor...

—Gire a la izquierda.

—¿Y luego?

—Todo recto.

Pudo leer un poco más, hasta que Ernesto Quesada llegó a Molins de Rey. Entonces guardó el periódico. Pasaron por encima del Llobregat y rebasaron la fábrica de cemento a su derecha. La carretera entonces empezó a serpentear por los parajes boscosos más bellos del cinturón montañoso que envolvía Barcelona por el suroeste. Ya no tardaron en llegar a la primera población, Cervelló.

Hilario miró la hora.

—Vamos a comer antes, es tarde —reflexionó.

—Ya sabe que a las cinco empieza a oscurecer y a las seis es de noche.

—¿No quiere comer?

—Sí, sí.

Buscaron una fonda en la misma carretera. La encontraron. En el exterior había unos porrones gigantescos llenos de vino. El que pudiera levantar uno

con una mano, bebía gratis. Ni uno ni otro lo intentó. La señora que los atendió, arremangada y lozana, como si tuviera calor, les dijo que lo único que había era *butifarra amb mongetes*, con un catalán muy cerrado. A Quesada le brillaron los ojos.

—¿Tiene crema catalana de postre?

—Sí, guapo.

—Bien. —Se mostró satisfecho.

Hilario volvió a reír.

—¿Y ahora qué? —Se mosqueó su compañero.

—Ayer la dependienta de la panadería, hoy esta señora. Está usted que se sale, Quesada.

—Oiga, que yo no hago nada.

—Las mata callando, que es lo mejor.

Aterrizaron los platos y dejaron de hablar. Tenían hambre. Bebieron agua, por si acaso. Antes de que llegara la crema catalana, el subinspector regresó al caso.

—¿Qué espera encontrar en ese sitio?

—Ni idea —reconoció Hilario.

—¿Dinero?

—El dinero no se entierra en una montaña.

—Entonces...

—Coma.

—Sí, señor.

En el momento de pagar la cuenta, bajo un cielo súbitamente azul, Hilario examinó el mapa de Pedro Planas. Esperó a que la mujer regresara con el cambio.

—Señora, ¿hay por aquí un puente?

—Sí, más arriba, a la izquierda. Casi al final del pueblo. Si se pasan, llegan a Vallirana. Tampoco es gran cosa, no crean. Aquí lo bonito es la ermita.

—Gracias.

—¿Estaba bueno? —Ella miró a Quesada.

—Sí, sí, mucho. —Se puso un poco rojo.

Hilario se guardó la facturita. Fue el primero en levantarse. Prefirió no decir nada más. Una vez en el coche rodaron por la Nacional 340 a velocidad reducida. De todas formas, tanto la ermita como el puente estaban anunciados. Dejaron la carretera y llegaron hasta el primer punto indicado en el plano del evadido.

—El plano de Planas —musitó haciendo un chiste.

—¿Y ahora? —preguntó Quesada.

—Seguiremos a pie.

—Menos mal que no llueve.

No había llovido, pero la humedad era palpable, sobre todo en las zonas en las que no daba el sol porque los árboles impedían el paso de los rayos. Restos de barro, musgo pegado a las rocas, una sensación térmica de frío latente...

Lo primero que encontraron fue el árbol inclinado.

—Veinte pasos —refirió Hilario.

Los contaron mentalmente y al llegar al número veinte vieron a la derecha un caminito que subía por la ladera de la montaña. Lo tomaron. La siguiente indicación, las rocas, aparecieron a unos pocos metros. El sendero seguía, así que contaron quince pasos más.

—Los matorrales —le hizo ver Quesada.

Había plantas salvajes por todas partes, pero sin duda la nota del plano se refería a ellos, enormes, abigarrados. De hecho casi tapaban la prolongación del camino, que se estrechaba, medio tapado por otras matas, a la izquierda de ellos.

Subieron durante unos diez metros.

—¿No dice cuántos pasos?

—No, la siguiente indicación es «piedra».

No tardaron en verla, unos tres metros más allá. No era muy grande. La diferencia entre una roca y ella era que la roca surgía del suelo mientras que la piedra estaba asentada en él. Podían moverla empujando.

—¿Y ahora? —Quesada miró a su alrededor—. Se me está metiendo esta humedad en los huesos y ya me he enganchado en un par de zarzas. Como me rompa el pantalón... Si no fuera de día para ver dónde pisamos, estaríamos hechos un asco.

—Mire ahí —señaló Hilario.

El túmulo, o lo que fuera aquello, quedaba a unos pocos pasos. Cualquiera caminante ni se habría dado cuenta de su presencia. Y más con el paso del tiempo y la rápida crecida de las plantas salvajes. La tierra había sido removida. Removida y vuelta a poner en su sitio.

Solo que encima de algo.

—Señor.

—Sí —asintió Hilario—. Es lo que parece.

Hundieron las manos en ella. Pronto se dieron cuenta de que estaba más compactada de lo que parecía. Salvo que se dejaran las uñas, se embarraran y destrozaran los trajes y los abrigos, necesitaban algo más que sus manos para quitarla.

—Vaya al coche a ver si encuentra algo.

—Bien. —Se resignó Quesada.

Lo dejó solo. Hilario no quiso quedarse quieto. Primero contempló la tumba. No era tan larga como para contener un ser humano estirado, pero sí lo bastante ancha como para que estuviese doblado sobre sí mismo. Examinó la zona, los alrededores, apartando matorrales bajos y zarzas, sobre todo zarzas. Dos o tres aparecían cortadas o arrancadas de cuajo. Había tierra húmeda suelta, de una coloración más oscura que la de la superficie. También algunas plantas rotas, tronchadas. Ni rastro de huellas. Había llovido lo suficiente como para borrarlas.

Ernesto Quesada regresó a la carrera.

—Un poco de ejercicio va bien para entrar en calor —reconoció.

Llevaba el gato en las manos.

—¿No ha encontrado nada mejor? —Arrugó la cara Hilario.

—Me temo que no. Pero descuide, ya lo hago yo.

Su compañero hundió la punta del gato en el suelo, hizo presión y por lo menos aflojó un poco la tierra. Repitió la operación varias veces antes de que él y su superior procedieran a quitarla con las manos.

Tampoco tuvieron que trabajar demasiado.

Al menos en esa primera fase.

El dedo apareció sin más.

Un pulgar.

—Joder... —exclamó Quesada.

Hilario tuvo cuidado. Apartó despacio la tierra que rodeaba al dedo y liberó la mano. Todavía destacaba el color de las uñas, muy femeninas.

Pese a su estado, daba la impresión de ser la extremidad de alguien muy joven.

Era una mano muy pequeña, casi de una niña.

—De acuerdo. —Suspiró Hilario—. Usted siga por aquí. —Señaló la parte superior—. Yo seguiré el trayecto del brazo.

Trabajaron en silencio unos minutos, liberando cada porción de cuerpo. Hilario el brazo, hasta llegar al tronco. Ernesto Quesada la cabeza. Llevaba ya días muerta, la coloración de la piel era violácea, oscura. No se detuvieron hasta tener medio cuerpo a la vista. Ni hablaron hasta verle bien la cara.

—Tendría unos dieciséis o diecisiete años. —Le calculó Hilario—. Como mucho dieciocho.

—Y era guapa —reconoció Quesada.

Examinaron la ropa. Blusa blanca, falda plisada de color beis. Sin ropa interior. La habían vestido con más prisa que cabeza, porque sin duda la chica había estado desnuda. El jersey lo llevaba del revés y los botones de la blusa no se correspondían. No llevaba nada en las manos, ni en las muñecas, pero sí en los lóbulos de las orejas. Dos pequeños pendientes. Dos perlitas falsas de color blancuzco.

Hilario quitó un poco más de tierra, bajando más allá de la cintura de la víctima.

La falda tenía una gran mancha oscura.

—¿Sangre? —Vaciló Quesada.

Hilario apartó el extremo de la falda. La ausencia de bragas le permitió ver el sexo desgarrado de la chica, con más y más sangre mitad seca mitad húmeda por la tierra, y los cardenales en el vientre y la parte superior de los muslos. Por allí ya reinaban los gusanos, dándose el festín.

Ernesto Quesada tuvo que reprimir una arcada.

—¿Violación? —preguntó.

—Podría ser, pero no creo. —Volvió a examinarle las manos, las uñas—. No tiene ninguna rota, ni parece haber signos de defensa.

—¿Quién puede ser?

Escarbaron un poco más de tierra sin encontrar nada.

La mente de Hilario trabajaba de prisa.

Hacía más y más frío, más y más humedad. Anochecería en menos de una hora, y antes se iría la luz diurna poblando de sombras y penumbra el bosque.

—Volvamos a cubrirla —dijo Hilario.

—¿Qué?

—Ya no le importará.

—¿No damos aviso para que vengan a levantar el cadáver?

—No. —Sostuvo la incredulidad de su compañero—. Ella habría querido que cogiéramos a su asesino. Y es lo que vamos a hacer. —Movi6 el primer trozo de tierra con ambas manos, sepultándole el rostro de nuevo—. No creo que le importe pasarse un día más enterrada aquí. Ya no.

—¿Un as en la manga, señor?

—Llámelo así. Yo prefiero decir que esto será una patada en los huevos del cabrón que la mató. Y de paso, nuestra salvaguarda.

La enterraron de nuevo, más rápido de lo que la habían desenterrado. Después se pusieron de pie sobre la tumba y compactaron la tierra. Al terminar iniciaron el camino de regreso al coche. Llevaban ya los pies embarrados, la parte baja de los pantalones manchada y lo mismo la del abrigo. Cuando llegaron al coche buscaron un trapo con el que limpiarse las manos.

El silencio era opresivo.

—Pobre chica. —Lo rompió Quesada.

—Uno no se acostumbra, ¿verdad? —Se solidarizó él.

—A la muerte sí, a esto no.

—Cuanto más joven es la víctima, peor, lo sé.

—¿En qué piensa?

—Vamos, hombre. No creo que le cueste mucho sumar dos y dos.

—No, no señor. —Su compañero bajó la cabeza.

Seguía con las manos muy sucias.

—Busquemos una fuente para lavarnos —sugirió Hilario—. Si su mujer le ve llegar a casa con esta pinta se va a enfadar.

—¿Y la suya no?

—Llevo más años casado. Está acostumbrada.

Ernesto Quesada colocó el trapo sobre el volante del coche. Lo puso en marcha y de regreso a la carretera buscaron la fuente. Tuvieron que salir de ella tras preguntar a un hombre tocado con un grueso fajín negro, alpargatas y barretina que parecía salido de una postal de comienzos de siglo. Les dijo dónde encontrarla sin dejar de observarles las manos sucias tanto como los ojos. Bajaron a una especie de páramo arbolado donde todavía jugaban unos niños y consiguieron su propósito.

Ya con las manos limpias, y de nuevo en el automóvil, Hilario se atrevió a coger el micrófono de la radio del coche y conectar con la central.

—¿Coche nueve?

—Inspector Soler —dijo—. Póngame con quien esté de guardia en autopsias.

—Sí, señor.

Esperaron un minuto. Rodaban ya por la Nacional 340 en dirección a Molins de Rey. El temprano atardecer otoñal era triste, con el cielo rojizo por las nubes que estratificaban los rayos del último sol. La voz de un hombre ocupó la señal de la radio.

—Sagués, diga —se anunció.

—Soy Hilario Soler. Necesito que me diga algo de la autopsia de Eliseo Torradas.

—Voy a por la copia del expediente, un momento.

Otro minuto. Llegaban a la fábrica de cemento antes de cruzar por encima del Llobregat.

—¿Soler?

—Por favor, mire si en las piernas del muerto había marcas, pequeñas rascadas.

—Un momento...

Ernesto Quesada dejó el entrecejo convertido en apenas una línea al lanzarle una de sus habituales miradas de soslayo.

—Hace un rato usted mismo lo ha dicho —le recordó Hilario—. Cuando subíamos por ese sendero...

—Que si no fuera de día para ver por dónde pisábamos, ya estaríamos hechos un asco a causa de las zarzas —asintió.

Por tercera vez reapareció la voz del hombre que estaba de guardia en el departamento del último adiós.

—Sí, tiene algunas pequeñas rascadas, en los tobillos sobre todo, pero viejas, de varios días. La mayoría ya ni se ven, salvo un par que fueron más profundas y llegaron a sangrar haciendo costra después. Debía llevar calcetines no muy gruesos y, desde luego, se metió en un zarzal de los buenos.

Desde el hallazgo del cadáver de la chica, Hilario no hablaba. Estaba serio. Quesada optó por no abrir la boca.

Tuvo que hacerlo al llegar a Barcelona.

—¿Vamos a comisaría? —Le echó un vistazo al reloj.

Su superior tardó en responder.

Como si no le hubiera oído.

Volvió a coger la radio del coche y se repitió la operación de antes. Le tocó el turno a otro departamento.

—Soy Soler, ¿con quién hablo?

—Matías. Hola, Hilario.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Pero ¿tú has visto la hora que es?

—Solo mirar una cosa.

—Que te conozco, Hilario.

—No me seas gandul, va.

—¿Gandul yo? La madre que te parió... ¿Qué quieres?

—Mira si denunciaron la desaparición de una mujer, joven, de entre dieciséis y dieciocho años, hará cosa de diez días.

—¿Diez días?

—Entre el 12 y el 13 o 14 de noviembre, sí.

—Me vas a hacer revolver expedientes y...

—Que tampoco es tan complicado, Mati, va.

—¡Míralo él, todo el día dando paseítos con el coche, y si necesitas algo, hala, una llamadita y el departamento a ponerse en marcha porque el señor lo pide!

—¿Vas a hacerlo o no?

—Que sí, que ya lo miro, pesado. ¿Estás solo?

—Con Quesada.

—¿Hola, Quesada! ¿Cómo lo llevas con el fiero al lado?

—Bien, bien. —El aludido elevó la voz.

Tras eso, un pequeño lapsus de silencio.

Muy breve.

Primero lo rompió Hilario.

—Para por aquí, no sea que tengamos que ir por el otro lado.

Luego el hombre de comisaría.

—El 13 por la tarde, sí. Mireia Buscató Ruiz. Dieciocho cumplidos en septiembre.

—¿Quién hizo la denuncia?

—Su madre.

—¿Dirección?

—Apunta, Sherlock.

Lo anotó en un papel, muy rápido, aunque tampoco habría sido necesario. Sin que le dijera nada, Ernesto Quesada desapareció del arcén y tomó el rumbo que acababa de escuchar, relativamente cerca de donde estaban, por la zona del Paralelo.

—Gracias, Matías —se despidió Hilario.

Ninguna pregunta. Nada. Cada cual con su trabajo. Los nombres de las víctimas no eran más que eso: nombres. A ellos les interesaban más los de los responsables. Su trabajo era detenerlos y encerrarlos.

—A por ellos, tigre. —Cortó la comunicación el hombre.

No fue un trayecto largo, sobre todo porque nada más cortar la señal de la radio Quesada conectó la sirena y se abrieron paso por entre las calles ya relativamente pobladas en la noche del sábado. Gentes que paseaban, gentes que iban al cine, gentes que regresaban a sus casas, gentes que no eran como ellos.

Gentes normales en un mundo en el que las chicas de dieciocho años morían reventadas.

Cuando lo leían en los periódicos, se escandalizaban.

Y despertaban por unos momentos antes de seguir con sus vidas.

Ernesto Quesada detuvo el coche sobre la acera, a pocos metros de un guardia urbano que, al ver su maniobra, se les acercó rápido. A Hilario le bastó con enseñar su credencial para que casi se le cuadrara.

Sin decir palabra entraron en el edificio. No había nadie en la portería, aunque estaba abierta y con la luz encendida. Subieron a pie al primer piso. Tras la llamada, un timbre viejo y ruidoso, les abrió la puerta una mujer de unos cuarenta y uno o cuarenta y dos años, muy desmejorada y ojerosa, como si llevase días y días llorando sin dormir. Nada más verlos se llevó una mano a la boca.

—¿La han encontrado? —gimió.

—No, no señora —dijo Hilario.

Ernesto Quesada tragó saliva.

—Ha de estar muerta. —La mujer empezó a llorar—. Ella nunca se iría a ninguna parte sin decirnos nada. Le ha pasado algo, seguro, seguro... Dios mío...

—Señora, ¿podemos pasar? Hemos de hacerle unas preguntas.

—Claro, claro. —Se apartó de la puerta sin dejar de llorar y una vez cerrada les precedió por el pasillo—. Yo... creía que ni la estaban buscando. Nadie me... me ha dicho nada en todos estos... días... En comisaría me dijeron que los jóvenes son así, que las chicas se escapaban con los novios... Qué se yo. —Se hundió más y más en el abismo de su dolor—. Según ellos, regresaría en dos o tres días. Es lo que me dijo ese policía. Dos o tres días... y ya van diez... ¡Oh, Dios, Dios...!

La mujer se dejó caer en una butaca desvencijada. La casa era humilde, sin el menor alarde. Hilario tomó asiento frente a ella, en la otra butaca. Ernesto Quesada lo hizo en una silla.

Seguía pálido, impresionado.

Hilario se controlaba.

—Señora...

—Sí, sí, perdone, es que al verlos... ¿Saben lo que es estar así tantos días, sin saber nada, si está bien o si...? —Se pasó un pañuelo muy mojado por la nariz—. ¿Qué quieren saber?

—¿Tiene más hijos?

—Dos niños, de catorce y once años. Están con su abuela porque aquí no...

—¿Su marido?

—Enfermo, en el hospital. ¿No entienden que eso le está matando? Yo me iba dentro de un rato a verle, aunque esta noche se quedará su hermana con él.

—Queremos saber algunas cosas de Mireia.

—Las que quieran. —Respiró con fuerza, como si llevase minutos sin aire en los pulmones.

—Ante todo, ¿puede darnos una foto suya?

—Tenía aquí una, reciente. —Señaló un portarretratos vacío—. Me la pidió la policía. Espero que me la devuelvan, porque estaba muy guapa. Ella es... preciosa, ¿saben? Un ángel. Todo el mundo lo dice: un ángel.

—¿Alguna otra foto?

—Tengo una de hace un año, de la boda de su prima María.

—Por favor.

La madre de Mireia Buscató se levantó y arrastró los pies fuera del comedor. Hilario miró a Ernesto Quesada, como si temiera que él dijera algo en su ausencia. Su compañero no abrió la boca. Bastaba con sus ojos extraviados.

La imagen de la chica muerta estaba allí, entre los dos, en sus cabezas.

La mujer regresaba.

—Mireia es la del medio. —Le entregó la instantánea.

Hilario vio a la chica como era en vida, alegre, sonriente, feliz, y desde luego guapa, mucho. Podía tener diecisiete años en aquella imagen de un año antes, pero maquillada y arreglada para una boda, ya parecía una mujer, cabello abundante y negro, cuerpo esbelto, ojos rasgados, nariz recta, labios sensuales.

Porque Mireia Buscató Ruiz destilaba eso: sensualidad.

Cualquier chico podía perder la cabeza por ella.

En la fotografía había algo más.

Sus pendientes.

Dos pequeñas perlitas.

Por si le quedase alguna duda, dado el deterioro del cadáver.

—¿Qué ropa llevaba cuando desapareció?

—Una blusa blanca, falda de color beis, un jersey y su abrigo.

Del abrigo, ni rastro, o quizás estuviese en la base del cuerpo enterrado, a modo de mortaja. El resto coincidía. Salvo por la ausencia de ropa interior.

—¿Sabe qué hizo su hija ese día?

—Lo normal. Levantarse tarde, porque también se acuesta tarde, comer y marcharse a trabajar a eso de las cinco.

—¿En qué trabaja?

—En un restaurante muy selecto, el Camarga. ¿Sabe dónde está?

—Sí.

—Ella entra a las seis y termina pasada la media noche.

—¿Duerme siempre en casa?

—A veces no. Hay cenas especiales, o bodas de esas que acaban a las tantas, y se queda en la de su amiga Maite, que les cae más cerca a las dos. Vivimos demasiado lejos de ese sitio.

—¿Maite también trabaja en el Camarga?

—Sí.

—¿Sabe el apellido?

—Maite Pi.

—¿Puede darnos sus señas?

—Claro. Las sé porque fui a verla al desaparecer Mireia.

Hilario anotó la dirección en el mismo papel.

—¿Antes no sabía esas señas?

—No, no conocía a Maite. Solo de oír hablar a Mireia. Fue ella la que consiguió el trabajo en el restaurante. Por suerte mi hija la tenía apuntada en su libreta de teléfonos.

—¿Qué le dijo Maite?

—Que esa noche ella se fue como siempre, sobre las doce y cuarto.

—¿Y estaba bien?

—Según Maite, sí. Por eso es absurdo que se fuera. ¿Cómo? ¿Por qué? Ni siquiera salía con nadie. Me lo habría dicho.

—Imagino que su hija debe de ganar un buen sueldo.

—Sí, señor. —Flotó un pequeño deje de orgullo en su voz—. Es muy buena, y lista. Gracias a ella hemos salido adelante y sus hermanos pueden ir a un colegio de pago. Se ha sacrificado tanto por todos nosotros, con su padre enfermo, las privaciones que hemos sufrido...

—¿Trabaja todos los días?

—No siempre, pero casi. Cuatro o cinco días a la semana sí. Por lo visto, aunque sea el Camarga, no todas las noches llenan o hay tantas reservas. Entonces, como Mireia ha sido la última en llegar, pues... bueno, que no la necesitan.

—¿Eso no le parece raro?

—¿Raro? —Se extrañó por la pregunta—. No, ¿por qué?

Hilario volvió a mirar la fotografía.

Sin quererlo, pensó en Montserrat.

Eso le dolió.

La suerte, o el destino, o las dos cosas a la vez, elegían a sus víctimas.

—Su hija es realmente una belleza.

—Mucho. —Se sintió orgullosa.

—¿Novios?

—¡Huy, todos los chicos del barrio le van detrás, y antes, los de la escuela! Desde que cumplió los doce o trece ha sido igual. Una vez hasta probó para hacer un papelito en una película. Escogieron a otra, pero llegó hasta casi el final. Ella sueña con ser actriz. Tiene mucho talento. Yo siempre le digo que no corra, que es muy joven, que no se equivoque.

—Pero ¿ahora salía con alguien?

—No, no, con nadie, ya le digo. Me lo habría contado. Incluso los rehuía, porque aquí ha llamado más de uno preguntando por ella. —Hablaba ya sin llorar, incluso con alguna que otra sonrisa aflorando en su rostro al pregonar las excelencias de su pequeño tesoro, como haría cualquier madre—. No creo que quiera liarse tan pronto, y más con sus sueños. Mireia es lista. Desde que entró en el Camarga ha estado ahorrando para el futuro, estudiar arte dramático o irse al extranjero. A Nueva York, ya ve. Siempre Nueva York.

Hilario sintió como si desde la tumba de Cervelló, Mireia gritase.

De pronto quiso estar lejos de allí, sin poder resistir más el peso de su secreto.

—¿Se le ocurre algo más que pueda servirnos de ayuda, señora?

Ella recuperó su estado inicial.

Un muñón dolorido.

—No —reconoció—. Lo siento.

Hora de marcharse. Los dos se incorporaron. La mujer lo hizo a continuación.

Inesperadamente cogió a Hilario por las manos.

Se aferró a él.

—La encontrarán, ¿verdad? —Le apremió con una mirada encendida—. La encontrarán y me la devolverán, ¿no es cierto? —Volvió a llorar aunque se mordió el labio inferior para tratar de evitarlo—. Prométamelo, señor, por favor, prométamelo...

Ya la habían encontrado.

Esa era la cuestión.

—Haremos... lo posible. —Mintió Hilario con las escasas fuerzas que le quedaban.

Ernesto Quesada estaba pálido. Hilario enfadado.

Rabioso.

—Qué mal lo he pasado —reconoció el primero.

Hilario se miró las puntas de los zapatos mientras caminaba. No podía tener la cabeza más baja, ni más hundida sobre el pecho. Los zapatos seguían sucios de barro. Su aspecto general era desastroso.

Pero más el anímico.

—Pobre mujer, cuando sepa... —Volvió a expresar sus sentimientos Quesada, aunque se quedara a medias.

De vuelta al coche. Hilario se hundió en el asiento. Su compañero se aferró al volante, como si abrazara algo sólido que no le dejara naufragar. De hecho no estaban solos. El cadáver de Mireia Buscató flotaba entre los dos, inundaba sus mentes.

Dieciocho años rotos.

Más allá del hecho de que vendiera su cuerpo.

Dieciocho años rotos.

—¿Quiere hablar de ello, señor? —preguntó Quesada.

Hilario negó con la cabeza.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos al Camarga solo para estar seguros? —insistió el subinspector.

—No hace falta. Los dos sabemos que ninguna de esas chicas trabaja ahí.

—¿Entonces?

—A casa de Maite Pi.

—¿Ahora, está seguro?

—Sí, Quesada. Estoy seguro: ahora. Cuanto antes resolvamos esto antes podremos dormir por la noche sin tener demasiadas pesadillas.

Ernesto Quesada ya no dijo nada. Se orientó y circuló por la ciudad lo más rápido que pudo sin necesidad de estridencias, con la sirena muda. Fue

un trayecto largo, pesado. Los gritos del silencio eran más ensordecedores que los gritos de las voces que poblaban sus mentes. La ciudad se abocaba a un feliz sábado noche. Una isla. Todos los sábados noche lo eran. Y los domingos. Los problemas se aparcaban o se olvidaban, se metían en el cuarto oscuro de la vida. El lunes reaparecían, solos, sin necesidad de que se les abriera la puerta.

La amiga de Mireia no vivía en una casa mejor. De barrio a barrio. La mujer que apareció ante ellos tampoco era muy distinta a la madre de la muchacha asesinada. La única diferencia era que ella no lloraba por su pequeña, tenía un rostro afable y unos ojos luminosos. Parecía estar preparando la cena, por el mandil con el que se cubría y el olor que fluía del interior del piso.

—¿Señora Pi?

—Sí, yo misma. —Mantuvo la sonrisa pero la aderezó con una evidente dosis de sorpresa.

—Inspectores Soler y Quesada —se presentó Hilario repitiendo por enésima vez a lo largo del día, y de todos los días de su vida, el acto de mostrar su credencial—. Estamos investigando la desaparición de Mireia Buscató.

—¡Oh, sí, pobre chica! —El rostro se le transmutó—. Después de tantos días...

—¿Está su hija en casa?

—No, está en el trabajo.

—¿Restaurante Camarga?

—Sí.

—Si fuéramos a verla...

—¡Huy, mejor no! —Se inquietó—. Es un lugar muy fino. No creo que la dejasen hablar con ustedes en plena hora de las cenas. Incluso podrían reprenderla.

—¿Usted ha ido alguna vez a verla allí?

—No, me lo tiene prohibido. El trabajo es sagrado.

—¿Conoce a la madre de Mireia?

—Vino aquí cuando ella desapareció, muy azorada y nerviosa. Era la primera vez que la veía. Pobre mujer, estaba destrozada, apenas si podía

hablar. Y mi Maite lo mismo. No paró de llorar, insistiendo en que Mireia se había ido como siempre, de regreso a casa al terminar en el Camarga.

—¿Cuando tienen mucho trabajo y salen tarde, se quedan a dormir una en casa de otra?

—Maite duerme en casa de Mireia, sí. Les va mejor.

—Nunca ha dormido aquí.

—No, no, siempre lo hace Maite allí, por comodidad. —De pronto miró hacia atrás y se agitó nerviosa—. ¡Ay, perdonen! ¿Me permiten un segundo? Es que tengo la sopa en el fuego y...

Desapareció a la carrera, repiqueteando sus zapatillas de estar por casa en el terrazo del suelo, y se quedaron solos en el recibidor. Ernesto Quesada seguía meditabundo. Se apoyó en el marco de la puerta. Hilario observó las fotografías de una mesita ratona, adosada a la pared, en la que había unas llaves y dos velas a medio consumir.

Los pasos de la mujer resonaron de vuelta al recibidor.

—Ya está, perdonen —repitió sus excusas—. ¿No quieren pasar?

—No es necesario, señora, gracias. Solo son dos o tres preguntas más.

—¿O sea que la están buscando?

—Sí.

—Claro, esa muchacha no iba a irse sin más. Algo le ha pasado, eso seguro. Maite dice que no tiene novio, pero vaya usted a saber. Los hijos siempre ocultan cosas a los padres, defienden su vida y su intimidad, y a veces no se dan cuenta de que meten la pata, por inexperiencia. ¿Ustedes tienen hijos?

—Yo dos, sí. ¿Algún policía la ha interrogado por la desaparición de Mireia?

—No, qué va. Su madre me comentó que al presentar la denuncia le dijeron que ya volvería ella sola, que a los dieciocho años esas cosas son normales, y hasta se dan casos de chicas más jovencitas. Me alegro de que ahora se lo tomen en serio, porque lo de Mireia no es normal.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Diecinueve.

—Maite fue la que recomendó a Mireia para trabajar en el Camarga.

—Eso creo.

No había mucho más por dónde investigar. Una madre. Solo eso. Una mujer inocente que creía en su hija. Una mujer feliz con lo suyo.

—Tendremos que volver mañana —dijo Hilario.

—¿Le digo algo a Maite? Es que cuando ella llega yo ya estoy dormida, y mañana seguro que dormiré hasta tarde.

—No hace falta que le diga nada. Mejor no la inquiete. Como puede imaginarse, esto es pura rutina, aunque debemos seguir el procedimiento para reconstruir los pasos de Mireia aquella noche y buscarla.

—Sí, lo imagino.

—Ha sido muy amable.

—A su servicio.

Le dio la mano él. Quesada ya estaba en el rellano. De regreso al coche reapareció el silencio. Tenían un rumbo pero sus pasos parecían perdidos. De pronto les costaba hablar.

A pesar de lo cual lo hizo su compañero.

Justo al poner el motor en marcha.

—Señor...

—Ahora no, Quesada. —Intentó detenerle—. Mañana volveremos. Luego ya se verá.

—Pero es obvio que lo hizo él, inspector.

—Mañana —le repitió despacio—. Por favor. Lo único que le pido es que me lleve a casa.

Cerró los ojos.

Y no los abrió hasta dos o tres minutos después, cuando llevó su mano hasta la radio del coche y la conectó.

No tuvo que mover el dial.

Hablaban del asesinato de John Fitzgerald Kennedy.

—... y las primeras palabras del presunto asesino, Lee Harvey Oswald, al ser detenido por la policía, fueron: «Bueno, todo ha terminado por ahora». Palabras que no hacen sino verter más incertidumbres y misterios en torno a las motivaciones que pudo tener ese hombre de veinticuatro años para matar a su presidente. Lo poco que ha trascendido por ahora de la figura de Oswald, antes de que sea interrogado en profundidad, es que es presidente del Fair Play for Cuba Committe, una entidad de apoyo a la revolución cubana y a su

régimen, y que recientemente visitó Moscú, pues que está casado con una mujer de origen ruso. —El locutor hizo una pausa—. Mientras la policía investiga todo lo concerniente a este dramático suceso que ha convulsionado al mundo libre, y se espera con mucha atención lo que pueda contar Lee Harvey Oswald en el interrogatorio que le será practicado mañana, se ha dado a conocer ya el horario de las exequias del presidente Kennedy, que tendrán lugar en Washington pasado mañana, día 25. Se espera que entre hoy y mañana lleguen a la capital federal del país las personalidades, reyes, primeros ministros y demás dignatarios que asistirán a dichas honras fúnebres. —La segunda pausa fue más larga—. Si el hombre que mató a Kennedy actuó en solitario, como parece, nos enfrentamos a un giro de la historia que va a cambiar lo que...

Hilario dejó de escuchar la radio.

Ya no era más que una voz hablando, haciendo conjeturas, insistiendo en la alternativa del loco solitario.

Nunca había conspiraciones.

Nunca.

Era tan fácil que un simple hombre asesinara a otro, por mucho que este fuese el presidente del país más poderoso del mundo.

Ernesto Quesada detuvo el coche, pero Hilario ni se dio cuenta.

—Señor.

—¿Sí?

—Hemos llegado.

Miró por la ventanilla. Su casa. Su isla. Puso una mano en el tirador de la puerta y consiguió abrirla.

—Recójame mañana temprano —le pidió a su compañero.

—¿Las nueve?

¿Mejor antes?

—Las nueve, sí. —Se rindió a la evidencia de que era mejor estar descansado para lo que se le avecinaba.

—Buenas noches.

Bajó del coche y entró en el portal de su casa. Por suerte no vio a nadie hasta llegar al rellano. Montserrat acababa de cerrar la puerta del piso.

Nada más verle silbó.

—¿Vienes de la guerra?

—Ahora se llaman conflictos armados, o diferencias de criterio con base bélica. Y si estudiaras más sabrías que a eso se le conoce como eufemismo.

—Papá, ya lo sé.

—Vale, entonces ven.

La atrapó entre sus brazos, la estrechó con fuerza y le estampilló un sonoro beso en la mejilla.

Montserrat logró separarse a duras penas.

—¿Qué te pasa? —Se inquietó mirándole preocupada.

—¿No puedo abrazar a mi hija y darle un beso al llegar a casa?

—Es que hay abrazos y abrazos, y besos y besos, y este abrazo me ha cortado el aliento y el beso casi me taladra la mejilla.

—No te quejes.

—No me quejo.

—¿Adónde vas?

—A comprar una cosa y vuelvo, pero luego he quedado para ir al cine con Mónica y con Ángeles. ¿Tú qué, un mal día? —Se fijó en los zapatos y los bajos de los pantalones.

—De los peores.

—Cuesta pillar a los malos, ¿eh? —Sonrió ella con malicia.

—No lo sabes tú bien.

—Ahora vuelvo. —Comenzó a trotar por la escalera—. ¡Dile a mamá que está guapa, que ha ido a la peluquería y siempre que se corta el pelo se deprime!

Lo primero que hizo al abrir la puerta, fue intentar dejar el cadáver de Mireia en el rellano, no entrar en el piso con él.

Sabía que era difícil.

Cerró los ojos y al abrirlos vio a Roser.

Eso fue decisivo.

—Hola, cariño —dijo aliviado—. Qué guapa te han dejado hoy.

La desarmó.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué?

—¿No me han cortado demasiado?

—A mí me gusta.

—Sí, ya es raro que lo hayas notado, ya, porque la última vez... —Se empeñó en contrariarse—. Eso quiere decir que se han pasado. Debo de parecer...

—Estás guapa —se lo repitió.

—¿De dónde vienes? —Roser reparó en la suciedad de los zapatos y los pantalones.

Hasta en los bajos del abrigo había salpicaduras de tierra húmeda.

—No preguntes.

—Quítate los zapatos aquí, no vayas a llenarme de barro el piso. ¡Por Dios, Hilario! ¿Es que todo has de hacerlo tú?

¿Desenterrar cadáveres de chicas?

—Quesada estaba peor.

—Pues menos mal.

Se quitó el abrigo y los zapatos. Luego se dirigió a la habitación e hizo lo mismo con los pantalones y el resto del traje. Se puso ropa limpia y cómoda, aunque fuese para estar por casa. No había terminado cuando Roser reapareció ante él.

—Has llegado temprano, ¿vamos al cine?

—Me gustaría. —Suspiró con demasiado pesar.

—Ya veo. Tienes trabajo. —Se resignó ella.

—No es trabajo, es cansancio.

—A mí el cine me relaja y me despeja la cabeza.

—Porque te metes en la película y dejas este mundo. Ojalá pudiera yo.

—Yo es que quería lucir corte de pelo.

—Creía que no te gustaba.

—Si te gusta a ti...

—A mí me gustas tú, ya lo sabes. Y me gustarías igual si fueses calva.

—¡Ay, calla! —Se cruzó de brazos—. Así que, ¿cenamos aquí tranquilos?

—Si no te importa.

—Pero mañana vamos al cine.

—Ojalá.

—¡Hilario, que es domingo!

—¿Crees que no lo sé, que me gusta tener que perseguir a la gente en domingo y no salir contigo?

—Un día de estos llamo a tu comisario y te juro que me oye.

Se lo imaginó.

Una buena pelea.

—¿Está Ignacio?

—Estudiando, sí, en su habitación. No sé qué le has dicho esta mañana pero está de un suave y responsable...

—Voy a verle. Luego he de preparar un informe.

—Tú y tus informes. ¡Venga papeleo, hala! ¿Alguien los lee en tu comisaría?

—Ya me gustaría que fuese mía.

Pasó por su lado y se dirigió a la habitación de Ignacio. Llamó a la puerta con los nudillos y cuando recibió la orden metió la cabeza por el quicio. Su hijo estaba frente a la mesa, con un libro abierto.

—¿Puedo?

—Hola, papá.

No se anduvo por las ramas. Fue directo a su yugular.

—¿Qué tal el examen?

—Regular. —Ignacio puso cara de circunstancias.

—¿Un cero?

—Un cuatro.

—Eso es mejor que un cero. —Intentó ser positivo.

—La verdad es que sí.

—¿Es recuperable?

—Claro. Con un seis en el próximo ya tengo un cinco de promedio.

—Y con un siete aún mejor. Y no digamos un ocho.

—Sí.

No parecía muy convencido.

—¿Le has contado al profesor de Física y Química tus progresos en la ebullición del mercurio para dispararlo en un termómetro?

Ignacio se puso rojo.

Hilario se acercó a él, le pasó un brazo por los hombros y le besó la cabeza.

—¿Sales esta noche?

—No sé. ¿Puedo? —Le tanteó el chico.

—No estás castigado.

—Gracias.

—Pero no me mientas nunca más, ni trates de engañarme.

—Tengo un padre poli. —Se atrevió a sonreír.

—Tienes un padre —le rectificó Hilario—. Tú aún no sabes lo que es ser mayor, pero yo sí sé lo que es tener tu edad.

—¿Así que tú también...?

—No. —Le dejó con la palabra en la boca—. Yo no. De entrada porque ya sabes que no tuve padre.

Cerró la puerta y buscó la paz y el silencio de su estudio. Una vez dentro se sentó frente a su mesa de despacho y en un papel empezó a escribir los nombres de todos los implicados en el caso que había empezado con el asesinato de Eliseo Torradas.

Un muerto, dos muertos, tres muertos.

Un lío espantoso, un asesino suelto y un culpable claro.

Las preguntas seguían siendo muchas.

Pero los cabos empezaban a atarse.

—Eras un perro fiel, ¿verdad, Eliseo? —rezongó en voz alta—. Te encargaste de enterrar a esa chica, siempre devoto de tu general, y aun así, te sentiste culpable. Peor que eso. Te sentiste mal. Tu idolatrado jefe era una bestia. Se lo contaste a tu novia, ¿a quién si no? Y ella lo compartió con su hermano. —Soltó un bufido de sarcasmo—. Malditos idiotas. ¿Con quién creíais que os la estabais jugando?

Si no encontraba a Pedro Planas, si no daba con el hombre de la gabardina y la gorra, era como si no tuviese nada.

Nada salvo el cuerpo de Mireia Buscató.

Nada salvo que detuvieran a la señora Fina y ella diese nombres.

Algo muy difícil.

En el mundo de la prostitución todo era secreto, nombres falsos, mucha discreción.

Escuchó la voz de la mujer en su cabeza:

«Visitamos a domicilio y hotel. Disponemos de nuestras dependencias y, para caballeros muy exclusivos, tenemos pequeños chalés muy íntimos y alejados de miradas extrañas».

Pequeños chalés muy íntimos, y alejados de miradas extrañas.

Caballeros exclusivos.

«Señoritas de todas las edades».

Jóvenes.

Muy jóvenes.

Algunas casi niñas.

No había podido dejar el cadáver de Mireia Buscató en el rellano. Lo llevaba encima, metido en la cabeza. Un cadáver al que ya devoraban los gusanos.

Salió del estudio y caminó hasta el comedor. Abrió la ventana y respiró el aire frío de la noche. Se ahogaba. El fuego le abrasaba por dentro. Llegó a sacar medio cuerpo fuera, en un intento de fundirse con el espacio exterior.

Le sorprendió el grito de Roser.

—¿Qué haces con la ventana abierta? ¡Se va a enfriar el comedor, Hilario!

La cerró, pero no pudo enfrentarse a ella.

Sonó el teléfono.

—Si es mi madre, dile que hoy llegaré tarde, que estoy muy liado —la previno.

Roser descolgó el auricular.

Puso cara de resignación.

—Hola señora Montse.

Hilario regresó a su despacho. De camino continuó oyendo a su mujer:

—No, qué va, me ha llamado hace un rato para decirme que hoy llegaría muy tarde, que me acostara. En sábado, sí, ya ve. Vamos, vamos, no se queje, que tiene un hijo importante y lo sabe, mujer.

Cerró la puerta y volvió a sentirse solo.

—Mierda. —Sintió el peso de la angustia.

No se sentó en la silla. Volvió a mirar aquel listado de nombres unidos entre sí: Eliseo Torradas, Rosario Planas, Pedro Planas, Fulgencio Aramburu, Mireia Buscató, Maite Pi, Natalia Torradas, Jorge Miró, Críspulo Santiago, Amparo Matesanz, Sebastián y Adelina Aramburu, la señora Fina, Asunción Rocamora, Dionisio Miranda, Engracia Sanz...

Más el hombre sin nombre, el asesino directo de los dos primeros.

La puerta volvió a abrirse y por ella apareció Roser.

—No se ha quedado muy convencida —le informó.

—Supongo que es tan pesada para mí como yo lo soy para mis hijos. — Se resignó.

Roser llegó hasta él.

A ella nunca podía engañarla.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Se resistió inútilmente.

—Tienes los ojos tristes, y esa expresión.

—¿Qué expresión?

—«El mundo contra mí», o «yo contra el universo». Algo así.

—He encontrado a una cría de dieciocho años enterrada en un monte, con la vagina reventada, más o menos.

—Dios... —Roser se llevó las dos manos a la boca.

—Perdona. —La abrazó—. No tenía que habértelo dicho.

Se quedaron así, quietos, por espacio de unos segundos.

—A veces hay que soltar los pesos, cariño —susurró la voz ahogada de su mujer—. O eso o acaban aplastándote a ti.

—Es trabajo.

—No, no es solo trabajo. Tú lo sabes. Lo de «el mundo contra mí» o «yo contra el universo» es bastante exacto. Y sigues queriendo salvar a todos. — Buscó sus labios y le besó con ternura mientras le acariciaba el pelo—. Nunca te traes los problemas a casa, pero me gusta cuando los compartes conmigo.

—Esto no es un problema, es mucho más.

—¿Sabes quién lo hizo?

Sostuvieron sus miradas. Mitad serena, mitad preocupada la de ella. Desolada la de él.

—Sí —dijo.

—¿Y?

No quiso pronunciar su nombre. No allí, en su propia casa, como si pudiera contaminar el ambiente, enrarecer el aire que respiraban, pudrir la convivencia de una familia normal.

Normal.

—¿Si cenamos rápido crees que podríamos llegar al cine? —susurró Hilario con una infinita ternura.

Día 3

DOMINGO, 24 DE NOVIEMBRE DE 1963

La madre de Maite estaba vestida, más o menos arreglada, como si se dispusiera a salir de paseo pese a lo temprano de la hora. Se los quedó mirando llena de dudas.

—Mi hija todavía duerme.

—Pues despiértela, señora.

—Sí, por supuesto, perdone, es que... Si me hacen el favor...

Les franqueó el paso y los precedió por el pasillo, hasta el comedor de la casa. Al llegar a él, se volvió y les advirtió:

—Mi marido también duerme. El domingo aprovecha, ¿saben?

—No se preocupe. —La tranquilizó Quesada.

—Vuelvo en seguida.

Desapareció por el mismo pasillo. No oyeron nada, salvo una puerta abriéndose y unos murmullos, primero más acusados, después tan suaves que acabaron desvaneciéndose en el aire. Ernesto Quesada le mostró una fotografía que destacaba junto al aparato de televisión. En ella aparecía la que, probablemente, era Maite Pi.

Tan o más hermosa que Mireia Buscató, con el cabello del color de la paja, los ojos grises, cristalinos, una boca de ensueño y un rostro armónicamente diseñado por una mano celestial.

Hilario asintió con la cabeza.

La mujer volvió a materializarse delante de ellos.

—Sale en seguida. Cuando duerme profundamente...

—Queremos hablar con ella a solas —le advirtió Hilario.

La primera reacción fue de sorpresa. No llegó a convertirla en una objeción.

—Oh, sí, por supuesto, lo comprendo —asintió finalmente—. Si quieren sentarse.

—Gracias.

No lo hicieron. Pasaron los dos minutos de espera bajo el mismo silencio, hasta que por la puerta del comedor asomó ella.

Maite.

Llevaba el sueño pegado a los párpados, restos del maquillaje de la noche anterior impregnando su piel, y vestía una vulgar bata que en nada favorecía sus encantos. Pero a pesar de ello, brillaba con luz propia. Lo hubiera hecho en cualquier parte y bajo cualquier condición. Su belleza resultaba marchita a causa del miedo y el recelo, las ojeras y el cansancio, pero incluso bajo esa pátina conseguía turbar. La mirada era húmeda, líquida, no por la presencia de unas lágrimas, sino por el brillo interior. Los hombres que pagaban por ella compraban algo parecido a la perfección hecha mujer.

O niña.

Porque en ese momento, a pesar de sus diecinueve años, Maite Pi parecía una niña.

—Buenos días. —Vaciló.

—Pasa. —La invitó Hilario.

Le obedeció, como si la visitante fuese ella. Se detuvo en el centro del comedor, sin saber qué hacer. La mesa y las sillas quedaban a un lado. Las dos butacas y el televisor al otro. Por la ventana sin cortinas penetraba un primer retazo de sol que confería al conjunto una nítida coloración ocre, arrancando destellos dorados del conjunto.

Y más de Maite.

Quesada estaba impresionado.

—Queremos hablarte a solas, sin que nadie nos oiga —dijo Hilario—. ¿Prefieres en tu habitación?

—No, no —se apresuró en decir—. Está... demasiado desarreglada.

—Puedes vestirte y lo hacemos abajo.

—Aquí está bien.

—¿Tu madre puede oírnos?

Tembló levemente. Una de las zapatillas estaba rota y por ella asomaba un dedo del pie. La miró con inquietud al bajar la cabeza. Se limitó a hacer una mueca.

—No —musitó.

Ella misma cerró la puerta del comedor. Pasó por entre los dos y se sentó en la butaca más alejada. Ninguno ocupó la otra. Cogieron sendas sillas y las colocaron delante.

Fue igual que cercarla.

Meterla en una pequeña cárcel.

Hizo lo que tantas y tantos en parecidas circunstancias: unir las manos y apoyarlas sobre las piernas.

—¿Sabes por qué estamos aquí? —inició el interrogatorio Hilario.

—Sí, pero no sé nada de Mireia.

—Mírame, Maite.

La chica levantó la cabeza.

—Voy a contarte una historia. Tú me dirás si me equivoco o no. Si colaboras, hoy dormirás en tu cama. Si mientes una sola vez, una sola, vas directa a comisaría, te detendremos por prostitución y tu madre sabrá a qué te dedicas.

Se hundió.

Literalmente.

Primero fue como si se empequeñeciera en la butaca, amilanada. Después, descubierta, tuvo dos, tres convulsiones que le aniquilaron la resistencia. Por último empezó a llorar.

—Maite, no. —El tono de Hilario fue muy duro.

No consiguió su objetivo. Las lágrimas siguieron cayendo de sus ojos.

Hilario apretó los puños.

—Cálmate o será peor —le dijo Quesada—. No vamos a hacerte daño. Tú no has hecho nada, ¿verdad?

La chica se sobrepuso, o lo intentó, despacio, tan acorralada como vencida. Primero dirigió una mirada de derrota a Ernesto Quesada. A continuación se enfrentó a Hilario, tan vulnerable como si él fuese a fusilarla.

—¿Qué va a contarme? —gimió sin apenas voz.

—Te dedicas a la prostitución, lo mismo que hacía Mireia. Ni trabajas en el restaurante Camarga ni haces otra cosa que ir a donde te manda la señora Fina. ¿Sí o no?

El espasmo de sus manos delató la convulsión de su ser.

—Sí.

—Tú metiste a Mireia en esto. Guapa, necesitada de dinero, soñadora, dispuesta a todo con tal de salir de pobre y hacer algo en la vida. Le dijiste cómo mentir a sus padres, qué hacer, qué decir...

—Sí. —Lo aceptó.

—¿Trabajabais juntas?

—No.

—¿Dónde la conociste?

—Me la presentó un amigo. Congeniamos bastante. Mismos sueños, proyectos... Hablamos de recorrer el mundo juntas cuando... cuando tuviésemos dinero.

—¿Cuánto llevaba Mireia en esto?

—No demasiado, casi dos meses.

—¿Y tú?

—Tres.

—¿Con quién estuvo Mireia el día que desapareció?

—No lo sé.

—A comisaría. —Hilario hizo ademán de levantarse.

—¡No lo sé! —Le detuvo evitando gritar, para no llamar la atención de su madre—. ¡Se lo juro! ¡No lo sé! ¿Cómo voy a saber eso? Cada cual tiene su trabajo, unas veces en la casa, y otras en algún chalé de los reservados para los clientes especiales. La señora Fina es la que nos dice dónde y cuándo. Las chicas nunca se ven.

—Pero Mireia y tú sí os veáis.

—Sí, a veces.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Tres días antes de..., bueno, de desaparecer.

—¿De qué hablabais cuando os veáis?

—Nos contábamos cosas de los clientes, por si a una le tocaba alguien que ya había estado con otra. Así, sabiendo los gustos, las rarezas, si alguno era violento, o muy raro...

—¿Cómo de violento?

—Los hay sádicos, los hay fantasiosos, que quieren que adoptes un papel, los hay con necesidades específicas, unos son tiernos, otros lloran, otros quieren que les hables... Cosas así.

—¿Te suena el nombre de Fulgencio Aramburu?

—No.

—Mayor, bajo, panzón, calvo, autoritario, ojos de hielo, labios caídos hacia abajo...

Maite empezó a ponerse lívida.

—Ya veo que sí le conoces —dijo Hilario.

—No sabemos los nombres. De nadie.

—¿Estuviste con él?

Bajó la cabeza de nuevo, ahora avergonzada.

—¿Estuviste?

—Sí —lo pronunció con rabia—. Y era una bestia. Una completa bestia.

—¿En qué sentido?

—Me preguntó la edad. Cuando supo que yo ya tenía los diecinueve se enfadó. Dijo que las quería más jóvenes, más tiernas, como mucho de diecisiete o dieciocho recién cumplidos. —Tragó saliva—. Hubo humillación, sado, me pidió... que... —Se le quebró la voz.

—¿Qué te pidió?

—No es muy agradable, señor.

—Ni quiero parecer escabroso, pero necesito oírlo.

—Primero que fingiera ser un soldado. Él me capturaba y me interrogaba mientras me quitaba la ropa... o mejor decir que casi me la arrancaba, sobre todo lo más... íntimo.

—¿Te rompió las bragas y los sostenes?

—Sí.

—¿Qué más?

—En un momento dado yo... tenía que huir. Entonces él me cogía y luchábamos. Fue cuando... se excitó, y se volvió loco. Me dijo que iba a violarme.

—¿Cómo dices?

—Me pidió que luchara, que pelease. Buscaba la dominación, el poder, sentir que me poseía... Empezó a gritar cosas, «¡Viva España!», y decir que yo era una roja, roja, roja... —Se detuvo e imploró—: Por favor, señor, no me...

—Sigue.

—No puedo...

—Sigue.

—¿Por qué? —gimió.

—Porque te lo digo yo, el hombre que puede encerrarte y marcarte la vida para siempre. Por eso.

Maite empezó a respirar con fatiga, rozando la histeria. Ernesto Quesada hizo ademán de levantarse.

Hilario se lo impidió, con un gesto seco.

Sin palabras.

Dejó que la chica fuese serenándose por sí misma, sola.

Algo difícil.

—Maite, cálmate. —Volvió a hablarle con serenidad—. Ayúdanos y ayúdate a ti misma. Es lo único que has de hacer. Aunque no lo creas, te estoy dando una oportunidad. Aprovéchala.

—¿Por qué me pregunta por ese hombre? ¿Es que Mireia...?

—¿Cuántas veces le trataste como cliente?

—Una.

—¿Solo una?

—Es de los que nunca repite. Hay clientes que se aferran a una chica, pero otros quieren siempre una distinta cada vez. Él buscaba la variedad. Lo sé porque otras chicas se habían quejado a la señora Fina por su trato.

—¿Y qué decía la señora Fina?

—Que pagaba el doble que los demás y que era uno de sus mejores clientes.

—¿Crees que ella le conoce bien?

—No lo sé.

—¿Cómo le llama la señora Fina?

—Señor Fernández. —Se llevó una mano a los labios y se los frotó—. Al menos es el nombre que me dio a mí.

—¿Cliente de chulé?

—Sí, muy exclusivo.

—¿Cuando estuvisteis juntos esa noche, te hizo daño?

Maite asintió con la cabeza.

—¿Al fingir esa violación?

—Fue más que... fingir... —Hipó sin apenas fuerzas—. Ya le digo que se volvió loco, como la peor de las bestias... Yo... Yo... Tardé dos semanas en recuperarme de todo aquello. Tuve que decirle a mi madre que estaba enferma.

Ernesto Quesada cerró los ojos.

Hilario no los apartaba de Maite.

El tiempo se hizo ahora mucho más largo.

—Señor...

—¿Sí?

—¿Qué le hizo a Mireia?

No hubo respuesta.

—¿Tan mal está?

El mismo silencio.

—¿En los chalés hay teléfono? —intervino Quesada con la más pacífica y dulce de sus voces.

—Sí. A veces son casas de personas que las alquilan para eso.

—Por lo tanto, en caso de aparecer un problema, se puede avisar a alguien, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Maite —dijo Hilario.

La joven rehuía sus ojos, amedrentada. Esta vez tuvo que mirarle.

—No hables con nadie de esto. —Fue taxativo él—. Con nadie, me has entendido.

—Sí.

—Y no vuelvas por allí.

—Esta noche...

—No vuelvas. —El tono no dejaba lugar a dudas—. Si lo haces acabarás en la cárcel y tus padres sabrán de qué va tu trabajo en el Camarga. Es tu única oportunidad.

Maite dijo que sí con la cabeza.

Parecía todo dicho.

Hilario se levantó como si soportara un enorme peso sobre los hombros. Ni él ni Ernesto Quesada se habían quitado el abrigo. Tenían calor. O quizás fuese la rabia.

—Búscate un trabajo de verdad. —Fue su despedida.

La joven levantó la cabeza.

Destruída, hundida, llorosa, aplastada, pero seguía siendo un ángel rebosante de dulzura a través de aquel rostro perfecto.

Probablemente se estaría preguntando qué era un trabajo de verdad.

—Inspector...

Lucía el sol, pero de pronto el mundo se había vuelto negro.

Muy negro.

Hilario golpeó el coche, con furia. ¿Cuánto hacía que no perdía los estribos? Le tenían por un tipo reflexivo, calmado. Y sin embargo era el mismo hombre que le había dado un puñetazo a Martín Peláez apenas dos meses atrás.

Un puñetazo en el que había puesto toda su alma.

Él, un inspector de policía.

—A casa de Aramburu —dijo.

Ernesto Quesada se lo quedó mirando.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Sí.

—¿No prefiere hablarlo antes con el comisario?

—No.

Su compañero siguió sin arrancar el coche.

Hilario movió la cabeza y le miró con irritación.

—¿Tiene miedo?

—No.

—Puedo ir solo, Quesada.

—¡No! —Se horrorizó por la duda de Hilario—. Me siento tan rabioso como usted. Nunca había sentido tantas ganas de matar a alguien. Es solo que...

—Olvídese de las pruebas, ¿quiere? Lo único que deseo es decírselo a la cara, que entienda que lo sabemos. Y a la mierda sus galones o de quien sea amigo.

—No se vendrá abajo. Fulgencio Aramburu, no.

—Tal vez, aunque ayer le vi muy tocado, no sé si por su crimen o si era por el hecho de poder ser descubierto. Pero le miraré a los ojos y le diré que es un maldito asesino. —Hilario apretó los dientes—. Hay muchas formas de dispararle a alguien entre los ojos, y la palabra y la verdad son las dos más efectivas.

—¿No cree que hemos dejado de ser policías para convertirnos en algo parecido a justicieros?

—Tenía dieciocho años —le recordó—. Y la destrozó viva.

Ernesto Quesada puso el coche en marcha. Una vez más, prescindió de la sirena. Condujo durante un par de minutos, en silencio, hasta que escucharon la radio que los conectaba con la comisaría.

Hilario la contempló irritado.

—Nos llaman —dijo su compañero—. ¿Quiere que me detenga y responda yo?

La desconectó.

—Siga.

Continuaron el trayecto hacia Pedralbes, aplastados por sus emociones, minuto a minuto, hasta que, de pronto, uno y otro perdieron aquella tensión, recuperaron el pulso, la capacidad de pensar y razonar. Fue como si el coche hubiera atravesado una frontera invisible. Hilario volvió a respirar con fuerza, no de manera entrecortada. Quesada consiguió escuchar los latidos de su corazón. La sangre circuló de nuevo por sus cuerpos.

Y los dos sintieron aquel ramalazo de nueva vida.

Tal vez de esperanza, aun en el infierno.

Después de todo, conocían la verdad.

—Cabrón hijo de puta... —Suspiró Hilario.

—Se le fue la mano.

—Viva España —susurró sin énfasis.

—La mató y le entró el pánico.

—O le provocó una hemorragia. Ella se desgarró en su maldito juego de violación y la dejó morir, por no llamar a un médico.

—¿Cree que el chófer y él llevaron el cadáver hasta ese bosque, cavaron la tumba y lo enterraron?

—¿Aramburu? No, ni por edad ni por posición. Para eso estaba su confidente.

—Pero Eliseo Torradas no pudo hacerlo solo.

—Usted mismo ha preguntado si había teléfono en esas casas. Es evidente que alguien de la señora Fina intervino en eso. Entre Torradas y él lo hicieron todo. Por eso el chófer sabía dónde estaba enterrada la chica.

—¿Por qué no vamos a por esa mujer, la meretriz?

—Porque no dirá nada, aunque sepa el nombre de Aramburu, que lo dudo. Un general es un general, y más en este país. Puede fingir la ignorancia de no saber quiénes son sus clientes, y callar aunque vaya a la cárcel. Mejor eso que muerta. Si todo se hacía por teléfono, el que se encargaría de los pagos o las citas a lo mejor incluso era Torradas.

—El fiel servidor.

—De todas formas, Aramburu sabe ahora que estamos sobre la pista. Ayer, cuando le mencioné sus citas de los martes y jueves y le di el nombre de la señora Fina, le cambió la cara.

—No sabemos cómo reaccionará ahora.

—Desde luego no lo hará como si tal cosa, ni con indiferencia, aunque se sienta todopoderoso. Ha tenido toda la noche para reflexionar.

—Pero muerto su chófer, lo único que tenemos es ese cuerpo enterrado y el testimonio de esa muchacha, Maite.

—No voy a meterla en eso.

—¿En serio?

—Es demasiado joven, una niña, y siempre hay cerdos dispuestos a pagar, a convertirlas en cuerpos sin retorno. Esto es entre Aramburu y la ley.

—Nosotros.

Hilario no continuó hablando. Ya se acercaban a Pedralbes. Necesitaba de toda su fuerza, su coraje, su valor y su integridad para dar el paso que iba a dar. Pablo García podía cortarle en rodajas, o machacarle y echar sus restos a los cerdos.

No le importaba.

O sí, le importaba, por Roser, por Ignacio, por Montserrat, pero confiaba en que prefirieran un marido y un padre honesto a una persona sin ideales.

Otro Martín Peláez dispuesto a arrojar por la ventana a un inocente.

—Señor... —Le arrancó de su nueva abstracción Quesada.

El cerco policial comenzaba una calle antes de la casa de los Aramburu. También había mucha gente, como siempre que se producía algo insólito. Gente que veía en directo la vida que otros contemplaban luego por televisión. Lo mismo que dos días antes, en la plaza del Diamante, donde había empezado todo, ahora los curiosos alargaban los cuellos para ver un poco más allá.

Porque el centro de atención quedaba lejos.

La casa de los Aramburu.

Ernesto Quesada detuvo el coche frente a un policía de uniforme. Cuando este lo reconoció se levantó la primera barrera.

No hablaron.

Llegaron a la segunda unos metros después, superada la tierra de nadie. Detuvieron el automóvil y se apearon de él. Hilario reconoció a Jacinto Estrada. El jardín de la villa era un hervidero de personas, la mayoría de uniforme.

Y no solo policías.

Los galones de los coroneles, comandantes o capitanes destacaban poderosamente bajo el sol.

—Hombre, Soler. —El inspector se acercó a él—. ¿Qué haces por aquí?

—¿Qué sucede, Estrada?

—Un suicidio.

Apareció el frío.

—¿De quién?

—Primero dime qué estás haciendo por estos lares.

—Venía a detener a alguien. ¿Quién se ha matado?

Jacinto Estrada se tomó su tiempo.

Sonreía levemente.

—El dueño de la casa, el general Aramburu —acabó diciendo.

El frío se hizo hielo.

—¿Qué?

—Se ha cortado las venas. —Lo redondeó Estrada.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Le han encontrado esta mañana en la bañera. Tenía una pistola al lado, pero imagino que no quiso alarmar a todo el mundo y optó por algo menos militar pero igual de efectivo. La esposa dice que anoche se acostó temprano, así que habrá sido a lo largo de la noche.

—¿Estáis seguros de eso?

—Coño, Soler, pues claro.

—¿Podemos ver el cadáver?

—Ya no. El juez ha dado orden de levantamiento. Mira, lo están sacando.

Hilario y Quesada miraron hacia la casa. Por la puerta salían los del anatómico forense cargando la camilla cubierta con una sábana limpia, blanca, muy blanca. Los hombres uniformados del jardín se quedaron quietos, en silencio. Los del Ejército saludaron marcialmente.

Por detrás de la camilla apareció ella.

La viuda.

Seria, con la cara convertida en una máscara, sin rastro de lágrimas, vestida ya de negro y con su eterno rosario en la mano.

Sebastián Aramburu se colocó a su derecha. Adelina Aramburu a su izquierda.

La ambulancia esperaba fuera. El conductor dio marcha atrás un poco y luego se detuvo. En cien metros a la redonda no se oía nada. Ninguno de los presentes dejaba de mirar como hipnotizado el cadáver de Fulgencio Aramburu.

Solo una persona cruzó sus ojos con los de Hilario.

Adelina Aramburu.

Hizo algo más.

Se apartó de su madre, rebasó la comitiva con el cuerpo de su padre, llegó a la verja y le apuntó con un dedo.

Su voz se convirtió en un grito de rabia:

—¡Haré que le echen del cuerpo, cabrón!

Hilario era una estatua. De repente ya nadie prestó atención al muerto.

La mujer se aferró a la verja.

—¡Después de verle a usted ya no dijo nada más, se encerró, se...! — Tuvo que detenerse y tragar saliva para no atragantarse—. ¡Él quería a

Eliseo! ¡Casi como a un hijo! ¿No entiende que estaba destrozado? ¿Desde cuándo un general es sospechoso de...? ¡Maldita sea! ¿Está usted loco?

Ni una lágrima.

Solo rabia, furia, desesperación.

La de cualquier hija por su padre muerto.

Sebastián Aramburu llegó al lado de su hermana. Primero le puso una mano en el hombro. Después la sujetó, como si ella pudiera atravesar la verja para llegar hasta Hilario.

—Déjalo —manifestó con acento metálico—. Nos encargaremos de él.

No hubo más.

Adelina Aramburu se dejó llevar por su hermano.

La camilla fue introducida en la ambulancia.

En la puerta de la casa, Amparo Matesanz, ahora viuda de Fulgencio Aramburu, continuaba quieta, hierática, con el rostro cincelado en piedra y los ojos convertidos en cañones fríos.

Cañones que disparaban balas de silencio.

Ninguna emoción.

Distancia.

—Hay que irse, señor —le susurró Quesada al oído.

Hilario no apartó la mirada de la mujer.

—¡La hostia, Soler! —exclamó Estrada al otro lado—. Tú siempre haciendo amigos, ¿eh? ¿Se puede saber en qué andas metido, hombre?

Amparo Matesanz y él desviaron la vista al mismo tiempo.

Hilario se enfrentó a Jacinto Estrada.

—¿Sabes si ha dejado alguna nota?

—Sí.

—¿La habéis leído?

—Lo siento.

—¿Decía eso, «lo siento»?

—Sí.

—¿Nada más?

—¿Qué más querías que dijese?

No era mucho.

No era nada.

La ambulancia se puso en marcha.
Ernesto Quesada volvió a tirar de él.
Y sin decir nada, Hilario le siguió.

Lo primero que dijo Quesada al quedarse solos fue:

—Menudo lío.

Lo primero que dijo Hilario, en cambio, resultó más explícito:

—Hemos de dar con Pedro Planas.

—Ya me dirá cómo.

Hilario bajó la ventanilla del coche. Dejó que el aire exterior limpiara el interior, llevándose todo lo negativo, y volvió a subirla. Su rostro estaba contraído, como señal de que las ideas iban y venían libres por su cabeza. No era fácil atrapar una. Ni mucho menos asociarla con otra.

Y entre todas, formar un camino.

—Está indocumentado, sin dinero. Escapó de casa de su última novia con lo puesto. No tiene a dónde ir, maldita sea. —Buscó en su interior las respuestas que no conseguía vislumbrar con los ojos abiertos—. ¿Qué hace un tarambana así, vulgar estafador, sabiendo que la policía le persigue y que un asesino quiere matarle?

—Esos caen de pie —reflexionó Quesada—. ¿Quién no le dice que no tenga más novias? Será por mujeres... Con su labia y todo lo que se montan los de su cuerda... Y ellas venga a caer, ¿eh?

—No sé si tendrá más novias, pero con las dos últimas puede que tenga suficiente ahora mismo. Las mujeres siempre perdonan, Quesada.

—Será a él.

—Suelen hacerlo si vuelven al redil, con el rabo entre las piernas.

—¿Así que vamos a ver a Asunción Rocamora?

—No. Si le encontramos allí, puede que piense que la vigilamos. Terreno vedado. En estos casos queda la anterior.

—Engracia Sanz.

—Sí. Y de paso echaremos un vistazo de nuevo al piso de nuestro chantajista. ¿Lleva las llaves encima todavía?

—Sí.

—Pues en marcha.

—De acuerdo, jefe —asintió Quesada iniciando el camino.

Atravesaron Barcelona desde Pedralbes rumbo a la casa de Pedro Planas. La radio del coche seguía desconectada. Sabían que en cuanto la pusieran en funcionamiento los gritos de Pablo García fluirían a través de ella.

Y no era momento de regresar a comisaría.

Era momento de jugársela.

A la desesperada.

—¿De veras todo este lío lo ha organizado Pedro Planas? —manifestó Quesada.

—Por supuesto. Solo que en lugar de tratar de estafar a un desgraciado ha pretendido chantajear a todo un general.

—No sé si eso es más de iluso que de idiota.

Hilario recapituló, en voz alta, para oírse lo decir a sí mismo.

—Tenemos a un general ilustre que disfruta de un oscuro secreto: le gustan las chicas jovencitas. Y no solo le gustan para acostarse con ellas, sino para dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Su única mujer es su esposa, rosario en mano. Él en cambio sigue en guerra. Necesita mantenerse con el mismo espíritu de la contienda. Además, lo tiene bien, su vida es perfecta. Una vida castrense, entregada a la causa. Poder absoluto. Nadie duda de un general amigo del mismísimo Franco. Las misas de los martes y jueves, para arroparse en su falsa paz espiritual, son la tapadera de sus escapadas. Para eso necesita de su fiel escudero, su chófer, el hombre con el que lleva veintitrés años y le idolatra. El hombre que haría cualquier cosa por él. ¿Que el general es un mujeriego? Bueno, nadie es perfecto. Y con la pesada carga y la responsabilidad que cae sobre sus hombros, que tenga una evasión no es malo. Cosas de hombres. ¿Que le gustan muy muy tiernas? Bueno, ¿y a quién no? Cuando los años pasan, y pesan, cualquiera piensa o recuerda con añoranza los días en los que las manos acariciaban la piel sedosa de la novia, la mujer con la que se casó. La mitad de los poderosos de media España tienen una amante, una querida. Nada ha cambiado, al contrario, ahora solo hay una España, la de los vencedores. Pero Fulgencio Aramburu no puede tener una amante, una mujer exclusiva que puede incluso poner en peligro su

estabilidad o su carrera. No, lo suyo es la variedad. Encima es sádico. Jugar forma parte de su mentalidad bélica o deforme, enferma. Así que maltrata a sus prostitutas. Paga bien, pero las maltrata. Maite Pi estuvo días maltrecha después de estar con él. Mireia Buscató no tuvo tanta suerte. Esta vez sí, hubo violación. Puede que creyera que ella lo hacía bien, o que, simplemente, perdiera la cabeza. Pero la rompió por dentro. La destrozó y ella murió desangrada. ¿Pudo incluso salvarla llamando a un médico o llevándola a un hospital? Tal vez. Pero eso habría sido denunciarse a sí mismo. ¿Qué quedaba? Hacer lo que hizo, que para algo es poderoso y se cree intocable: llamar a la dueña de las chicas y pedirle ayuda. Esas suelen tener siempre un lacayo para casos de fuerza mayor. Llevaron a Mireia lo más lejos que se les ocurrió y la enterraron en un monte cualquiera. En apariencia, fin de la historia. La madre denuncia la desaparición de su hija y nadie le hace caso. Es mayorcita. Una locura.

—Pero ¿por qué se lo contó Eliseo Torradas a su novia?

—Según su vecino, al día siguiente ya era otro. Cabizbajo, abstraído, preocupado... Lo normal. Una vez pasado todo, el chófer comenzó a darse cuenta de la realidad, de que su querido amo no era tan maravilloso, sino un vulgar asesino de niñas. Una conciencia es siempre una voz difícil de acallar, porque se lleva dentro. Me imagino a Eliseo Torradas con pesadillas, sentido de culpabilidad o lo que fuera. ¿Y cómo descargar su conciencia? Con su novia. Se lo contó a ella. Y Rosario Planas se lo confió a su querido hermano.

—¿Y si el plan lo fraguaron entre los tres, o entre Rosario y Pedro?

—Me da en la nariz que no, Quesada. Torradas jamás le haría daño a su jefe. Lo único que entiendo que hizo fue vaciar su conciencia. Limpiarla, imposible, pero al menos contárselo a alguien para liberarse. A Rosario Planas tampoco la veo yo como una estafadora. Demasiado complicado para una mujer sencilla. Pero la debilidad de Rosario era su hermano Pedro. Se lo contaba todo, le ayudaba, le apoyaba. Cuando Pedro supo lo sucedido vio el filón. De entrada imagino que se fue a Cervelló y, con los datos facilitados por Rosario, el puente, el camino y todo lo demás, encontró la tumba de Mireia. Hizo un plano. Con su as a la vista chantajeo al general. Así de fácil. Aramburu se vio contra las cuerdas. Por un lado, estaba asustado. Por el otro, seguía siendo un maldito general. Dedujo el proceso paso a paso y de quién

podía provenir todo; del único que sabía lo sucedido y dónde estaba el cadáver: de su querido chófer. Probablemente no le dijo nada. Calló, como buen estratega. Primero conocer la trama, quién podía estar detrás. Y la cosa no pudo ser más sencilla: Torradas le condujo hasta Rosario y Rosario hasta el lince de su hermano. A la hora de hacer limpieza, había que matarlos a los tres. —Hilario hizo una pausa—. Llegados a este punto es donde me asaltan las dudas.

—¿Qué dudas? —No le entendió Quesada.

—El general que vimos ayer estaba hundido, nervioso. Es más: tenía miedo. Cuando yo le solté lo de los martes y jueves y lo de la señora Fina, el miedo probablemente se convirtió en pánico. Pero eso fue ayer. Antes se me hace difícil imaginarlo con miedo. Un hombre poderoso, con influencias, que ordena matar, no tiene miedo. Actúa y punto.

—¿Y la persona de la señora Fina que dice que pudo ayudarlos a enterrar el cadáver?

—Esa es otra historia. Esa gente se maneja por sí misma. ¿Un guardaespaldas? ¿El tipo que hace la limpieza si algo sale mal o defiende a las chicas si un cliente se pasa? No creo que el general estuviera muy preocupado con eso, y más si mantenía su identidad al margen y el que dio la cara esa noche fue Torradas. Aunque si Aramburu también le hubiera hecho matar, no me extrañaría.

—El hombre de la gorra y la gabardina por lo tanto también ha de estar buscando a Pedro Planas.

—Exacto, y Pedro lo sabe. En el mismo momento de encontrar a su hermana muerta desapareció del mapa, se ocultó en casa de su última novia, donde le encontramos nosotros.

—¿No cree que ya estará muerto?

—Es posible.

—Yo lo veo más que posible. —Ernesto Quesada se desanimó—. Ese asesino iba por la vía rápida. Eliseo Torradas, Rosario Planas... Está claro que se estaba desembarazando de todos los que sabían algo de lo sucedido. Planas escapó, pero si ha estado tras sus pasos estos días...

—Es nuestra única baza. Pillarle primero.

—O eso o el comisario nos empapela.

—No pluralice.

—Inspector...

—Cállese, Quesada.

Le obedeció, sobre todo porque ya llegaban a su destino. Cuando bajaron del coche lo hicieron de manera mucho más rápida que otras veces. Ernesto Quesada con las llaves del piso de Pedro Planas en la mano. El portal seguía abierto. Llegaron al tercer piso y el mismo subinspector fue el encargado de abrir la puerta. Para cuando franqueó la entrada, Hilario ya sujetaba su pistola con la mano.

No hubo ningún signo de vida.

Ningún ruido delator.

Salvo la misma pestilencia a tabaco, fuerte, poderosa.

—Nadie. —Se lo confirmó Quesada.

Les bastó con dar una ojeada. Todo igual. Todo distinto.

—Ha estado aquí —gruñó Hilario olisqueando el aire.

—Vino a por ropa, eso seguro.

—¿Y dinero?

—No, no creo que sea de los que guarda algo bajo el colchón o en un bote de Cola Cao.

—Pero necesitaba dinero.

—Subamos al quinto.

Lo hicieron y, antes de llamar a la puerta, aplicaron el oído a la madera. Lo único que les llegó del otro lado fue el canturreo de una canción.

Voz femenina.

Ernesto Quesada fue el que llamó al timbre.

La primera vez, la casa de Engracia Sanz estaba llena de cajas con figuritas, unas por pintar y otras ya pintadas. Ahora las cajas estaban llenas de banderines por coser y pulir. El resultado era idéntico: apenas si había espacio para moverse. La mujer vestía la misma bata y lucía el mismo aspecto, como si el tiempo no transcurriera en su pequeño cubículo. Nada más verlos, se quedó sin color en las mejillas y sin aliento en el pecho. El equilibrio de su frágil feminidad también se vino abajo, como los brazos, caídos a ambos lados del cuerpo.

—¿Ustedes? —exclamó impresionada.

Era un quinto piso. Difícil que Pedro Planas saltase por la ventana como había hecho en casa de Asunción Rocamora. Pero por si acaso, Quesada se coló dentro, pasando junto a la mujer y filtrándose por entre las cajas que llenaban el recibidor y el pasillo.

Ella no protestó.

Miró a Hilario, suplicante.

—¿Está aquí? —preguntó él con voz cortante.

—¿Quién?

—Señora, no me haga perder el tiempo o usted y sus banderines se vienen a comisaría.

—No, por favor... Me prometió...

—Pedro estuvo en su piso, se llevó ropa. ¿Cómo entró?

El pecho de Engracia Sanz subía y bajaba a toda velocidad.

—No lo sé.

—¿Tenía usted llaves?

—Antes sí. Luego me las quitó.

—Pudo hacerse una copia.

—Se habría enfadado.

—Vino a verla, ¿no?

El silencio fue breve. Bastó con que los ojos de Hilario se endurecieran todavía más. Ernesto Quesada ya estaba de regreso al recibidor.

—Sí. —Se rindió ella.

—Y le pidió dinero.

—¿Cómo sabe usted eso?

—¿Le pidió perdón, le dijo que la quería, que había sido un estúpido, que volvería cuando el lío en el que estaba metido hubiese pasado y, sobre todo, que la otra le engañó con malas artes?

Engracia Sanz empezó a llorar.

—¡Ya! —gritó Hilario sobresaltándola.

—Por favor...

—No tenemos tiempo, señora. De hecho, la diferencia entre el Pedro vivo y el Pedro muerto reside en que usted, ahora, nos diga si sabe algo más, como por ejemplo dónde puede estar, de dónde sacó las llaves para volver a su piso.

—No es... mala... persona... —gimió ella.

—Pues ayúdele. O le encontramos vivo o irá a su entierro.

Se vino abajo. No solo era Pedro, era su vida, su pequeño mundo basado en el trabajo ilegal que hacía en casa. Figuritas, banderines... Había otras formas de esclavitud, como las de Maite y Mireia.

La diferencia era que Engracia Sanz no era una niña.

—Una vez, cuando... salíamos juntos, me dijo que las llaves de su piso solo las teníamos yo y su primo Toni.

—¿Toni Planas?

—No, Mercadé. Vive cerca de donde pasa el tranvía azul. Estuve una vez allí para...

—¿Calle?

—León —pronunció el nombre arriando una invisible bandera blanca—. Lo recuerdo porque Pedro es de ese signo zodiacal. Pero no sé el número. Solo que la puerta de la calle tiene hierros blancos, cruzados en forma de aspas.

—¿Tiene teléfono?

—¿Yo? No.

—Mejor. Quédese aquí y no se mueva. Abajo la vigilará un coche hasta mañana, ¿de acuerdo?

Si dijo que sí, no la oyeron.

Si asintió con la cabeza, no lo vieron.

Echaron a correr y la dejaron en la puerta de su piso, con su bata, sola.

Una flor marchita.

La sirena era un cuchillo cortando la mantequilla blanda del tráfico dominical. Los escasos coches, los autobuses, las motos se apartaban a su paso estridente. Los tranvías también lo habrían hecho en el caso de no circular sobre raíles hundidos en tierra. Una mujer se santiguó ante su presencia. Un hombre levantó su puño derecho, como si los animara o empujara. Los niños eran los más felices.

Y había dos tipos de sirenas, las de las ambulancias y las de los coches de policía. A vida o muerte unas, luchando contra el tiempo. Tensas las otras, siempre entre el filo del bien y del mal.

—Si tuviéramos que detener a todos los que nos mienten... —lamentó Quesada—. ¡Con lo fácil que es decir la verdad a la primera!

—¿Qué espera de una mujer enamorada?

—Estoy empezando a odiar a ese Pedro Planas.

—¿Por celos?

—Pues mire, qué quiere que le diga.

—Todos tenemos carencias. Unos las suplen de una forma y otros de otra.

—No es más que un vividor.

—Por eso se los llama así: vividores.

Manejaba bien, con buen pulso, pero por dos veces, sobre las vías, el vehículo había dado un par de bandazos. Él mismo apagó la sirena cuando se encontraban cerca de la falda del Tibidabo. Hilario ya había ubicado la calle de León. Comenzaba en la curva del paseo de San Gervasio, antes de llegar a la plaza, y subía entre la avenida del Tibidabo y el mismo paseo, en línea recta hasta la montaña. La calle era de bajada.

—Suba por la avenida del Tibidabo —le indicó Hilario al coronar la calle Balmes—. La tercera a la derecha es Román Macaya. León la cruza hacia abajo.

Era domingo, así que el tranvía azul tenía cola. Abuelos con niños, padres con niños, jóvenes y adolescentes, parejas, curiosos. Todos al Tibidabo, a pasar el día, o a pasear, que a fin de cuentas las atracciones no estaban al alcance de todos.

Ernesto Quesada redujo la velocidad.

—No tengo muy buenas sensaciones —escupió sus palabras.

—¿Por qué?

—Porque ese tipo habrá huido. ¿Corriendo peligro, cree que se va a quedar en casa de su primo?

—No creo que sea consciente de lo que está pasando, a pesar de la muerte de su hermana. Es más, de perdidos al río: ¿y si sigue esperando cobrar su chantaje?

—¿Tan loco le cree?

—Ni loco ni desesperado, inconsciente. Tiene lo que para él sería una enorme fortuna ahí delante. El mayor pellizco de su vida. Sencillamente no puede retirar la mano. Ha de sentirse muy cerca.

—¿Cómo se pondría en contacto con Aramburu?

—¿Por qué lo dice?

—Porque no es un hombre al que se pueda llegar así como así, por las buenas.

—¿Una carta?

—¿Y si lo hizo de otra forma y alguien interceptó su amenaza?

Hilario no dijo nada.

Ernesto Quesada dobló a la derecha, por la calle Román Macaya. La marcha del coche se hizo más y más lenta al llegar al cruce con León.

—¿No dice nada? —insistió Quesada.

—¿Quiere que le aplauda?

—O sea que no es una mala teoría.

—Ninguna teoría es mala. Por eso se llaman teorías. Pare aquí.

Detuvo el coche sobre la tierra de la esquina. Iban a construir una casa pero la valla no estaba precisamente de una pieza. Unos niños los observaron desde la jungla interior, como espías en una aventura infantil. Antes de bajar del coche su compañero hizo un último intento.

—¿Seguro que no quiere avisar a la comisaría?

—No. —Fue terminante Hilario—. Me juego lo que quiera a que García está allí, gritando a todo el que pasa. Y da lo mismo que sea domingo. Hoy el departamento está en pie de guerra. —Le dirigió una mirada de amistad y respeto—. Esto es cosa nuestra, Quesada. O acertamos o nos cortan el cuello.

Lo había dicho en plural.

Así que el subinspector sonrió.

Primero caminaron calle arriba, solos, hasta las últimas casas. Ninguna tenía hierros blancos cruzados en forma de aspa en la puerta. Al llegar al extremo volvieron a bajar, mirando a ambos lados, a las ventanas, por si las moscas.

—¿Qué habrá estado haciendo el hombre de la gabardina y la gorra? —habló Quesada.

—Desde luego no se habrá estado quieto. La única persona que ahora relaciona la muerte de Mireia con el general, es él. Si Pedro desaparece termina el problema y nosotros acabamos poco menos que fusilados.

—Siempre nos quedará la señora Fina.

—¿Y si no llamaron a nadie de ese burdel de lujo y a ella le dijeron que Mireia se había vuelto a su casa esa noche?

—¿Quién enterró entonces a la chica, Torradas solo?

Cruzaron Román Macaya de nuevo. Los niños, que estaban observando el coche, se ocultaron en la jungla de la esquina otra vez. Su paso se hizo más lento a medida que descendían. La calle seguía estando vacía, sin siquiera tráfico.

—Si cogemos a ese Pedro Planas no voy a saber si pegarle un tiro o darle una palmada en la espalda. —Resopló Quesada.

—Hace un momento ha dicho que empezaba a odiarle.

—Es que cuando pienso en lo que ha hecho ese loco... ¡Chantajear a un general! ¡Y amigo de Franco! ¡Al Caudillo se le congelarán los huevos!

—Quesada, mire.

La puerta con los hierros blancos cruzados quedaba a la izquierda, cerca de la siguiente calle, la de García Mariño. Era un edificio bajo, de dos plantas, tres contando la planta baja, con balcones amplios y ventanas pequeñas. El silencio lo impregnaba todo. Parecían estar en una burbuja urbana.

Hilario miró la cerradura.

Hermética.

—¿Y ahora qué? —susurró su compañero.

Se apartaron un poco. La casa estaba situada entre otras dos, si no iguales, parecidas. No había forma de entrar en ellas. Ningún solar. Nada. Regresaron a la puerta.

—¿Va a probarlo con la cerradura?

—No. Y créame que lo siento.

El golpe en el cristal fue seco, con el codo. El ruido de los vidrios al caer al suelo fue mucho más estridente aunque no llamativo. Los dos se quedaron en suspenso unos segundos, hasta estar seguros de que no salía nadie de la puerta de la planta baja ni bajaba por la escalera. Hilario metió la mano por el hueco y alcanzó el tirador.

—Escuche. —Se volvió hacia Quesada bajando la voz—. No quiero que vuelva a suceder lo de la otra vez. Es una casa baja, así que si está aquí, puede volver a huir. Voy a entrar solo. Usted vaya a la esquina de abajo y controle las dos calles, esta y la perpendicular. Si tratara de escapar por un patio o un tejado, podrá verle, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Deme sus esposas. Sabe que odio llevar esos trastos.

—Usted y sus manías... Un día tendrá un disgusto.

Hilario estuvo a punto de sonreír.

—Esté atento.

Quesada echó a andar. Hilario se guardó las esposas y se coló en el vestíbulo de la casa. Solo había un buzón general, adosado a la misma puerta. Primero se acercó al piso de la planta baja. Aplicó su oído a la madera y cerró los ojos.

Tardó algunos segundos en oír voces.

Lejanas pero audibles.

—¡Mariano, dile al niño que se vista, que no llegamos a misa!

—¡Estanislao, vístete!

Subió la escalera. En la planta superior encontró una sola puerta con todos los visos de tratarse de un piso momentáneamente abandonado, o al menos vacío. La cerradura estaba rota y faltaba la mirilla óptica, así que pudo

atisbar por el hueco. Al otro lado no había nada salvo papeles de periódico por el suelo.

Quedaba el segundo y último piso.

La última puerta.

Volvió a poner la oreja pegada a ella. Del otro lado solo le llegó el silencio.

El silencio y el olor a tabaco.

El mismo olor que el del piso de Pedro Planas, aunque eso no probase que él estuviese allí.

Hilario se mordió el labio inferior. Intentarlo con la cerradura era un riesgo. Llamar, una temeridad. La única opción tal vez fuese echar la puerta abajo.

Y si Pedro Planas estaba dentro del piso, darle de nuevo la oportunidad de escapar.

Abrió la ventana de su izquierda. Daba a un pequeño patio de luces. Una cornisa de más o menos un palmo rodeaba la planta. A dos metros de la ventana quedaba la galería del piso, abierta, con los utensilios propios de cualquier lugar así, una lavadora, material de limpieza, el viejo fregadero y ropa tendida.

Ropa masculina.

No se lo pensó dos veces y pasó una pierna al otro lado de la ventana, hasta asentar el pie en la cornisa. Si metía la pata, si Pedro Planas no estaba en el piso, y más aún, si en él no vivía el susodicho primo y Engracia Sanz le había engañado o se había equivocado, se le caería el pelo todavía más. Un policía, un inspector, asaltando a pleno día una casa ajena.

Primero, comprobó la solidez de la cornisa. Segundo, se aferró a las cañerías que pasaban por encima de su cabeza. No eran más que dos metros, pero a veces las distancias engañaban. Dos metros en precario eran como dos kilómetros en condiciones normales.

Avanzó paso a paso.

Con su abrigo llevándose toda la porquería de la pared.

—Lo siento, Roser —susurró.

Por lo menos estaba solo. Los de la planta baja no salieron al patio y nadie apareció en la galería. Cuando por fin la alcanzó, suspiró aliviado. Se

aferró al borde y se dejó caer un poco hacia delante, para poder pasar la pierna.

Estaba a salvo.

A salvo en un piso... ¿vacío?

Se acercó a la puerta que comunicaba la galería con la vivienda. La abrió muy despacio. El golpe de aquel olor a tabaco contra su pituitaria fue demoledor, porque alguien acababa de fumar o estaba fumando allí dentro. De manera instintiva se llevó la mano a la sobaquera y la cerró sobre la culata de la pistola. Vio dos puertas abiertas, dos camas revueltas, y finalmente pudo oír el chasquido.

Un encendedor.

Después, el suave suspirar de una calada.

Metió la cabeza por la puerta de la sala y lo primero que vio fue un cenicero repleto de colillas bajo un aire denso e irrespirable.

Lo segundo a un hombre con un jersey marrón, viejo, sentado en una butaquita, mirando más allá de la ventana, con los ojos quizás extraviados.

Era él.

Hilario sacó la pistola, despacio.

Luego dio un paso.

Y lo saludó:

—Hola, Pedro.

Saltó como un resorte, ágil, sin mirarle, sin pensar en nada, echando a ambos lados el cigarrillo que acababa de encender y el mechero que había utilizado. Toda su vida debía de haber sido igual, así que estaba preparado, en tensión constante, dispuesto para la huida a la menor señal y sin pararse a pensar demasiado. En la selva había leones, tigres y panteras. Él era la hiena que escapaba de todos ellos pero comía de la carroña que dejaban y se valía de su inteligencia para sobrevivir.

La ventana estaba cerrada, e Hilario le bloqueaba la puerta.

Por la ventana solo podía escapar pasando a través de ella y cayendo al vacío. Por la puerta enfrentándose al hombre que acaba de aparecer surgiendo de la nada.

Ni siquiera sabía que era policía.

Hilario se lo dijo.

—¡Quieto, soy el inspector...!

No le escuchó. Parecía loco. Intentó saltar sobre él a la desesperada, no por ser valiente, sino por el miedo de sentirse acorralado.

Hilario lo tuvo fácil.

Primero, eludirle. Segundo, golpearlo en la cabeza, no tan fuerte como para aturdirlo, pero tampoco tan suave como para permitirle un segundo intento.

Pedro Planas trastabilló al recibir el impacto y se estrelló contra el marco de la puerta, de cara.

Para cuando cayó al suelo, Hilario había saltado ya sobre su espalda.

—¡Quieto!

Le colocó el frío cañón de su arma en la mejilla, para que lo sintiera.

—¡No, por favor...! ¡No!

—¡Las manos, ya!

Pedro Planas rompió a llorar. Le obedeció, colocó ambas manos a la espalda y permitió que se las esposara, mientras su cuerpo se convulsionaba presa del pánico.

Seguro de que iba a morir.

—¡No me mate..., se lo suplico! —gimió de forma patética—. Ya le dije al general que me salía, que no...

Hilario le dio la vuelta sin dejar que se levantara. Volvió a hundirle el cañón de la pistola en la mejilla.

—¿Se lo dijo?

—Sí, sí..., sí...

—¿Cuándo?

—Le llamé... —Cerraba los ojos para no ver la pistola, pero la sentía igual, y temblaba como si acabase de meterse en una nevera—. Le llamé después de lo... de mi hermana... Yo no...

—¿Ni siquiera pensó en vengarse? ¿Mata a su hermana y se acojona?

Pedro Planas abrió los ojos.

Fue como si le viera por primera vez.

—¿Quién... es usted? —Parpadeó.

Con la mano libre, Hilario le enseñó la placa.

—¿Policía? —No pudo creerlo el hermano de Rosario Planas.

—¿Va a calmarse?

Respiró lleno de fatiga. Se había hecho un corte en la sien derecha a causa del golpe contra el marco de la puerta, y por él asomaba una gota de sangre.

—Sí.

—No voy a hacerle daño, pero, si intenta huir, le pego un tiro y me quedo tan campante, ¿estamos?

—Sí. —Movié la cabeza de arriba abajo un par de veces.

—Levántese. —Hilario se apartó de encima de él.

No le dio la mano. No le ayudó. Pedro Planas seguía desesperado y a fin de cuentas era capaz de cualquier cosa. Se apartó y dejó que él lo hiciera solo, con dificultad, con las manos esposadas a la espalda, despacio y jadeando, pero solo.

El detenido acabó de rodillas.

Luego, ya de pie, apenas si pudo sostenerse y se dejó caer sobre un sofá.

—¿Está bien? —preguntó Hilario.

—¿Cómo quiere que esté si me ha machacado la cabeza?

—¿Y su primo?

—Fuera.

—¿Le espera?

—Hasta la noche no.

—De acuerdo, vámonos.

—No puedo, estoy mareado... —Tuvo una arcada—. Deme un segundo, ¿quiere? Por favor.

—No intente ganar tiempo.

—¡No intento nada!

—Entonces responda.

—¿A qué?

—A mi pregunta. ¿Ni siquiera pensó en vengarse del asesino de su hermana y de su novio?

Pedro Planas bajó la cabeza. Ya no lloraba, pero tenía el rostro húmedo. Se tomó unos segundos, dominó otra arcada y la levantó. Hundió en Hilario una mirada dolorida, mucho más que derrotada.

—¿Qué quería que hiciese?

—Salvar la vida, ¿no?

—Claro. —Se encogió de hombros—. Creí que todo sería... más sencillo, que para una vez que tenía un golpe de verdadera suerte... No imaginé que ese hijo de puta haría lo que hizo.

—¿Cómo llegó hasta él?

—No fue él, fue ella.

—¿Ella?

—Hablé con una mujer, sí.

—¿Quién? —Hilario se envaró.

—No lo sé. Una mujer. Le dije: «Dígale al general que lo dejo, que no tema, que se acabó, se lo juro».

—¿Y ella qué respondió?

—Que le daría el recado. —Reapareció la tortura del dolor en su rostro y se agitó en el sofá. Miró hacia la ventana. Miró hacia la puerta. Miró la pistola que Hilario seguía sosteniendo en la mano, con el cañón apuntando al

suelo—. Esto me vino grande, ya lo sé, ¡vaya si lo sé! Mierda... —Se estremeció—. Creí que por fin tenía un poco de suerte, que me caía del cielo una buena bicoca.

—Cada cual debe aspirar a lo que puede conseguir.

—Así que los desgraciados hemos de seguir siendo desgraciados —lamentó.

—Yo no he dicho eso. ¿No tenía bastante con vivir de las mujeres y de trapichear por aquí y por allá?

—Váyase a...

—Cuidado, Planas.

La tercera arcada fue la peor. Llegó a inclinarse hacia un lado del sofá, pasando la cabeza por encima del reposabrazos, y se apoyó en él mientras unas primeras babas le caían de los labios. Por la herida de la sien resbalaba ya una gotita de sangre que buscaba abrirse camino hacia abajo. El hombre guapo que atraía a las Engracias y las Asunciones se había convertido en un pelele desprovisto de encantos.

Ernesto Quesada le esperaba abajo, pero, de pronto, ya no había prisa.

Ni urgencias.

Quizás Pedro Planas hablase menos en comisaría, tras reflexionar. Ahora lo tenía en caliente.

—Fue Eliseo el que le contó la historia a su hermana, ¿verdad?

—Sí. —Resopló él.

—Eliseo hizo lo que debía, como devoto servidor de Aramburu: ayudarle. Se deshizo del cuerpo de la chica y, aparentemente, fin. Pero no. Luego llegaron los remordimientos, el día después, y el otro, las reflexiones. De repente su general ya no era un respetable hombre, aunque putero. De repente era un asesino. Y Eliseo se lo contó a Rosario.

—No vea el hartón que se hizo de llorar.

—Rosario, cómo no, se lo confió a usted. Su hermana nunca veía lo malo, solo que era su hermano pequeño y estaban solos. Ella lo compartía todo con usted.

—Me pidió consejo.

—¿Y se lo dio?

—Le dije que siguiera tal cual y no se metiera, que Eliseo era un buen hombre y no lo perdiera.

—Pero mientras, con las indicaciones que le había dado ella tras la confesión de su novio, usted encontró la tumba.

—Sí. No fue fácil pero... sí, di con ella.

—Y se le abrió el cielo. Todo un general. El chantaje perfecto.

—Era un asesino, ¿no?

—Y usted no podía ir a la policía, porque también habrían detenido a Eliseo. Aunque, por otra parte, lo de ir a la policía...

—Venga ya, hombre.

—¿Cómo le hizo el chantaje a Aramburu?

—Le hice llegar una nota a su casa.

—Y al cabo de un día o dos... su hermana, Eliseo...

—Capté el mensaje, oiga.

—Cuando le llamó para decirle que lo dejaba, ¿quién se puso al aparato?

—Ya le digo que una mujer.

—No, primero. ¿La criada?

—Sí.

—¿No puede decirme si la voz era de una persona mayor o de una más joven?

—No, ni siquiera presté atención. Estaba muerto de miedo.

—¿Cuándo hizo esa llamada exactamente?

—El día 22, el viernes.

—¿Mañana, tarde...?

—Por la noche.

—¿Está seguro de eso?

—Sí.

Hilario soltó aire, como un zepelín aterrizando.

Adelina Aramburu se había ido de casa de sus padres al anochecer. Los dos habían coincidido en la puerta, atravesando el jardín camino del exterior, antes de que él viera la silueta del general en la ventana, con su bata azul.

Eso significaba que la única mujer que había en la casa en el momento de llamar Pedro Planas era...

Hilario tragó saliva.

El suelo empezó a moverse todavía con más fuerza bajo los pies.

—¿Qué le pasa? —inquirió el detenido.

—Nada.

—Ese viernes fue el peor día de mi vida, ¿sabe? —De pronto tenía la lengua suelta—. Vi cómo ese hombre mataba a Eliseo y lo entendí todo.

—¿Que vio el asesinato? —Hilario trató de encajar la nueva sorpresa.

—Eliseo dijo que quería verme. Me llamó. Estaba muy enfadado, fuera de sí. Até cabos y sospeché que su general le había cantado las cuarenta. Eliseo era el único que conocía la muerte de la chica. Por lo tanto, la filtración era suya. Eso lo cambiaba todo, porque si Eliseo le contaba lo de Rosario estaba claro que lo del chantaje era cosa mía. Incluso podía pensar que de mi pobre hermana. Quedamos en la plaza del Diamante y en el momento en que le vi caminar hacia mí... apareció él, ese tipo, y le pegó el tiro.

—Imaginó que su hermana ya estaría muerta y que usted sería el siguiente.

—Sí.

—Limpieza general.

Pedro Planas intentó secarse los labios. Con las manos esposadas a la espalda lo tuvo difícil. Al final hizo lo más elemental: frotarse la cara con el respaldo del sofá.

—Pasé el día escondido, dándole vueltas a todo. Lo de la puta había sido un accidente, pero lo de Eliseo...

—Un ajusticiamiento.

—Sí.

—Sin embargo no fue a ver a su hermana.

—¿Y si el asesino ese estaba allí, al acecho? La llamé todo el día, y al no contestar lo vi claro. Por eso telefoneé por la noche al general. Ya no podía más. —Le miró con acritud—. Me habría ido y estaría lejos de no ser por usted, aunque cuando salté por la ventana de la casa de Asunción ni le vi la cara. Solo sabía que venía a por mí. Podía ser el mismo asesino fingiendo ser otra cosa.

Todo estaba dicho, y Pedro Planas recuperado.

Ya no tenía arcadas.

—Andando —ordenó Hilario.

—Oiga, el poder de ese hombre es... ilimitado. —Volvió a empequeñecerse el detenido—. Yo lo sé bien ahora. Tiene tentáculos, como los pulpos. Si me lleva a comisaría soy hombre muerto. No dejará que hable. Aparecerá algún policía a sueldo, o luego, en la celda, cualquier cabrón que me hundirá un punzón en el vientre... El único que lo sabe ahora todo soy yo.

—Yo también he dado con el cadáver de la chica —dijo Hilario.

—¿Ah, sí?

—Hizo un buen mapa.

—Mierda...

—Vamos, Planas.

Le ayudó a levantarse extremando las precauciones. El hermano de Rosario Planas ya no ofreció resistencia. Aunque tratase de luchar, con las manos esposadas a la espalda no tenía la menor posibilidad. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y echó a andar.

Salieron del piso.

Bajaron los escalones, despacio.

No había nadie en la puerta de la calle. Ningún testigo. Los cristales seguían por el suelo. Hilario la abrió y permitió que su detenido saliera el primero, para tenerlo controlado en todo momento y no darle la espalda ni un segundo. Pedro Planas puso un pie en la acera.

Y el otro.

Dio un paso.

El disparo rasgó el aire justo al asomarse Hilario al exterior.

La primera bala le alcanzó a Pedro Planas en el pecho.

La segunda, muy rápida, tanto que su aullido se confundió con la primera, le reventó la cabeza.

Ese fue su error.

Si el asesino hubiera gastado esa segunda bala en él, con la tercera habría podido rematar al chantajista. Pero prefirió asegurarse y acabar primero con el responsable de todo aquello.

Hilario reaccionó rápido.

Saltó hacia atrás.

La tercera bala silbó justo junto a su oído derecho y se incrustó en la puerta de la casa.

Fue extraño.

Pensó en John Fitzgerald Kennedy.

Desde el interior del portal, boca abajo, intentó atisbar la calle. Ya llevaba su pistola en la mano derecha. No tenía ni idea de cómo la había sacado, pero ya la empuñaba.

Lo malo era que, si asomaba la nariz, se la volaría.

¿Y Quesada?

El estruendo de la moto arrancando se confundió con el nuevo disparo.

Un sonido distinto.

Hilario gateó hasta Pedro Planas. Sabía que estaba muerto. De hecho ya no tenía cara, porque toda la parte derecha era una masa sanguinolenta de carne y huesos triturados por la explosión. Se parapetó tras él y alcanzó a ver la escena justo con el siguiente disparo.

El asesino rodaba con su moto calle arriba, contra dirección, aprovechando que seguía sin pasar ningún coche por allí. Llevaba el rifle en una mano y conducía con la otra.

Por la izquierda, parapetado en su esquina, Quesada hizo un tercer disparo.

Hilario se levantó de un salto justo cuando la moto empezó a zigzaguear.

El hombre de la gabardina ya no llevaba gabardina, pero sí la gorra. Tuvo que dejar caer el rifle para intentar dominar la máquina con las dos manos. Casi pareció lograrlo.

Casi.

Rodó unos pocos metros más, rebasando el cruce con Román Macaya, antes de que la rueda trasera reventara y cayera de lado.

Hilario y su compañero ya corrían hacia él.

Aunque la ventaja seguía siendo de algunos metros.

Ernesto Quesada hizo un último disparo.

—¡O le cogemos vivo o no tendremos nada! —le advirtió Hilario.

La calle de León moría sin más. A su término se abría la tierra sin asfaltar, el campo, la primera falda del Tibidabo, con apenas algunas casas diseminadas por la izquierda. Si el hombre se metía ahí, no tendría escapatoria a pesar de correr rápido.

Muy rápido.

Hilario hizo un esfuerzo.

Era un buen policía, lo mismo que Quesada, preparado y entrenado, pero aquel hijo de puta era mejor.

No solo un profesional matando gente.

Un soldado entrenado.

El hombre de la gorra seguía armado. Sacó una pistola y disparó dos veces tras de sí, al azar. Hilario y Quesada tuvieron que agacharse y aminorar la velocidad.

El perseguido lo aprovechó para meterse por su derecha.

Un solar.

Podía estar apostado y esperar a tenerlos cerca para no fallar el blanco, pero corrieron el riesgo. Al llegar a las proximidades del solar se separaron.

Al asomarse a él, su hombre había desaparecido.

—¡Quesada, vaya por el otro lado!

Le obedeció sin chistar. Hilario, con su arma por delante y los brazos extendidos, se internó por el solar. Había casas a los dos lados. En una de

ellas vio a un hombre medio asomado a una ventana.

Le mostró la placa.

El hombre señaló la casa de delante, una tapia.

Hilario llegó hasta ella. No se oía nada. Tuvo que guardarse la pistola y saltar para agarrarse a la parte superior de la tapia. Cuando sacó la cabeza por arriba, siempre en tensión por si era lo último que veía en la vida, se encontró con un patio y en él una anciana inmóvil, espantada, con la ropa que estaba tendiendo en la mano.

—¿Otro? —Se asustó todavía más.

Hilario trepó por la tapia y se dejó caer del otro lado, con menos agilidad de la esperada. La anciana se lo quedó mirando como si fuera un violador.

—¿Por dónde ha ido?

La mujer señaló el interior de su casa.

El asesino de Pedro Planas no le esperaba oculto en ninguna habitación. Probablemente empezaba a sentirse a salvo. De no haber sido por el hombre de la ventana, Hilario tampoco habría sabido por dónde meterse. La puerta del piso estaba a medio cerrar. Cuando la rebasó se encontró en el vestíbulo de una escalera.

La puerta de la calle seguía cerrada.

Se quedó quieto. Llegó a cerrar los ojos y dejó de respirar.

Hasta que escuchó el roce arriba.

Recuperó la acción y subió los escalones de tres en tres. Un piso. Dos. Tres. Cuatro. Jadeaba como una locomotora vieja. También empezó a transpirar. No solo perseguía al asesino de tres personas. Perseguía al hombre que podía liberarle del hacha que Pablo García dejaría caer sobre su cabeza.

—Hijo de puta... —protestó por el esfuerzo—. ¿De dónde sales tú, cabrón?

Un soldado de elite.

Tan sencillo.

Hilario apretó los puños.

La última puerta daba directamente a un terrado. Salió por ella y miró a su alrededor. Su perseguido saltaba a otro terrado en ese momento.

Se la jugó.

—¡Alto, policía!

La respuesta fue un nuevo disparo.

La persecución se desarrolló ahora al aire libre. Las posibilidades de herirle en una pierna mientras corrían eran remotas. Y detenerse para apuntar era darle ventaja. Ya tenía bastante. Unos metros más podían ser determinantes. Ahora ni siquiera llevaba su arma en la mano, porque las necesitaba las dos. Hilario llegó al borde del terrado y saltó al contiguo. A mitad de él, vio como el hombre se colaba por la puerta de la caseta del siguiente, porque después ya no había casas.

Cayó al cruzar la última barrera y se dio un golpe en la rodilla, no fatal, pero sí doloroso.

Capaz de impedirle correr más rápido.

Cubrió los metros finales por el terrado cojeando, tratando de restablecer su agilidad para superar el dolor, y se precipitó por el hueco de la caseta, escaleras abajo, sin control, olvidando las precauciones más elementales. De pronto eran uno u otro. No había más. Sentía toda la rabia y la impotencia de aquellos tres malditos días.

Ahora en quien pensaba era en Mireia Buscató.

En su tumba, en mitad de un monte.

Descendió por la escalera igual que un elefante trotando por mitad de una cacharrería. Ningún vecino salió a su paso. No arrolló a ninguna anciana o niño, porque sin duda los habría arrollado dada la débil claridad del lugar. Benditos domingos en los que la vida se detenía, o se abotargaba. Rebasó la penúltima planta, y la última, y se encontró con otro vestíbulo vacío.

La puerta de la calle estaba abierta de par en par.

Hilario se lanzó hacia ella.

Sacó su arma de nuevo.

Y cuando salió a la luz, lo único que de verdad sintió fue su estupidez.

Primero, la zancadilla.

El pie surgiendo de su derecha trabando sus piernas.

Después, la caída.

De bruces, como un fardo muy muy pesado.

No tuvo la menor opción, y menos de revolversse. Su oponente seguía siendo más ágil, más joven, y también estaba más preparado. Un pie le aplastó la mano armada, obligándolo a soltar la pistola.

El otro le golpeó el flanco.

Lo definitivo, sin embargo, fue el cañón que se le incrustó en la nuca.

Escuchó la voz, tan fría, tan triunfal.

—Adiós, pies planos.

En aquella última fracción de segundo, vio a Roser, a Ignacio, a Montserrat, a su madre, incluso al padre al que jamás conocería porque ya no podría enfrentarse a él.

Sonó el disparo.

El hombre cayó justo delante de él.

Quedó con la cara vuelta hacia la suya.

Todavía sonreía, pero, poco a poco, apareció la estupefacción.

Un hilo de sangre apareció por la comisura del labio.

Lo peor fue el brillo de los ojos, desapareciendo muy rápido.

Hilario se olvidó de su rodilla. Se olvidó de todo. Primero retrocedió, gateando para apartarse de él. Después se levantó para ampliar la perspectiva. Al recibir el balazo, el asesino había dejado caer su arma. Las dos estaban en el suelo, una cerca de la otra, como hermanas.

Ernesto Quesada corría hacia él.

Apenas unos metros y...

—¿Está bien?

—Sí.

—¡Joder, joder, joder...! —Afloraron todos los nervios de golpe.

—Tranquilo —dijo Hilario.

—¿Tranquilo? —No pudo creerlo—. ¿Dice que esté tranquilo?

Quesada estaba temblando.

La pregunta era ¿cómo había podido hacer aquel disparo?

Pero no se la hizo.

Hilario se agachó junto al herido. Le dio la vuelta y lo dejó boca arriba. Los dos se quedaron mirando a los ojos. Miradas tan alejadas como la vida y la muerte.

—¿Quién le envía?

El hombre forzó una sonrisa.

Dura.

Cargada de burla.

—¿Ha sido el general?

La sonrisa se hizo más grande, más irónica, más distante.

—Hablará igual cuando le llevemos al hospital. —Mintió Hilario.

El asesino también supo que mentía.

Él, mejor que nadie.

Movió la mano derecha. Atrapó a Hilario por la solapa. Tiró de él.

Luego le soltó su aliento.

El último suspiro.

—A... la... mierda... —exhaló.

La mano perdió fuerza, resbaló hacia abajo. El cuerpo también perdió toda rigidez y se abandonó. Fue el tránsito final. La cabeza del hombre apenas si se ladeó con la muerte.

Los ojos siguieron abiertos.

Hilario se los cerró.

—Mierda, lo siento —maldijo Quesada.

—No sea burro. Me ha salvado la vida.

—Y nos hemos quedado sin nada.

El disparo, esta vez, sí había atraído a algunas personas. Dos se asomaban a las ventanas del edificio. Otras tres se acercaban sin estar muy seguros de si hacerlo o no. En alguna parte, una mujer soltó un pequeño chillido.

Hilario sacó su credencial y la levantó para que todos la vieran.

—¡Policía! —advirtió—. ¡No se acerquen, por favor! ¡Manténganse a distancia!

Los detuvo.

Tenían otro cadáver, en la calle León, tirado en medio de la nada. Pero antes quedaba la rutina.

Se agacharon para registrar al muerto. Uno la chaqueta, otro los pantalones.

—Nada en los bolsillos del pantalón —advirtió Quesada.

Hilario sacó tres cargadores del bolsillo derecho de la chaqueta. No había nada en el otro. Luego buscó en los interiores y encontró la cartera. Era lo único en ambos. La abrió y lo primero que vio fue el Documento Nacional de Identidad.

—Leoncio Cuadras Perelada —leyó.

Había otro carné.

El más explícito.

El que acreditaba al muerto como sargento del Ejército español.

—Gol —susurró Quesada.

Hilario rebuscó por el resto de la cartera. El permiso de conducir, una fotografía de dos personas mayores, un teléfono anotado en un papel...

Se guardó la cartera.

—¿Qué hacemos? —preguntó Quesada—. Esto parece un campo de batalla, dos muertos...

Volvían a estar de pie. Llegaban más y más curiosos. Sería difícil contenerlos a todos. Pasado el susto, Hilario tuvo que recuperar la calma, recordar qué era.

Quién era.

—Usted vuelva con Planas y quédese con él esperando a que lleguen los nuestros. Yo llamaré por teléfono desde aquí para avisar de las dos muertes. Mejor esto que ir al coche ahora. —Levantó la cabeza y se dirigió a una mujer que seguía asomada a la ventana a pesar de que el espectáculo no dejaba de ser macabro—. ¿Tiene teléfono, señora?

—Sí, señor policía —respondió respetuosa.

—¿Me deja usarlo?

—¡Faltaría más!

Tendría algo que contar a sus nietos. El día en que colaboró con la ley.

Ernesto Quesada volvía a mirar al sargento Leoncio Cuadras Perelada.

—Gracias. —Hilario le puso una mano en el hombro.

—Es la primera vez que...

—Lo sé. —Se lo presionó.

—Se hace raro, ¿verdad?

—No siempre es fácil, por muy hijo de puta que sea el tipo.

—Eso lo era.

—Sí, y mucho. —Bajó la mano y dio la orden—. Venga, muévase.

Le vio alejarse, mitad cabizbajo, mitad orgulloso. Hilario sonrió. Lo único bueno motivado por la separación de Martín Peláez era que ahora tenía un compañero legal.

Y esa era, sin duda, una buena palabra.

La mejor.

Legal.

—¡Que nadie se acerque ni toque nada! —previno a los espectadores del drama.

Subió al primer piso todavía cojeando un poco. La mujer ya le esperaba en la puerta. Tendría unos cincuenta años de humanidad bien repartida por el cuerpo. Nada más aparecer él, se puso muy tiesa. Le miró con respeto.

—Oiga, que nunca había pasado nada raro en este barrio, ¿sabe? ¡Qué barbaridad! Si hasta saldremos en los periódicos.

—¿El teléfono?

—Por aquí, por aquí. —Le precedió por su piso sin dejar de hablar—. ¡Huy, cuando venga mi marido y se lo cuente! Mire que nunca sale de casa los domingos, ¿eh? Nunca. Y hoy va y se le ocurre pasarse por casa de su hermano. Cuando se lo cuente... Bueno, a lo mejor regresa antes de que se vayan con el... En fin, con ese... ¿Qué era, un ladrón?

Decidió impresionarla. Después de todo, se merecía un poco de emoción.

—Un asesino, señora.

Lo consiguió.

—¡Oh! —Se azoró ella.

El teléfono era de pared y estaba en una salita llena de libros. Lo descolgó y marcó el número de la comisaría. Sabía que Pablo García estaba allí. Lo sabía muy bien pese a ser domingo. Pero se limitó a dar el parte, muy rápido, muy urgente. Un muerto en la calle León. Otro en...

—Señora, ¿qué calle es esta?

—La subida de Collserola.

Colgó antes de que alguien pudiera dar la voz de alarma.

Sin embargo no se apartó del aparato.

Se lo quedó mirando.

Mirando.

—¿Puedo hacer otra llamada?

—Sí, sí, las que quiera.

Se acercaba ya una sirena por la calle. Lo más seguro que atendiendo el aviso de otras personas, porque era imposible que el suyo ya hubiera circulado tan rápido. La mujer salió de la estancia para volver a su mirador en la ventana, justo encima del cadáver de Leoncio Cuadras Perelada.

Hilario rescató la cartera del muerto de su bolsillo.

El papel con el número de teléfono.

Lo marcó despacio y se llevó el auricular al oído.

Alguien abrió la línea al otro lado pasado el tercer zumbido.

—¿Dígame?

—Manuel Fernández —pronunció el primer nombre que se le pasó por la cabeza.

—No, no, se equivoca —dijo la mujer.

—¿No es esta la casa de los señores Fernández? —insistió con voz solícita.

—No, aquí viven los señores Aramburu —respondió la mujer.

Hilario cerró los ojos.

Casi se aferró al auricular.

—¿Sebastián Aramburu? —preguntó.

—Sí, señor, pero ni él ni la señora están ahora en casa.

Hilario dejó el teléfono en la horquilla.

El despacho de Pablo García era una nevera.

No por el frío exterior, sino por el interior.

Con la comisaría casi vacía, como si fueran los últimos habitantes del planeta ley o el satélite justicia, los dos hombres se miraron separados por un abismo.

La mesa lo era.

Un abismo profundo en cuyo fondo brillaba el filo del sable.

—Tiene cinco minutos, Soler —dijo el comisario con una cortante calma.

—No creo que sean suficientes, señor.

—¿Por qué?

—Es una historia larga.

—Mire...

—Sé quién mató a quién, y por qué, incluyendo a una chica de dieciocho años que está enterrada en un bosque de Cervelló.

Logró interesarle.

Por lo menos lo justo para que forzara el ceño y se agitara en su asiento.

—¿De qué está hablando?

—¿Sigo?

—¡Coño, Soler, claro! ¡Puedo empapelarle luego!

Hilario se tomó su tiempo. La historia flotaba ingrávida en su mente. Lo importante era ordenarla, contarla de manera convincente y, sobre todo, hacérsela entender a Pablo García por encima de los nombres y los grados que salían en ella.

Contó hasta tres y se lanzó por la pendiente.

—El pasado día 12 de noviembre, el general Aramburu fue, como cada martes y cada jueves, a las 7 de la tarde, a encontrarse con una joven en un chalé reservado para encuentros sexuales de personas importantes.

—Espere, espere. —Pablo García se inclinó sobre la mesa—. ¿Qué mierdas está diciendo?

Hilario permaneció quieto.

Fueron apenas tres segundos.

Hasta que el comisario se rindió.

—Continúe.

—Según el general, los martes y jueves iba a misa, por necesidades espirituales. —Obedeció la orden, que no invitación—. Pero desde hacía tiempo, años, sus necesidades eran otras. Una mujer llamada señora Fina es la que regenta este prostíbulo de lujo, para gente refinada, como ella muy bien lo explica a quienes la llaman. La señora Fina manda mujeres bien a hoteles o domicilios particulares, pero también atiende en su, llamémosla, central operativa, así como en esos chalés apartados, que son los más discretos puntos de encuentro para personas que no desean ser vistas ni reconocidas.

—¿El general Aramburu era una de esas personas?

—Un buen cliente, y con un gusto específico: las quería jóvenes, muy jóvenes, y siempre distintas. Nada de repetir con la misma dos veces. En sus juegos simulaba ser más o menos un héroe de guerra que tomaba prisioneras y las violaba gritando loas a la patria.

—Dios... —Empezó a ponerse pálido su interlocutor.

—El día 12, la chica al servicio de Aramburu era una jovencita de dieciocho años recién cumplidos. A sus padres les decía que trabajaba en el restaurante Camarga. Por la razón que sea, bien porque ella se resistió demasiado, bien porque era inexperta, bien porque el general se volvió loco, opción que para mí es la más acertada, la chica murió desangrada. Se llamaba Mireia Buscató.

Pablo García se llevó una mano a los ojos.

—¿Está seguro de eso, Soler?

—He visto el cadáver. La autopsia lo demostrará fácilmente.

—¿Que lo ha visto? ¿Cuándo?

—Espere, por favor. —Levantó una mano para impedirle alterar el orden de la narración y continuó—: Cada martes y cada jueves, mientras el general ejercía de macho, su chófer, el fiel Eliseo Torradas, aguardaba afuera para devolverlo a su sacrosanto hogar, al lado de su beata esposa. Para Torradas,

muy probablemente, eso no era nada malo. A fin de cuentas Aramburu era un hombre, y como tal, teniendo una mujer como la que tenía, era justo, casi lógico que se desfagara con otras mujeres. El poder también sirve para eso. Nadie lo discute. Obviamente Torradas no sabía lo que hacía su jefe detrás de las paredes de los chalés. Debía de creer que era una persona dulce. ¿Imaginárselo torturando, jugando, violando a una muchachita recién salida de la adolescencia? No, eso no. —Movi6 la cabeza un par de veces de lado a lado y contuvo el atisbo de rabia—. La noche del 12 de noviembre, como ya le he dicho, se le fue la mano y Mireia Buscat6 sufri6 una hemorragia. Qui6n sabe si, en caso de haberla llevado a un hospital, la muchacha hubiera sobrevivido. Pero Aramburu no hizo nada por ella. Llevarla a un hospital era denunciarse a s6 mismo. La opci6n m6s discreta y segura es la que dio como resultado el silencio. Sali6 fuera del chal6, llam6 a Torradas, le pidi6 ayuda y, lo m6s probable, llamaron tambi6n a la se6ora Fina para que mandara a alguien. Todas esas meretrices suelen tener a un tipo para la seguridad, propia y de las prostitutas. As6 fue como Aramburu regres6 a su casa, inc6lume, y ese hombre y el ch6fer llevaron el cad6ver lo bastante lejos para enterrarlo esa misma noche o m6s bien al amanecer.

—¿Por qu6 m6s bien al amanecer?

—Porque andar de noche con un cuerpo por la monta6a no es f6cil, y porque Eliseo Torradas record6 muy bien d6nde lo hab6an sepultado.

—¿Qui6n mat6 a ese hombre? —pregunt6 Pablo Garc6a.

—No corra tanto. No es tan f6cil, ya se lo he dicho. —Hilario supo que empezaba a dominar la situaci6n—. Al d6a siguiente, tras una noche en vela, Eliseo Torradas empez6 a no ser el mismo. Se dio cuenta de lo que hab6a hecho, y m6s a6n, de lo que hab6a hecho su idolatrado Fulgencio Aramburu, con el que llevaba veintitr6s a6os de fiel servicio. Se le cay6 la venda, se le derrumb6 el mito. Una ni6a de dieciocho a6os se iba a pudrir en medio de una monta6a. Algo as6, para una persona honrada, no es f6cil de digerir. Los d6as siguientes se derrumb6, estaba abstra6do, preocupado, tanto que hasta los que le rodeaban se dieron cuenta. Y aqu6 es donde empiezan las ramificaciones del caso, porque Eliseo Torradas ten6a una novia.

—Rosario Planas, la mujer del piso.

—Rosario Planas. —Asintió con la cabeza—. Llevaban saliendo juntos unos meses y, como suele suceder en estos casos, él ya se había refugiado en ella para todo. Era su amor, su amiga, su confidente, su futura esposa... en cuanto tuviera valor para decírselo a su hija, que era la única que desconocía el hecho. Quizás instigado por ella, para que le contara lo que le sucedía, o quizás porque no podía soportar aquel peso en su conciencia, Torradas le contó todo a su novia. Buscaba lo que todo ser humano, liberar su alma y un poco de consuelo. No dudo que Rosario Planas se lo diera, pero ella, a su vez, tenía a alguien más en su vida, y no menos importante para sí misma: su hermano Pedro, el clásico hermano pequeño, cara dura, vividor, mujeriego, con encanto, chorizo y estafador de poca monta, al que ella mimaba más que una madre. Inocentemente, pese a las trastadas que seguro le había hecho en vida, Rosario le contó lo sucedido a Pedro. Y Pedro vio el cielo abierto. Por fin una oportunidad de pillar un buen fajo de dinero. Ahí era nada: un asesinato, y cometido por todo un general con mucho que perder además del honor y el buen nombre.

—¿Pedro Planas le hizo chantaje al general? —No pudo creerlo Pablo García.

—Exactamente. No se le ocurrió nada mejor. Primero siguió el rastro dado por Torradas a su novia, la Nacional 340, Cervelló, el puente... y encontró la tumba. Una vez con ella en la recámara, su as perfecto, amenazó a Aramburu, y él se vino abajo. Su honor, su historia, su propia amistad con el Caudillo... Era demasiado. ¿En quién confiar? Si alguien le hacía chantaje era porque... su chófer se había ido de la lengua.

—O también formaba parte del plan.

—No creo que Aramburu sospechase de Torradas después de tantos años, pero sí tuvo que imaginar que él, hundido anímicamente, con la moral a ras de suelo, no había resistido aquella presión. Así pues, había que averiguar a quién podía haberle contado el secreto, y una vez descubierto... eliminarlo.

—¿Ese sargento que han abatido fue el encargado?

—Sí, pero aquí nos encontramos con un nuevo giro en los acontecimientos.

—¿Otro más?

—Le he dicho que no tenía bastante con cinco minutos, comisario.

—Para mí está claro que Aramburu ordenó matar a su chófer, a su novia y al hermano de esta, y que cuando usted apareció y le habló de sus citas de los martes y los jueves, comprendió que estaba perdido y se quitó la vida. Porque usted le mencionó esos detalles, ¿no es así?

—Lo hice.

—Es como si le hubiera puesto una pistola en la mano, maldita sea. —Se revolvió en su asiento Pablo García.

—Fulgencio Aramburu se suicidó al verse acorralado, sí, pero él no ordenó matar a Torradas y a los Planas.

Logró despertar su atención.

Reapareció la sorpresa.

—Mierda, Soler, ¿qué más hay?

—El escándalo no solo iba a salpicarle a él. Lo haría con todos. Su esposa engañada, su hija y, sobre todo, su hijo Sebastián, justo al inicio de su carrera política.

—¿Y? —Le alentó a seguir el comisario.

—Fulgencio Aramburu le contó a su hijo la verdad, tal vez para que se preparara, tal vez para pedirle consejo, tal vez para pedirle ayuda. De pronto ya no era el supremo general héroe de la guerra, sino un hombre mayor, viejo, desbordado por los acontecimientos. Prefirió la vergüenza con su hijo, pero sabiendo que ahora lo más importante era él. Después de todo, ¿qué padre no se sacrificaría por sus hijos?

—¿Ese sargento estaba a las órdenes de Sebastián Aramburu?

—Tal y como yo lo veo, señor, Sebastián tuvo que pensar dos cosas: la primera, que tal vez, y pese a la creencia de su padre, Eliseo Torradas sí formara parte del complot. Y la segunda que, aunque fuese inocente, había que proceder a una limpieza general, eliminar cualquier cabo suelto. Por el lado de la chica muerta, ningún problema, otra jovencita que se iba de casa. Nadie la asociaría con su padre. La señora Fina, desde luego, no iba a hablar. Es más que seguro que esa mujer ni siquiera conociese la identidad de su exclusivo cliente amante de las niñas. Si había que pagar o moverse, lo hacía el chófer. Todo comenzaba y terminaba pues en Torradas. No creo que le costase mucho dar con el hilo, la novia, y luego el hermano. Puro trabajo detectivesco, más aún cuando descubrieron que Pedro Planas era un

sinvergüenza. Una vez localizados, y mientras su padre prolongaba el pago del chantaje o discutían la manera de hacerlo llegar a manos del extorsionador, llegó la hora de las ejecuciones. Leoncio Cuadras Perelada, un sargento de los que obedecen sin chistar, fue el elegido como verdugo. Primero mató al eslabón más débil, la hermana. Después le disparó a Eliseo en plena calle, con impunidad, casi como si desafiara al mundo entero. También es cierto que si le mataba en casa, tendría que matar al mismo tiempo a Natalia, la hija de Torradas. ¿Un atisbo de piedad, de honor? Tal vez. La única forma de eliminar al chófer era a plena luz, y a plena luz lo hizo. Para eso se procuró una bala especial, que no dejara rastros, que no pudiera ser investigada por sus estrías. Recogió el casquillo tras la ejecución y se marchó tan campante. Quedaba Pedro Planas.

—Y él se imaginó lo que sucedía.

—No solo lo imaginó: lo vio. Eliseo Torradas le había llamado enfadado y con urgencia. Quedaron en la plaza del Diamante. El asesino vio a Torradas, pero no a Planas. Cuando el chorizo vio la muerte del chófer salió a escape. Intentó ponerse en contacto con su hermana, pero al no recibir ninguna respuesta, se imaginó el resto. Solo quedaba él.

—¿Por qué iba a querer verle con urgencia el chófer?

—Creo que el general ya no pudo más, y le dijo a su hombre lo del chantaje, que por su culpa estaba metido en aquel lío. Apostaría lo que fuese a que Torradas intentó ayudarle, una vez más. Ignoro los detalles menores, señor, pero mi teoría es la que más plausible resulta. Si no, ¿por qué esa cita del chófer con su futuro cuñado? Es muy probable que Fulgencio Aramburu tampoco supiese lo que ya estaba organizando su hijo. —Abrió las manos con un deje de impotencia—. Se lo repito, me faltan los detalles. Pero a grandes rasgos, la historia es esta. El general ya no nos dirá nada. Solo quedan el hijo y la madre.

—Espere, ¿por qué la madre?

—Pedro Planas llamó al general para decirle que lo dejaba, que no seguía con el chantaje, que captaba el mensaje y que, por favor, no le matara. La llamada la hizo de noche. Según me contó, se puso una mujer después de que la criada atendiera al teléfono. Al anochecer, la hija de Aramburu y yo

salimos juntos de la casa. Por lo tanto, la única que quedaba en esa mansión era la esposa.

—¿Ella... sabía la historia?

—Si no la sabía, puede que despertara, o atara sus propios cabos, o lo que sea. Llevar siempre un rosario en la mano no significa ser una santa. Le diré algo, comisario: el general no solo se quitó la vida después de que yo casi le acusara veladamente de estar detrás del crimen de su chófer al mencionarle lo de sus escapadas de los martes y jueves y a la señora Fina. Me da en la nariz que su viuda también tuvo mucho que ver. Si se enfrentó a su marido, harta, gritándole, acorralándole por muy general que fuese, viendo peligrar también su propio equilibrio... Ella misma pudo ponerle esa cuchilla en la mano.

—La madre que lo parió, Soler. —Pareció empezar a derrumbarse—. ¿Quiere que los acusemos a todos?

Hilario no dijo nada.

Sabía que quedaba lo peor, el final de aquella conversación.

—¿Hay algo más? —Quiso saber Pablo García.

—Quesada y yo casi detuvimos a Planas en casa de una novia. Saltó por la ventana. Fue cuando ya lo vio todo negro. Se sintió acorralado, con su vida pendiendo de un hilo. Nosotros le seguíamos el rastro, pero, por desgracia, Leoncio Cuadras también, implacable. Esta mañana hemos vuelto a dar con él. Ahora mismo no sé si hemos coincidido todos o si es que el asesino nos estaba siguiendo, para ahorrarse el trabajo. Sea como sea, en cuanto ha tenido a Planas al alcance, le ha volado la cabeza, y de paso, por si me había contado ya algo, también lo ha intentado conmigo.

—Casi es mejor que Quesada lo haya matado. —Suspiró el comisario.

—Señor...

—Acabe, ¿quiere?

—Eso es todo. Nuestro sargento llevaba un papel con un teléfono anotado. He llamado y era la casa de Sebastián. Círculo cerrado. Se me ha hecho la luz. Era el eslabón perdido. Todo lo que le acabo de contar tiene sentido a partir de este dato. El general se ha suicidado por su cuenta. Su hijo actuaba por la suya, no solo para evitarle el deshonor a su padre, sino para salvaguardar su carrera política.

—¿Me está diciendo que lo único que une a Leoncio Cuadras con Sebastián Aramburu es un pedazo de papel con su número de teléfono?

Hilario tragó saliva.

Sí, quedaba lo peor.

La decisión final.

—¿Soler?

—Así es, comisario.

—¿Es su única prueba?

—Sí.

—¿Cree que un juez...?

—No, no lo creo.

—Entonces ¿qué quiere que hagamos?

El frío del despacho se hizo más latente.

Y de la sima abierta, salía el filo del sable del general Aramburu.

—¿Quiere responderme? —pidió Pablo García.

—Yo le he explicado el caso, comisario. Ahora es cosa suya.

—Así de fácil.

—Sé que no es fácil, pero es lo que hay. Después de todo no hay crimen sencillo.

—¿No queda nadie que relacione a Fulgencio Aramburu con esa chica, ni a su hijo Sebastián con las muertes de Torradas y los hermanos Planas!

—Detenga a Sebastián Aramburu y preguntémosle.

—¿Y cree que confesará? —Abrió los ojos su superior.

—No. —Fue sincero.

—¿Entonces para qué hacerlo?

—Para que sepa que lo sabemos.

—¿Y nos enfrentamos a él, camino de un puesto político desde el cual nos cortará los huevos o algo más?

—Somos la policía, señor. —Fue lo único que se le ocurrió decir.

Sonó muy muy inocente.

Muy simple.

Hilario miró el calendario que colgaba de una de las paredes del despacho del comisario. Noviembre de 1963. A punto de celebrarse los 25 años de paz, o de victoria, como había dicho Escarré.

Por detrás de su superior, vigilante, omnipresente, eterno, el retrato del Caudillo, Generalísimo Franco.

Amigo de los Aramburu.

También de Sebastián, claro.

—Váyase, Soler —le pidió Pablo García.

Hilario se levantó.

Le dio la espalda y caminó hasta la puerta del despacho. Justo cuando acababa de abrirla, para enfrentarse al silencio dominical del otro lado, su superior le detuvo.

—Buen trabajo —dijo.

—Gracias.

—Escuche... —Vaciló.

Hilario esperó.

Supo lo que iba a decirle.

Lo supo y se sintió mejor.

No bien, solo mejor.

—Encuentre una prueba, una sola prueba que lo relacione todo, y entonces venga.

—Sí, comisario.

—Pero aléjese de los Aramburu, o nos crucificarán.

—Entonces será difícil.

Pablo García ya no dijo nada.

El intercambio de miradas final volvió a separarlos.

Ernesto Quesada detuvo el coche delante de la casa de Hilario y apagó el motor de forma mecánica, como si el instinto le dijera que su superior no iba a bajar de inmediato.

Al otro lado de los cristales languidecía el domingo. Los futboleros regresaban a casa. Los que habían ido al cine a primera hora daban el último paseo. Las parejas apuraban cada minuto de intimidad.

En un mes, Nochebuena, Navidad.

Tiempo.

—Hemos resuelto el caso. —Suspiró Hilario rompiendo el silencio—. Sin pruebas, pero lo hemos resuelto.

—Tal vez esa tal señora Fina pueda decir algo.

—Lo dudo.

—¿Cuándo irán a por ella?

—Después de que desentierren el cadáver de Mireia Buscató. Por lo menos podrán acusarla de encubridora.

—Ya. —Quesada chasqueó la lengua en un deje de fastidio—. Como mucho lo relacionarán con el general, no con su hijo. Y con el general muerto... se acabó. Echarán tierra sobre el asunto. A lo mejor hasta viene Franco al entierro.

—No, no vendrá. Aramburu se ha suicidado, no lo olvide. Se inventarán cualquier excusa, depresión, fatiga de guerra, hasta una enfermedad inexistente. Pero para la Iglesia un suicidio es un suicidio. Esos no perdonan.

Les sobrevolaron unos segundos de calma.

Los unió la nueva complicidad forjada a través de aquellos tres días.

Un vínculo superior incluso al de la sangre.

—Ese disparo que ha hecho... —comenzó a decir Hilario.

—Suerte.

—No, no ha sido suerte. Estaba a cierta distancia, y con una pistola siempre es muy difícil acertar, no ya donde se quiere, solo acertarle a alguien. Usted le ha puesto el alma en ello, lo sé. Era el todo o nada. El sargento iba a disparar. Si hubiera fallado o solo le hubiera herido, no estaríamos hablando ahora.

—Pero la he fastidiado matándolo.

—¿Cómo ha ido el papeleo?

—Hasta ahora.

—Ya. Una putada.

—Y lo que me queda.

—No se preocupe. Lo más seguro es que le den una medalla.

—Para medallas estoy yo.

—Todo cuenta, Quesada. Todo cuenta.

El subinspector movió la cabeza de lado a lado con los labios plegados.

—¿De verdad no han encontrado nada en casa de ese hombre?

—Nada, y hemos mirado bien.

—¿Ni una foto en la que apareciera con los Aramburu, el padre o el hijo?

—No.

—Es raro. Esos militares de carrera guardan fotos, de uniforme, armados, con sus tanques y sus desfiles...

—Vivía de una forma austera, yo diría incluso que sencilla. Libros de armas, aviones, barcos, de las dos guerras mundiales, de historia, tácticas militares... Incluso tenía *El arte de la guerra* y un par de manuales de esos de artes marciales. Todo un perro de presa, fanático y profesional. También le hemos encontrado simbología nazi.

—Pero tuvo que estar a las órdenes de Aramburu, y en algún momento le conoció Sebastián.

—No van a investigar por ahí, Quesada. Menudos son para los estamentos militares.

—No puedo creerlo. ¿Y nosotros?

—No nos dejarán.

—Pero el comisario le ha dicho que si encontraba una prueba, solo una... Vamos, usted no es de los que se rinde, que le conozco.

Hilario sonrió.

Llevaban juntos dos meses.

—La única forma de cerrar esto sería que Sebastián reconociera algo — argumentó—. Y eso sería pedirle que se pegara un tiro a sí mismo.

—Yo solo sé que esto —Quesada le señaló la frente—, no va a descansar.

—Ande, váyase a casa. —Hilario abrió la puerta del coche—. Ha sido un día muy duro.

—¿Vengo a por usted mañana?

—No. Iré a comisaría por mi cuenta. No es más que otro lunes. Tocaré seguir investigando al ladrón de bancos.

—Casi me había olvidado de él.

—Duerma un poco. Yo también espero hacerlo. Lo necesitamos.

Hilario se bajó del vehículo.

La rodilla le mandó un mensaje de dolor.

—Parece que vengamos de la guerra. —Quesada señaló el abrigo.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, señor.

Intentó no cojear, pero con el paso de las horas el golpe le dolía más, como si despertara. Subió a su piso y antes de entrar en casa se quitó el abrigo, para no tener que dar explicaciones a Roser. No en ese momento.

De todas formas, al introducir la llave en la cerradura y darle la vuelta, todo se le vino encima y se puso a temblar.

Aquella pistola en su cabeza.

La visión de Roser, Ignacio, Montserrat, antes de morir.

El disparo de Ernesto Quesada tan *in extremis*...

Le había ido de un pelo.

El temblor aumentó y sintió ganas de llorar. Liberarse. De pronto todo convergió en su cabeza, la tensión de los tres días, el peso fantasmal del general Aramburu, el choque emocional entre el pasado representado por el militar y lo que él mismo como policía esperaba del futuro.

Sin olvidar el cadáver de aquella muchacha rota.

Ni los de Eliseo Torradas, Rosario y Pedro Planas.

Acabó de abrir la puerta y cruzó el umbral.

La voz de Pablo García lo martilleó una vez más:

«Encuentre una prueba, una sola prueba que lo relacione todo, y entonces venga».

Una prueba.

¿Dónde?

¿Cómo?

Dejó el abrigo en el perchero, pensando que ya lo cepillaría después, sin que Roser le viera, para intentar salvarlo sin enviarlo a la tintorería, y entonces, por el pasillo, apareció Ignacio.

—¡Papá, papá, ven! ¡Es alucinante! ¡Un tipo ha matado al asesino de Kennedy en la misma comisaría, antes de que pudiera declarar! ¡Se lo han cargado, papá! ¿No es fuerte? ¡Se lo han cargado para que no hablara!

Último día

MARTES, 26 DE NOVTIEMBRE DE 1963

La secretaria era preciosa. Una mujer de bandera para un despacho elegante que rebosaba calidad, buen gusto, clase.

—Puede pasar, señor.

Tendría unos treinta y uno o treinta y dos años, alta, proporcionada, con el peso justo, el maquillaje justo, el donaire justo. Imposible no mirarla, sobre todo si, como era el caso, le precedía por un pasillo en dirección al sacrosanto templo de su jefe. Llevaba zapatos de tacón y medias sin costura, un traje chaqueta impecable y el pelo armónicamente peinado con un sinfín de bucles por la parte de atrás. Cuando se detuvo frente a la puerta del despacho y la abrió, se volvió para sonreírle con eficiencia, no con simpatía.

Tenía unos ojos del color de la miel y unos labios generosamente grandes, dientes perfectos, el perfume justo.

Hilario tuvo que olvidarse de ella.

El despacho era grande, forrado con madera noble, butacas y un sofá a la derecha, muebles y una mesa de reuniones a la izquierda, una alfombra en el centro, y al fondo, a unos cinco metros, la mesa de despacho.

Tras la última frontera, Sebastián Aramburu.

La puerta se cerró a espaldas de Hilario. Sin esperar una invitación que no llegó, se acercó él mismo hasta su destino final. Frente a la mesa había dos sillas regias, acolchadas, con un bello trabajo de marquetería. Ocupó la de la izquierda porque la ventana quedaba en el mismo lado y no quería que la luz pudiera darle en la cara y despistarle si se sentaba en la otra.

La mirada del hijo de Fulgencio Aramburu era de estupefacción.

—Está usted loco. —Fue lo primero que le dijo.

—Tal vez. —Hilario se encogió de hombros, tranquilo.

Tan tranquilo que Sebastián Aramburu frunció el ceño, todavía más desconcertado.

—Se presenta aquí, al día siguiente del entierro de mi padre, como si tal cosa... —Dejó de hablar momentáneamente, sin saber qué más decir, hasta que recobró un poco el dominio de la situación—. ¿Viene a suplicar?

—¿Suplicar qué?

—Que no le machaque hasta convertirlo en pulpa por lo que le hizo a mi padre.

—¿Lo que yo le hice a su padre? —Remarcó el «yo» especialmente—. Es fantástica la forma que tienen ustedes de darle la vuelta a todo.

—¿Entonces qué quiere, inspector? —Endureció el gesto—. Le he recibido porque me impresiona su desfachatez.

—Me ha recibido porque quiere saber lo que tenga que decirle.

—¿Y qué es?

—Simplemente venía a felicitarle. —Hilario apoyó los codos en los dos reposabrazos de la silla y unió las manos por las yemas al frente.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque lo hizo bien. Muy bien. —Asintió con la cabeza, lleno de gravedad—. Salvó el honor de su padre, porque siempre es mejor un suicidio por depresión a causa de una falsa enfermedad incurable, que un suicidio debido al remordimiento por ser un asesino de jóvenes. Y no solo eso: también salvó su propia carrera política. Dos pájaros de un tiro. ¿Cómo no voy a felicitarle? Encima, para redondear la cosa, nosotros le matamos a su perro de presa después de que él eliminara la última prueba.

Sebastián Aramburu lo encajó todo.

Estoico.

Salvo por la rigidez de las mandíbulas y el destello acerado de la mirada.

—Desde luego, está loco, sí.

Hilario se encogió de hombros.

—No tengo nada que perder. He sido suspendido, expedientado. Lo más seguro es que todo esto me cueste el puesto.

—¿Y es su modo de vengarse, venir aquí a echármelo en cara?

—No, ya me da igual. Repito lo de la felicitación. Sé reconocer a un ganador cuando lo veo, y usted lo es. Llegará lejos. Eso sí, si llevara una pistola, a lo mejor le disparaba, pero ¿ve? —Se abrió la chaqueta para demostrarle que iba desarmado—. Lo que pasa es que tengo mi orgullo, y no

quería irme de esto sin que, al menos, supiera que no soy idiota, que lo descubrí todo porque soy un buen policía.

—Sin pruebas no hay buenos policías, inspector, solo mediocres pies planos que no cumplen con su trabajo.

Hilario soltó una risa.

—¿Le hace gracia?

—Su lacayo me llamó igual: pies planos. Fue lo último que dijo antes de morir. Muy cinematográfico.

Sebastián Aramburu se cansó del juego.

—Váyase, Soler. No haga más el ridículo.

—Supongo que será lo mejor —reconoció sin moverse.

—¿Nunca le han dicho que cuando se intenta volar alto, lo más fácil es quemarse por el sol?

—Yo más bien caminaba por el suelo, que es donde están las ratas y los asesinos.

—Imbécil...

Hilario se puso en pie.

Le dio la espalda y se dirigió a la puerta del despacho.

Dos pasos.

Luego se volvió.

—¿Ni siquiera le pica la curiosidad saber cómo lo descubrí?

Sebastián Aramburu se tomó unos segundos.

Suficientes.

Hilario casi dejó de respirar.

—Sorpréndame. —Se cruzó de brazos en un gesto triunfal y se apoyó en el respaldo de su butaca.

—El asesino que usted contrató, ese sargento, llevaba un papel con su número de teléfono anotado.

—¿Eso es todo? —Abrió los ojos incrédulo.

—Para llegar hasta usted, sí. Pero obviamente eso no hizo sino encajar las piezas finales. Cuando Pedro Planas llamó por teléfono para decirle a su padre que renunciaba, que se abría y no seguiría con el chantaje, la que recibió el recado fue su madre. Así es como ella se metió en el lío. Antes, el general le había contado a usted todo lo sucedido, como hijo y como

abogado. Mientras usted trataba de arreglar las cosas eliminando a todos los que sabían de la muerte de Mireia Buscató, su madre se enfrentó a su padre de una vez por todas. Tal vez supiera que no iba a misa los martes y jueves. Las mujeres saben eso. Un rastro de perfume, una marca, una señal, un marido que llega muy feliz y risueño de su piadosa misa... Su madre fue la que le empujó a tomar la decisión final, sin darle tiempo a usted para que arreglara las cosas. ¿Sabía ella que usted había tomado el mando?

No hubo respuesta.

Tampoco reacción alguna.

—Ayer desenterraron el cadáver de la muchacha que su padre reventó y se detuvo a la señora Fina. Creo que la están interrogando hoy. Dirá que no conoce a los clientes que llaman por teléfono, claro. Pero a lo mejor hay suerte y aparecen indicios que relacionen a su padre con la muerta. Quién sabe. Si es así, el escándalo estallará igual. El Generalísimo se enfadará mucho. Fulgencio Aramburu tendrá un final de carrera humillante y a usted se le acabará la suya. Y todo porque un chorizo del tres al cuarto llamado Pedro Planas soñó con hacerse rico, aprovechó su oportunidad, hizo un mapa del lugar donde Eliseo Torradas enterró a la chica... Si hubieran pagado, se habrían ahorrado todo esto —Hilario levantó el dedo índice—, aunque ya se sabe lo que se dice de los chantajistas: que nunca tienen suficiente.

Sebastián Aramburu habló de nuevo.

Y lo dijo.

—Leoncio tenía que haberle matado también a usted.

Hilario tuvo que hacer esfuerzos para no gritar.

—¿Leoncio? Es curioso, antes le he dicho que era sargento, pero no he mencionado su nombre.

Ahora fue el abogado el que se levantó de su asiento.

Puños cerrados.

—Estuvo cerca —continuó su visitante—. Primero falló por milímetros, y después me puso la pistola en la nuca.

—Yo de usted iría con cuidado, Soler.

—¿Por qué?

—Hay más Leoncios, ¿sabe? Gente fiel. Gente que quiere lo mejor para este país. Gente que cuida de que las cosas sean como han de ser.

—¿Con generales matando niñas e hijos haciendo limpieza general al margen de la ley? ¿Ese es el país que quieren?

—¿Me lo dice en serio? —Sebastián Aramburu ya se había quitado la careta—. ¿Me está diciendo que una prostituta es mejor que un hombre de honor como mi padre? ¿Me está diciendo que un accidente desdichado es más importante que una carrera al servicio de la patria? ¿No ve que la escoria es siempre la misma, esa infeliz putilla, Torradas, el chantajista, incluso usted, hablando de ley, justicia...? ¿Quién coño se cree que es para cuestionar el país que queremos los que luchamos por él?

—En primer lugar, Eliseo Torradas adoraba a su padre, por eso le encubrió, incluso por encima de su conciencia. En segundo lugar, Pedro Planas llamó para decir que se retiraba de todo. No era necesario matar a nadie, y menos a Torradas y a su novia. Son demasiadas muertes, y eso lo único que prueba es lo desesperado que estaba usted. Para acabar, yo defiendo algo que ni se imagina, porque únicamente piensa en el aquí y el ahora. ¿O cree que Franco vivirá siempre y su legado durará mil años, como lo soñaba Hitler con el Tercer Reich?

—Usted es un comunista, amigo.

—No, soy un simple policía que trata de ser mejor persona que aquellos a los que persigo, nada más. Yo no me mancho las manos de sangre.

—Yo sí, cuando es necesario.

—Si su conciencia se lo permite.

Sebastián Aramburu salió de detrás de su mesa. Cruzó los brazos sobre el pecho. Miró el suelo un par de segundos. Luego de nuevo a su visitante.

—¿Hablamos de conciencias? Bien. ¿Es lo que quería oír, para salvaguardar la suya? Pues ya lo ha oído. ¿Y qué? Nada va a cambiar. Usted ha perdido, amigo mío. Así de simple: yo gano, usted pierde. Lo hice y volvería a hacerlo, ¿sabe? Mi padre metió la pata y había que arreglarlo. Torradas cometió un error: se lo contó a su novia. Y los errores se pagan. Ella se lo contó a su hermano. Lo mismo. Había que eliminarlos a todos, tan sencillo como eso. Cortar el miembro gangrenado para que no mate al cuerpo. Fin. —Se detuvo a un metro de Hilario—. Si usted no fuera tan estúpido, idealista, como se llame, lo entendería. Y es más: haría carrera. Ahora, dígame, ¿qué es lo que tiene? ¿Una conciencia tranquila? ¡Oh, bien!

Yo tengo el poder, que es la base del crecimiento. El poder y la seguridad frente a la nada que usted representa, porque sigue sin tener nada, ni una maldita prueba física y real. ¿Quiere enfrentar su palabra contra la mía? ¿Y a quién acudirá para eso? —Decidió que ya era hora de terminar con la entrevista, porque de pronto endureció el gesto y perdió la poca paciencia que le quedaba—. ¿Quiere largarse de una maldita vez de aquí, estúpido payaso?

Hilario le sonrió.

Con malicia.

Sebastián Aramburu no captó la intención.

—¡Usted no es nadie! —Le señaló con un dedo imperioso—. ¡Ni nadie ni nada, fracasado de mierda!

La sonrisa no desapareció.

Hilario se la llevó consigo al salir de allí.

—¡Desgraciado hijo de puta! —Escuchó el eco de la voz del abogado mientras caminaba por el pasillo de su empresa—. ¡No es nadie, nadie, nadie!

Pasó junto a la secretaria, que lo miró con los ojos muy abiertos, bella e inmaculada en su desconcierto. Salió al vestíbulo y bajó la escalera a pie, despacio aunque con el corazón a mil. En una oficina de una planta inferior vio a un hombre sentado delante de un televisor que repetía las imágenes más vistas de las últimas horas además de la muerte en directo de Lee Harvey Oswald a manos de Jack Ruby.

El entierro de John Fitzgerald Kennedy celebrado el día anterior.

Un país, el mundo entero de luto.

Cuando abandonó el edificio se dirigió a los dos coches de policía que esperaban en la esquina, lejos de la visual de las ventanas superiores. Hacía frío, pero nada más llegar a ellos empezó a desabrocharse la camisa.

El micrófono no era como los que salían en las películas americanas. El suyo era mucho más aparatoso e incómodo.

—¿Lo tenéis? —fue su única pregunta.

—Todo registrado, sí —asintió el que le ayudó a quitárselo.

Hilario miró a Ernesto Quesada.

—Id a por él —les dijo a los hombres—. Yo paso.

Última revisión por UMDN: 27 de febrero de 2022

